SCARLETT SIMMONS



LA ESCOLTA DEL MILLONARIO

ROMANCES DE MILLONARIOS, 3

La escolta del millonario

Scarlett Simmons

Serie: Romance de millonarios (3)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2025
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Romance de Millonarios

Scarlett Simmons

La serie Romance de Millonarios recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta tercera entrega nos encontramos con la familia Kellmann, de Nueva York, que está amenazada. Davis, la escolta de Isabell (de la novela *Fuera de contrato*) se hace cargo de proteger a la hija de la familia, Lily, una niña de seis años cuya madre la abandonó cuando solo tenía tres. Su padre, Jason, dueño de una importante empresa tecnológica, vive con el miedo de perder a su hija.

Suspense y amenazas se mezclan en esta novela romántica en la que el miedo se mezcla con el deseo que nace entre Jason Kellmann y Hanna Davis.

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes, aunque algunos personajes se repitan, por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas te gana *spoiler* de otras, lo importante es la historia.

Encuéntralas aquí:



Sobre mí

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



La escolta del millonario

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Prólogo

Hanna

Todos me conocen por Davis, sobre todo en el trabajo, en el que soy una más. Mi vida no importa, ni mi pasado, ni tampoco mis aficiones. Lo único que importa es proteger la vida de mis clientes, más que la mía propia. Para eso me pagan. Para eso me he preparado. Me gusta lo que hago, aunque no me hace feliz, porque a veces debo dedicar demasiadas horas y pueden pasar días en los que no piso mi casa. Y eso me impide llevar una vida normal, tener relaciones estables o mantener una rutina, como casi todo el mundo.

Trabajo en Nueva York, donde la mayoría de la gente dice que es la ciudad de las oportunidades, pero para mí siempre ha sido la ciudad de los extremos. Aquí, o eres depredador o eres presa. Yo me aseguré de estar siempre en el primer grupo. En el segundo suelen estar las personas que protejo.

La relación con los clientes suele ser muy fría y distante hasta que Ferguson, mi jefe, me asignó la protección de Isabella Romano. La primera vez que la vi, la reconocí al instante. Su rostro estaba en vallas publicitarias por la ciudad, también la había visto en revistas de moda y en los anuncios de lujo que decoraban la Quinta Avenida. Pensé que sería como el resto de los clientes que había protegido antes: personas ricas, exitosas y consentidas, que viven ajenas al peligro hasta que alguien les recuerda lo frágiles que son.

Pero Isabella me sorprendió.

La protegí con todo lo que tenía. No porque fuera mi trabajo, sino porque me di cuenta de que era una de esas mujeres que brillan sin esfuerzo, pero que, a pesar de su luz, han vivido entre sombras. Al final, cuando todo acabó, no solo me fui con la

satisfacción del deber cumplido, sino con algo que no esperaba: una amiga.

Desde que su relación con Jackson se hizo oficial y solucionamos el acoso que sufría, mi vida ha vuelto a la rutina: entrenamientos, vigilancia, algún encargo ocasional… Nada fuera de lo normal. Para ser sincera, el descanso me está viniendo muy bien. Necesito ser Hanna, la mujer, de vez en cuando y dejar a Davis, la escolta dura y fría, por unos días.

—¿Cómo lo llevas sin la modelo? —me pregunta Ferguson, con una sonrisa socarrona, mientras levanta unas pesas en el gimnasio de la empresa de seguridad.

—Más tranquila. Aunque prefiero su cinta de correr con vistas a Central Park que la de este antro —critico irónica.

Ferguson se ríe entre dientes y yo apoyo la espalda en el banco de abdominales, con la vista en el techo.

A veces me pregunto cómo le va a Isabella en Italia. Sé que está bien o eso me hace creer por lo que veo en las fotos que me envía y los mensajes que escribe. Me dice que está disfrutando del mar, que era su sueño. Además, presume de que Jackson cocina mejor que los restaurantes con estrellas Michelin y asegura que está empezando a sentirse libre, después de todo lo que ha pasado.

En cambio, yo no sé lo que es sentirse libre. Siempre estoy alerta**,** he aprendido a desconfiar y nunca estoy tranquila. Vivimos esperando el siguiente golpe y, por la expresión de Ferguson, sé que uno está a punto de llegar.

—Tengo un trabajo para ti.

Su tono es serio. Me giro hacia él y alzo una ceja.

—¿De qué se trata?

—Es diferente a lo que has hecho hasta ahora.

Entrecierro los ojos mientras proceso lo que me dice.

—Define «diferente».

—Se trata de una familia. Necesitan protección.

La palabra familia me provoca una sensación extraña en el estómago. He protegido a empresarios, políticos e incluso a alguna que otra celebridad, como Isabella, pero nunca he trabajado con familias enteras. No es mi estilo.

—No me vas a dar un trabajo de niñera, *Fergie* —me anticipo a lo que sea que me vaya a proponer.

—No es eso exactamente.

Lo miro fijamente. Algo en su tono me dice que hay algo más que no me dice, pero no se atreve a darme toda la información, porque sabe que no me va a gustar. Hasta ese punto me conoce.

—Dame más detalles.

Ferguson se levanta despacio y se dirige al saco de boxeo, lo abraza para que no se mueva y me observa con calma.

—Si me confirman el trabajo, mañana te lo cuento todo.

Tenso los labios en una línea delgada porque me molesta su actitud y él nunca se ha portado mal conmigo. Algo trama.

—¿Por qué tanto misterio?

Mi jefe sonríe de lado.

—Porque quiero que aceptes antes de saber en lo que te estás metiendo. Pero no te asustes. No querías ser la guardiana de una modelo y ahora sois las mejores amigas.

Me cruzo de brazos y exhalo con frustración.

—Eso ha sido diferente. Isabella no tiene nada que ver con las pijas que me has asignado otras veces.

—Es lo que pasa cuando los hombres solo quieren contratar hombres. Sabes que lucho por ti, pero es lo que hay y lo siento más que tú. No te asustes. Esta tarde me reúno con el cliente y si acepta la propuesta, mañana volverás a la calle.

—Sabes que no trabajo a ciegas, jefe. Necesito prepararme con tiempo.

Él sonríe y los ojos le brillan porque sabe que me tiene para todo, que soy fiel y profesional, sea lo que sea lo que me proponga, aunque me queje para pincharle.

—Por eso mismo te lo contaré mañana.

Ferguson es un jefe que nunca se anda con rodeos y, sin embargo, hoy ha decidido sondearme como si intentara descifrar algo en mí antes de tomar la decisión. Aunque seguro que ya la ha tomado y sabe que no se la voy a discutir.

Así que, la conversación termina sin que me haya dicho de qué va el trabajo. Lo extraño es que no se haya esperado a mañana para

darme la noticia con todos los detalles. No es propio de él aprovechar el momento de entrenamiento, aunque estemos solos. Eso me hace pensar que no es un encargo cualquiera. Él es listo y sabe que, aunque no me vaya a gustar, solo el enigma hace que me apetezca el reto. También sé que nunca me ofrecería algo que no pudiera llevar a cabo con la seriedad y profesionalidad que me caracteriza. Las mujeres en este sector tenemos que demostrar, más que los hombres, nuestra valía a pesar de dar una imagen muy femenina, como es mi caso. Lo que no sospechan es que eso es lo que nos da ventaja para cumplir con éxito. Los «malos» no nos ven venir.

Me pongo los guantes y subo al *ring*:

—Venga, jefe, si gano, pongo yo las condiciones.

Capítulo 1

Hanna

El tráfico de Nueva York siempre es un caos, pero esta tarde parece estar en su máximo esplendor. Las calles están abarrotadas de coches lujosos, taxis amarillos y viandantes con prisas. Miro por la ventanilla del coche que me lleva hacia mi nueva asignación y me acomodo el auricular en la oreja antes de llegar, para estar comunicada con mi equipo. Ferguson no me ha dado demasiados detalles, solo que es una familia y que el trabajo es «diferente».

Diferente. Me río para mis adentros. Trabajando en seguridad privada, ya lo he visto todo. Desde millonarios paranoicos, que creen que los van a secuestrar, hasta actrices acosadas por exnovios obsesionados. La adrenalina siempre está ahí.

Tomo aire y deslizo el dedo por la solapa del sobre que me ha entregado Ferguson con datos que debo conocer del objetivo asignado, y despego con cuidado el cierre. Dentro hay un par de documentos con información básica del cliente. Lo primero que veo es el nombre: Jason Kellmann.

Levanto una ceja. Lo reconozco de inmediato. He visto su cara en revistas de negocios y en artículos sobre los multimillonarios más influyentes de Estados Unidos. Es CEO de una de las empresas tecnológicas más poderosas de la última década, por tanto, un hombre influyente, enigmático y, según algunos medios, inaccesible. Además, recuerdo que estuvo en los medios más sensacionalistas una temporada por algo que ocurrió con su esposa.

Paso la hoja y me detengo en una fotografía de él. Debe haber sido tomada en una de esas entrevistas formales, porque lleva un traje a medida, con corbata perfectamente anudada y aire

demasiado serio. Es guapo, de eso no hay duda, pero también proyecta algo más que no le hace parecer demasiado natural. Chasqueo la lengua y le quito importancia, porque a menudo estas fotos de estudio son poco reales o están retocadas.

Paso a la página siguiente, donde veo algo que me sorprende.

Hija: Lily Kellmann, 6 años.

Entrecierro los ojos.

No es habitual que en mi trabajo me asignen la protección de un menor. Ferguson ya me lo había advertido, pero verlo plasmado en el informe le da otra dimensión al asunto. Parece que la familia que me dijo se compone solo de dos Kellmann, padre e hija, no hay datos ni fotos de nadie más en el dosier.

Cuando el coche entra en una zona más residencial, levanto la vista. No es una mansión en las afueras, sino una impresionante casa en el Upper East Side, con una entrada discreta pero innegablemente lujosa. La puerta principal es alta y oscura, de madera maciza, y hay cámaras en cada ángulo. Seguridad reforzada. Buen comienzo. Tendré que hacerme con el mapa de todo el circuito para estudiarlo a conciencia.

—Aquí es —dice el conductor, tras parar el coche frente a la entrada.

Recojo mi mochila y bajo con calma. En cuanto mis botas tocan el suelo, la puerta se abre. Un hombre de mediana edad, con traje gris y expresión impasible, aparece junto al coche y cierra la puerta detrás de mí. Me analiza rápidamente antes de hacer un leve gesto con la cabeza.

—Señorita Davis, bienvenida. Sígame, por favor.

Sin más palabras, se da la vuelta y entra en la casa.

Vaya recibimiento. Respiro hondo y le sigo.

El interior es exactamente lo que esperaba: lujo contenido, sofisticado, sin excesos innecesarios. El suelo de madera oscura brilla bajo la luz de la tarde y las paredes están decoradas con arte moderno, sin ser demasiado ostentoso.

El hombre me guía por un pasillo amplio hasta llegar a un despacho.

—El señor Kellmann la recibirá aquí en unos minutos. Puede tomar asiento mientras le espera. ¿Quiere beber algo, agua, un café?

—Nada, gracias.

Dicho esto, se retira, cerrando la puerta tras de sí. Genial**.**

Observo la estancia. Un despacho amplio, con estanterías llenas de libros perfectamente alineados y un sillón de lectura delante, junto a una gran ventana que da al jardín trasero. Me siento en una de las sillas dispuestas delante de la mesa de madera sobre la que solo hay una carpeta con el logo de la empresa de seguridad de Ferguson. Todo está en orden, impecable, sin un solo elemento fuera de lugar.

Espero con la espalda recta creyendo que aparecerá enseguida. Pasan cinco minutos, diez, quince… Miro el reloj con impaciencia. Llevo exactamente dieciséis minutos esperando y me empiezo a aburrir. Me tienta sacar el móvil, pero no debo, nunca lo miro mientras trabajo y sería horrible que me pillara distraída con él, así que me aguanto. Aprieto la mandíbula, molesta. Odio la impuntualidad, sobre todo cuando yo sí he llegado a tiempo.

En el instante en el que empiezo a considerar salir de aquí y largarme, la puerta se abre y él aparece en el umbral. Jason Kellmann invade la sala con una presencia tan imponente como imaginaba. Tiene el aspecto de ser alguien acostumbrado al efecto que causa: autoritario, firme, directo y carismático. Cierra la puerta tras de sí y avanza con paso seguro, sin prisa, pero sin pausa, como si cada movimiento estuviera calculado.

Al verlo en persona, confirmo lo que pensé cuando vi su foto. Es alto, de hombros anchos y con ese tipo de porte que proyecta control absoluto. Su cabello castaño oscuro está algo despeinado, y eso es lo único que desentona con lo demás. Lleva un traje impecable, pero sin corbata y con los primeros botones de la camisa abiertos. Y, por supuesto, su expresión es de absoluto desdén. Se detiene frente a su escritorio y me dedica una mirada impasible.

Vale. Esto empieza bien, pienso con ironía, porque esa expresión no me gusta nada. Me mantengo firme en la silla, sin moverme

mientras me escruta de arriba abajo. Es evidente que no esperaba encontrarme a mí.

—¿Eres Davis? —pregunta con incredulidad.

Me tomo un segundo antes de responder.

—Sí. Hanna Davis.

—Esperaba a un hombre.

Levanto una ceja y cruzo los brazos.

—Qué sorpresa.

Kellmann frunce aún más el ceño.

—Ferguson no me dijo que mandaría a una mujer. —Su voz es controlada y sin atisbo de burla o ironía, como me ha pasado con otros clientes que solo quieren trabajar con hombres. Le disgusto, estoy segura, pero trata de que no se le note.

—¿Eso es un problema?

Sus labios se presionan en una línea tensa.

—No me malinterpretes, pero necesito a alguien que realmente pueda manejar una situación de peligro.

No lo dice abiertamente, pero su tono lo deja claro: no cree que una mujer pueda proteger lo que más le importa.

Mantengo la compostura, aunque por dentro mi sangre empieza a calentarse. Estoy acostumbrada a este tipo de reacciones en mi trabajo y, por eso, la agencia no suele decirlo con antelación, para que no me rechacen sin darme una oportunidad. Demasiados clientes asumen que el tamaño y la fuerza bruta son lo único que importa en seguridad. Nunca lo entienden hasta que ven de lo que soy capaz.

Me yergo en la silla, sin apartar la mirada.

—Llevo años en seguridad personal, señor Kellmann. He trabajado con tipos más peligrosos de lo que usted pueda imaginar, y he neutralizado amenazas mucho más grandes de lo que piensa. Pero si cree que no soy suficiente, puede arreglárselas solo.

Me levanto de la silla, esperando que diga algo. Sus ojos se oscurecen y noto cómo sus músculos se tensan bajo la camisa. No está acostumbrado a que le hablen así.

Se hace un breve silencio que no me intimida por más que su gesto sea duro y no se digne a decir nada.

Un ruido detrás de mí me saca de mis pensamientos y me giro. En la puerta se asoman unos rizos oscuros, una carita redonda y un par de ojos grandes y curiosos que me miran fijamente. Tras ella, una mujer con ropa de servicio jadea tras la carrera:

—Lo siento, señor Kellmann, se me ha escapado.

—No pasa nada, señora Parker.

La niña entra con timidez y veo que no se parece en nada a su padre. Su piel es más clara, el pelo más oscuro y en sus facciones hay una dulzura que Kellmann no tiene. Lleva un vestido azul marino que le llega hasta las rodillas y una chaqueta roja con el escudo de un colegio privado. Camina hasta ponerse al lado de su padre, sosteniendo con fuerza un osito de peluche gastado.

—Papá —dice con voz suave—. ¿Quién es ella?

Los hombros de Kellmann se tensan de inmediato.

—Ella es…

Se detiene un segundo. No quiere decir «tu guardaespaldas», lo veo en su cara. Quizás porque eso haría que la niña se asustara.

Doy un paso adelante, con una sonrisa tranquila.

—Hola, tú debes de ser Lily, ¿verdad? Yo soy Hanna.

Ella se queda mirándome, y ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Eres una princesa?

Parpadeo, sorprendida por la pregunta. Por mi ropa no lo dirá. Su padre exhala un suspiro exasperado.

—No, Lily. No es una princesa.

La niña me sigue observando con ojos enormes.

—Entonces, ¿qué eres?

Me agacho hasta quedar a su altura y le dedico una sonrisa.

—Soy como una superhéroe, pero en la vida real.

Lily frunce el ceño, pensativa.

—¿Puedes volar?

—No.

—¿Tienes superpoderes?

—Más o menos. Soy muy rápida, sé pelear y puedo protegerte si alguna vez te sientes en peligro.

La niña me mira con asombro y luego se gira hacia su padre.

—Papá, ¿has oído eso? Es como las mejores amigas de los dibujos de la tele. —Vuelve a girarse hacia mí—. ¿Has venido a jugar conmigo?

Kellmann suelta un suspiro, parece que se le agota la paciencia. Me lanza una última mirada cargada de advertencia, como si aún no estuviera convencido de lo que va a hacer. Pero da un paso adelante y abre la carpeta que sigue sobre la mesa desde que entré.

—Adelante, Davis. Firmemos.

Sonrío para mis adentros mientras me vuelvo a sentar. Este trabajo acaba de volverse mucho más interesante.

Capítulo 2

Jason

Lily se marcha con la señora Parker, aunque no sin antes lanzarme una mirada de súplica, como si esperara que le permitiera quedarse un poco más. No cedo. No quiero que participe en esta conversación. Hanna Davis es su nueva escolta y, aunque Lily aún no lo entienda, el hecho de que necesite protección no es un juego ni una historia de superhéroes. Es algo real.

Cuando la puerta se cierra y nos quedamos solos, vuelvo a fijar la vista en la mujer que la agencia ha enviado para proteger a mi hija. Se mantiene en su sitio, con la espalda recta y la expresión neutra, como si no le importara lo que piense de ella. No hay tensión en su postura, ni impaciencia. Solo una calma absoluta que resulta irritante, porque deja claro que no está esperando mi aprobación.

Abro la carpeta con su contrato de confidencialidad y deslizo un bolígrafo sobre la mesa.

—Antes de que hablemos de los detalles de tu trabajo, quiero que firmes esto.

Ella ni siquiera se molesta en mirar los documentos antes de tomar el bolígrafo.

—Contrato de confidencialidad —dice más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí. No quiero que hables con nadie sobre tu trabajo aquí, ni sobre mi familia, ni sobre nada que ocurra o escuches en esta casa ni en nuestro entorno.

—Nunca hablo de mis clientes.

—Perfecto. Entonces no debería haber ningún problema en que firmes.

La observo mientras revisa las páginas con rapidez. No parece sorprendida por ninguna de las cláusulas, lo cual me indica que ha visto contratos como este muchas veces antes. Cuando termina, firma sin dudar y me devuelve los papeles con la misma expresión impasible.

—Bien —añado cuando cierro la carpeta—. Esto es lo que necesito de ti. Lily tiene seis años. Es una niña curiosa, impulsiva y, hasta hace poco, vivía sin preocuparse por nada más que por jugar y aprender. Quiero que siga siendo así. No quiero que la asustes y, por supuesto, nunca debe sentir que está en peligro.

—Lo entiendo.

—Tu trabajo será llevarla al colegio y recogerla. También al club de equitación y cualquier otra salida que tenga que hacer. Asegurarte de que no haya nadie siguiéndoos o vigilando la casa. Si salimos a algún evento, irás con nosotros, pero lo harás con discreción. No quiero que se sienta como si estuviera en una burbuja de seguridad. Le diremos que eres una especie de… niñera, por si le preguntan las amigas en el colegio o en las fiestas de cumpleaños, ya sabes.

—Eso lo puedo hacer.

Asiento, satisfecho con su respuesta.

—Por ahora, no te necesito por las noches. La casa ya tiene un sistema de seguridad avanzado y personal que patrulla el exterior. Pero habrá ocasiones en las que necesite que te quedes, sobre todo si estoy fuera de la ciudad. Hay una habitación disponible para ti en la planta baja para cuando sea necesario. Me quedo más tranquilo sabiendo que está protegida por alguien dentro de la casa.

No reacciona. No parece incómoda con la idea ni interesada en ello. Simplemente, afirma con la cabeza.

—¿Algo más?

Cruzo los brazos, y apoyo los codos en el escritorio.

—Sí. No me gusta la improvisación. Quiero que me informes de cualquier movimiento sospechoso, cualquier persona fuera de lugar. Quiero que entiendas que este trabajo no es un juego. No te he contratado porque necesite una simple acompañante para Lily, hay razones de peso para extremar las precauciones a su alrededor.

—¿Y cuál es la amenaza a la que nos enfrentamos?

Me tenso. No quiero compartir esa información con ella todavía.

—Por ahora, no necesitas saberlo.

Algo en su expresión cambia. Es sutil, pero está claro que no le gusta mi respuesta.

—No puedo trabajar a ciegas, señor Kellmann, entiéndalo. Si no sé de qué la protejo, no me podrá culpar si algo se me escapa. En estos asuntos, cuanta más información, más seguridad. Debo saber dónde me muevo. Ya he firmado el contrato de confidencialidad, creo que tengo derecho a saberlo para hacer bien mi trabajo.

—Ferguson le dirá lo necesario.

Davis mantiene mi mirada durante un segundo, que se me hace muy largo, antes de asentir.

—De acuerdo. Hablo con él.

Me inclino hacia atrás, cojo la carpeta para guardarla en la caja fuerte cuando se vaya, y me pongo de pie.

—Entonces, eso es todo. Nos veremos mañana.

Se levanta sin prisa, toma su mochila del suelo y se dirige a la puerta sin más despedida. Justo antes de salir, gira levemente la cabeza.

—Por cierto —dice, con una ligera sonrisa que no se refleja en su mirada—, la próxima vez, no me haga esperar dieciséis minutos.

Echa su reivindicación, que me saca una sonrisa, se va.

Me quedo en mi sitio, observándola marchar, con una mezcla de irritación y sorpresa.

No es lo que esperaba, demasiado femenina para ser una guarda de seguridad. Sin embargo, algo me dice que subestimarla sería un error; además, es probable que mi hija se sienta mejor con una mujer que simule ser su canguro. Cuando la puerta se cierra tras ella, el despacho recupera su silencio habitual, pero yo sigo de pie, con la mirada fija en el punto donde estaba hace apenas unos segundos. No sé qué esperaba exactamente cuando Ferguson me habló de la persona que estaría a cargo de la seguridad de Lily, pero definitivamente no era esto.

Resoplo, pasando una mano por mi mandíbula mientras camino hasta la ventana. Desde aquí puedo ver parte del jardín trasero, la

piscina iluminada y la silueta de algunos empleados moviéndose en la casita donde se aloja parte del servicio. Todo está en calma, igual que siempre, pero dentro de mí hay una sensación que me inquieta.

Hanna Davis, leo en el expediente que me ha dejado antes de irse.

Una mujer que me ha desconcertado no solo porque esperaba a un hombre —uno con el perfil habitual de exmilitar, con expresión severa y actitud intimidante— sino porque su manera de comportarse, su absoluta seguridad en sí misma y la frialdad con la que me ha mirado, como si yo no fuera más que otro cliente en su lista, me han irritado de una forma extraña.

Me aparto de la ventana y camino de nuevo hasta el escritorio, sobre el que apoyo ambas manos mientras intento ordenar mis pensamientos. Todo esto es innecesario. No debería estar pensando en la escolta de mi hija ni un minuto más. Ferguson me aseguró, cuando solo me hablaba de la persona asignada sin decir su sexo, que es la mejor en su campo, que su historial es impecable, que ha trabajado con personalidades importantes, incluso con Isabella Romano, quien ahora es la esposa de Jackson Woodall. Me dio todas las garantías, pero, aun así, hay algo en ella que me hace dudar.

Quizás es la manera en la que no se inmutó cuando dejé claro que prefería a un hombre. No hubo indignación, tampoco pareció molestarse y no sintió la necesidad de justificar su capacidad. Simplemente, dejó que la situación hablara por sí sola, como si supiera que, al final, yo mismo acabaría dándome cuenta de que subestimarla sería un error. Y lo peor es que puede que tenga razón.

Frunzo el ceño y abro la carpeta con su contrato de confidencialidad, repasando las cláusulas con la mirada sin realmente leerlas. No puedo permitirme errores. No cuando la seguridad de Lily está en juego y la amenaza sigue ahí, acechando en las sombras y esperando el momento adecuado para atacar.

Pienso en mi hija, en sus grandes ojos curiosos cuando ha mirado a Davis y ha preguntado si era una princesa. En su inocencia, Lily no ha entendido lo que significa tener un guardaespaldas, tampoco se lo hemos dicho así, pero sí ha comprendido algo por instinto: Hanna no es una presencia común.

Quizás es eso lo que me inquieta.

Aparto los papeles con un movimiento brusco y me desabrocho otro botón de la camisa, sintiéndome repentinamente agotado. No debería estar dándole tantas vueltas a esto. Hanna Davis es solo un recurso más, una pieza en el complicado tablero de mi vida que, por ahora, necesito en juego. Nada más.

Capítulo 3

Hanna

Las mañanas en la mansión Kellmann comienzan temprano. A las siete en punto, la casa ya está en movimiento. La señora Parker y el personal del servicio organizan el desayuno, los jardineros revisan el exterior, y los conductores se preparan para las salidas del día, coordinados con el equipo de seguridad. Todo parece milimétricamente ensayado. Yo, en cambio, solo observo. Me apoyo en el marco de la puerta del comedor, donde Lily está sentada en la enorme mesa con una taza de chocolate caliente entre las manos. No habla mucho. No es la típica niña que se distrae con cualquier cosa o que habla sin parar sobre lo que hará en el colegio. Se mantiene en silencio, con la mirada fija en el plato, mientras juega con un trozo de tostada con los dedos. Lleva el pelo recogido en una coleta perfecta y el uniforme del colegio, impecable. Parece una muñeca de porcelana, una versión en miniatura de lo que la alta sociedad espera de ella. Pero, bajo esa imagen perfecta, hay algo más. Lo noté desde el primer momento en que la vi. Lily no es una niña cualquiera. Es más consciente de su entorno de lo que debería ser a su edad y de lo que su padre cree. O esa es la sensación que me da.

—Buenos días, Lily —le digo cuando entró al comedor.

Ella levanta la mirada y me observa con curiosidad, como si aún no supiera qué pensar de mí.

—Buenos días —responde en voz baja.

No insiste en una conversación, y yo tampoco. No quiero presionarla. A los niños hay que darles su espacio, especialmente a

los que, como ella, han crecido en un mundo donde todos esperan algo de ellos y, me imagino, se ha criado entre adultos.

—El coche estará listo en diez minutos —anuncia la señora Parker, que aparece tras de mí con la mochila de Lily en la mano.

La niña se deja resbalar de la silla con movimientos pausados y la toma sin prisa. Me sigue en silencio hasta la entrada, donde uno de los conductores ya tiene el coche preparado. Le abre la puerta y la ayuda a subir, aunque no lo necesita. Se acomoda en el asiento trasero, encima de un alzador, y yo me coloco a su lado, mientras el coche arranca con suavidad.

—¿Te gusta el colegio? —pregunto tras unos minutos de silencio.

Lily me observa de reojo.

—Sí.

—¿Tienes muchos amigos?

—Algunos.

No es la conversación más animada del mundo, pero al menos me responde a las preguntas. Me recuesto en el asiento y observo cómo la ciudad pasa por la ventanilla. El trayecto es tranquilo, sin sobresaltos. Cuando llegamos a la entrada del colegio, el tráfico es más denso. Hay coches de lujo estacionados en fila y conductores abriendo puertas para que los niños salgan. Me bajo primero y observo la zona con atención y disimulo antes de extenderle la mano a Lily.

Ella baja sin problemas y camina hacia la entrada con la cabeza erguida. Me sorprende la elegancia de sus movimientos, como si ya hubiera aprendido a comportarse como una adulta en miniatura. Cuando llegamos a la puerta, me detengo.

—Nos vemos a la salida.

Lily asiente, pero antes de girarse, me lanza una mirada rápida.

—Adiós, Hanna. —Lo dice de una manera que me hace sonreír y pienso que ella no se merece la seriedad con la que suelo ejercer mi trabajo.

La tarde transcurre con calma hasta que llega la hora de recogerla. He dedicado el tiempo a estudiar el entorno del colegio y de la casa, tomando notas y haciendo fotos como si fuera una turista; necesito saber dónde me muevo, como si pasara allí todos

los días de mi vida, para saber qué puede ser diferente en un momento concreto. Luego he hablado con la señora Parker para conocer los horarios de la niña, sus gustos y costumbres. Algo de lo que me debería haber informado su padre; sobre la madre no he querido preguntar todavía, aunque sé algunas cosas por la prensa rosa que también he tenido que estudiar. Aun así, prefiero que me lo cuenten ellos con su versión.

A la hora de la salida, Lily aparece por la puerta del colegio con la mochila colgada de un solo hombro. Se despide con besos y risas de sus amigas, con una naturalidad que no suele mostrar en casa. Es como si aquí pudiera ser un poco más ella misma. Me quedo de pie junto al coche, observándola con atención. Es la primera vez que la veo tan relajada. Sin embargo, siento que algo no está bien. No sé cómo explicarlo, pero una sensación me recorre la espalda. Una punzada de alerta, ese instinto que nunca me ha fallado en los años que llevo en este trabajo.

Recorro la zona con la mirada. Padres conversando entre ellos, niños riendo, conductores esperando junto a los coches. Todo parece normal, pero hay algo que no encaja. O, más bien, una persona.

A lo lejos, en la otra acera, hay un hombre con gafas de sol y una gorra oscura, de espaldas al colegio. No parece tener un niño que recoger, solo está ahí, con las manos en los bolsillos, observando. No puedo distinguir su rostro, pero su postura es de alerta y me hace arquear una ceja. No es natural. Está vigilando. Me muevo un poco, sin apartar la vista de él, y noto cómo cambia el peso de las piernas de una a otra. Se tensa levemente, como si hubiera sentido que lo he detectado. Mis músculos se preparan, pero en ese momento, Lily corre hacia mí, sujetando la mano de una de sus amigas.

—¡Hanna! Esta es Emma.

La niña rubia a su lado me observa con timidez y me dedica un saludo con la mano.

—Hola, Emma.

Lily le sonríe y se despiden antes de que su amiga regrese con su niñera o su madre, no lo sé ni me detengo a averiguarlo, porque mi atención está en otro sitio. Es solo un instante, pero cuando vuelvo

la vista hacia la acera, el hombre ya no está. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor. No hay ni rastro de él.

Esa sensación de alerta se intensifica.

—Vamos, Lily —digo con calma, tomando su mochila para que suba al coche.

El trayecto de regreso es silencioso. Lily mira por la ventanilla, ajena a mis pensamientos, pero yo sigo dando vueltas a lo que acabo de ver. ¿Quién era ese hombre? ¿Un simple desconocido o alguien con una razón específica para estar allí? ¿Estaba por Lily o por otra persona?

Cuando llegamos a la casa, Jason ya nos está esperando en el vestíbulo. Tiene una postura rígida, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Sé que está molesto incluso antes de que abra la boca.

—¿Algo que deba saber? —pregunta, controlando la voz, pero con un tono que me indica desconfianza.

Le sostengo la mirada.

—Depende. ¿Quiere que le informe de cada persona sospechosa que vea en la calle o prefiere que me asegure de que no represente una amenaza antes de alarmarle?

Su ceño se frunce aún más.

—Quiero saber cualquier cosa que ponga en riesgo a mi hija.

—Entonces, se lo diré cuando sea necesario.

Nos miramos en un duelo silencioso. La tensión entre nosotros es casi tangible. Jason Kellmann está acostumbrado a cuestionarlo todo, a que la gente a su alrededor se incline a su voluntad. Pero yo no soy esa clase de persona. Sé que hago bien mi trabajo y, que me cuestionen, lo único que provoca es que me sienta vulnerable, y eso no es bueno.

Finalmente, exhala con frustración y desvía la mirada hacia Lily, que nos observa en silencio.

—Ve a lavarte las manos antes de hacer los deberes, Lily.

Ella obedece de inmediato y corre escaleras arriba.

Cuando nos quedamos solos, Jason me dedica una mirada larga, como si intentara descifrarme.

—No quiero sorpresas, Davis.

—Y yo no quiero que me cuestione a cada paso. Así que supongo que estamos en un empate.

Él entrecierra los ojos, pero antes de que pueda responder, me giro y me dirijo hacia la puerta para volver a casa, dejándolo con las palabras atrapadas en la garganta.

No sé quién es el hombre que vi en el colegio. No sé si es solo mi instinto volviéndose paranoico o si realmente hay algo detrás. Pero lo averiguaré.

Si hay una amenaza cerca de Lily, que recen para que no los encuentre yo primero.

Capítulo 4

Jason

Davis me pone de los nervios. Es lo primero que pienso cuando la veo salir por la puerta con esa seguridad absoluta, como si no le importara lo más mínimo haberme contradicho. Me cabrea que no acepte mi autoridad ni que me vea como su jefe. Lo reconozco.

Desde el momento en que entró en mi despacho por primera vez, dejó claro que no estaba aquí para complacerme ni para hacerme sentir cómodo. No se inmutó cuando cuestioné su capacidad, no titubeó al ponerme límites y no parpadeó ni una sola vez cuando me desafió en la entrada. No le he dicho que ese hombre que ha visto, aunque no me haya informado de ello, era de los míos y que la vigilaba a ella, porque dejaría el trabajo. Dice mi hombre que ha reaccionado bien, y que se ha ido cuando Lily la ha distraído. Eso me preocupa, porque si llega a ser el que nos amenaza, podría haber pasado cualquier cosa. Aunque, lo primero es Lily y en eso parece que cumple.

Respiro hondo y me paso una mano por la mandíbula, tratando de calmarme. No debería estar tan molesto. Pero lo estoy. A mí me enerva, sin embargo, parece que Lily está contenta con ella.

Después de la cena, mi hija me ha contado cómo su día ha sido más divertido porque «Hanna»—ni siquiera Davis, ya la llama por su nombre— es más rápida que la señora Parker para abrocharle el cinturón y que le ha gustado que la esperara al salir del colegio, no como yo que nunca voy, ha añadido. Incluso me ha dicho que su amiga Emma cree que Hanna parece una espía.

—¿Es una espía, papá? —me ha preguntado con una sonrisa traviesa.

—No —respondo sin querer darle demasiados detalles—. Es tu niñera.

—Pero, ¿por qué necesito una? Ya soy mayor y a señora Parker me cuida muy bien. Además, las canguro juegan con las niñas y nosotras no hemos jugado.

Le sostengo la mirada un segundo. No quiero cargarla con miedos que no debe tener, pero tampoco quiero mentirle en todo si no es necesario.

—La necesitas, porque quiero que estés acompañada y segura. Hoy no ha jugado contigo, porque cuando habéis llegado yo ya estaba en casa, cariño. Las canguros cuidan de los niños cuando no están los papás.

Ella ha asimilado mi respuesta con la naturalidad de una niña que confía plenamente en su padre. Pero sé que las cosas no son tan sencillas.

Ahora, con la casa en silencio y una copa de whisky en la mano, camino hasta la biblioteca y me recuesto en el sillón de cuero junto a la ventana. Miro hacia la estantería donde hay una foto de Lisbeth. En contra de mi voluntad, he tenido que dejar fotos a la vista de mi hija, que está convencida de que su madre volverá algún día, aunque yo no lo creo.

—Espero que todo esto no sea cosa tuya, Lis. Bastante has hecho ya —murmuro hacia el retrato, antes de dar otro sorbo al líquido ambarino que me quema la garganta.

El teléfono suena y veo que es Ferguson. Este hombre parece que no descansa nunca.

—Kellmann.

—Buenas noches. ¿Cómo ha ido el primer día con Davis?

—Es pronto para darte un informe. De momento solo puedo decirte que parece discreta y un muro infranqueable, menos con Lily. Parece que se entienden.

—Ya veo. Sí, es muy profesional y no deja que nada la distraiga, por eso puede parecer más seria de lo que es. Irá bien, pero hay algo que me preocupa.

—Dime.

—Ha visto a alguien merodeando por el colegio. Un hombre que llevaba gafas de sol y gorra, y no parecía esperar a ningún alumno. No ha hecho nada, pero cree que estaba observándolas.

—¿Ella cree que es una amenaza? —pregunto aguantándome la risa y satisfecho al mismo tiempo por haberse dado cuenta, aunque no me haya dicho nada.

—No lo sé. No me lo ha dicho directamente, pero no me habría mencionado el incidente si no lo hubiera considerado sospechoso. Sé que no te ha dicho nada para no alarmarte delante de tu hija. Prefería consultarlo antes conmigo.

Ferguson deja escapar un resoplido y yo dejo de aguantarme y me rio.

—Disculpa que no te avisara. Ese hombre iba de mi parte para vigilar a Davis.

—¿Cómo? ¿Que has hecho qué? Si no te fías de mi gente, rompemos el contrato —brama al otro lado de la línea.

—Me fío de ti y sé que has elegido bien, pero necesitaba verlo por mí mismo. Solo espero que la próxima vez que sospeche de alguien, me lo comunique.

—Solo lo hará cuando esté muy segura; de lo contrario estaréis siempre en alerta y eso no os conviene. He visto a muchos clientes perder los nervios con frecuencia y, créeme, no te lo aconsejo.

—De acuerdo. Te pido disculpas, no volverá a pasar.

—Ella está en constante comunicación con la central. En caso de que vea algo, mandamos refuerzos.

—De acuerdo, gracias. Buenas noches.

Cuelgo la llamada y me quedo en silencio, observando el reflejo de la ciudad en los ventanales.

Tengo enemigos. Eso es un hecho. Llevo años lidiando con amenazas, chantajes e intentos de sabotaje empresarial. Pero hasta ahora, nunca había necesitado protección para Lily. Siempre había sido parte de los negocios y nunca había creído que el peligro pudiera alcanzarla hasta que recibí esa carta con fotos de ella en diferentes lugares, y sentí que estaba al alcance de cualquiera.

Tomo un sorbo de whisky y dejo que el líquido áspero resbale por mi garganta. Davis puede ser molesta, me desafía, me contradice y se mueve con una confianza que me exaspera. Pero si alguien va a mantener a mi hija a salvo, sé que será ella. No tengo ni idea de por

qué lo creo, pero mi intuición, que tanto me ayuda en los negocios, me dice que con Davis estamos bien protegidos.

Capítulo 5

Hanna

No debería afectarme tanto lo que piensa Jason Kellmann de mí. Es un cliente. Nada más. Uno con aires de emperador romano, con gesto constante de desaprobación como si el mundo entero estuviera por debajo de sus estándares. Pero hay algo en su mirada que me altera los nervios. No es solo su arrogancia o esa forma de cuestionarme. Es la manera en que me observa cuando cree que no lo noto, otra forma de subestimar mi capacidad de observación, como si intentara desmontarme sin usar una sola palabra.

Llevo días trabajando en esta casa, y ya empiezo a conocer los patrones. Lily desayuna siempre en silencio, como si supiera que cualquier exceso de alegría no está permitido a esas horas. La señora Parker mantiene la casa funcionando como una maquinaria perfecta. Y Jason…, Jason aparece tarde, cuando ya todo está hecho. Siempre con el gesto tenso, el nudo deshecho de la camisa y la mirada entre cansada y vigilante. Parece que no presta atención, pero estoy segura de que, si algo cambia un milímetro, se daría cuenta. Todo funciona como él quiere que funcione, aunque no intervenga.

Hoy ha sido uno de esos días tranquilos en apariencia, pero que bajo la superficie se palpa la tensión. En el colegio, he seguido atenta a los movimientos, y no he vuelto a ver al tipo de la gorra, como era de suponer. Me sentó muy mal que montara ese numerito para vigilarme, pero mi jefe me rogó que no dijera nada y así he hecho; callada como requiere mi trabajo, pero ardiendo de rabia por dentro.

Cuando vuelvo a casa tras dejar a Lily en su clase de equitación, voy directamente a la habitación, que uso como despacho, a repasar los informes y las cámaras de seguridad. Estoy organizando mis notas, cuando la señora Parker llama suavemente a la puerta.

—El señor Kellmann quiere verla en la biblioteca.

Me tenso solo al escucharla, a pesar de que no hay ninguna urgencia en su tono. A veces odio ser tan intuitiva, porque veo fantasmas donde, a lo mejor, no los hay. Por desgracia, suelo acertar.

Cuando entro en la biblioteca, él está de pie junto a la ventana que da al jardín, con una copa en la mano, aunque no son ni las seis de la tarde. Lleva la camisa blanca arremangada y sin abrochar del todo, como suele hacer cuando está en casa, sin la rigidez de una oficina. Se gira al oírme entrar y me doy cuenta enseguida de que su mirada no es de cortesía, sino de evaluación. Como si ya hubiera elaborado su juicio sobre mí antes de que yo entrara a la bibloteca.

—Cierra la puerta, por favor.

Obedezco sin decir nada. Me mantengo de pie, esperando. Él no dice nada al principio. Da un sorbo a su copa, se toma su tiempo, como si buscara las palabras con cuidado, o quizás solo pretendiera aumentar la tensión. Y yo no se la voy a regalar. Ya sé de qué va este tipo de hombres, se visten de autocontrol y se creen dueños de cada segundo que respiran los demás.

—Ferguson me dijo que el otro día viste algo sospechoso en el colegio.

Me cuesta no torcer el gesto. Así que es eso.

—Ya lo solucioné —respondo con calma—. El individuo se marchó antes de poder hacer nada. Ni se acercó a Lily.

—¿Y no creíste necesario contármelo?

Levanto la barbilla, firme. No pienso disculparme por hacer mi trabajo.

—No. No había un peligro real. Solo alguien con actitud extraña, que probablemente sabía que lo había detectado. Preferí investigar primero, como siempre hago, antes de crear una alerta innecesaria. No me parece conveniente venir a contarle que he visto gente rara, porque me pasaría aquí el día dándole el parte —añado con sorna.

Jason da un paso hacia mí, sin dejar de observarme. Me reta con la mirada. Eso no me gusta, ni tampoco la forma en que intenta intimidarme, ni ese brillo en los ojos como si disfrutara tensando la cuerda.

—No tolero secretos en esta casa, Davis.

—No he guardado ningún secreto —respondo sin pestañear—. He hecho lo que hago siempre: evaluar la amenaza antes de escalarla. Quien debería hablar de secretos no soy yo.

No sigo, porque no debo dejar que la rabia muestre mis cartas. Él entrecierra los ojos y su gesto me informa de que me ha entendido. Claro que lo ha hecho. Ambos sabemos que ese hombre no era un desconocido. No lo he dicho en voz alta, pero lo sabe. Y eso lo incomoda más que mi silencio.

—¿Sabes quién era? —pregunta al fin, en tono bajo.

—No, y no me gusta no saberlo —respondo tajante, clavando la mirada en sus ojos—. No ha sido la primera vez que alguien me vigila para evaluarme. He trabajado con políticos, embajadores, empresarios paranoicos... Estoy acostumbrada. Lo que no tolero es que se me ponga a prueba sin avisar. No soy una aspirante, Kellmann. Estoy aquí porque soy la mejor.

Hay un instante de silencio tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Él da otro sorbo a su copa, se gira ligeramente hacia la ventana y, por un segundo, creo que va a ignorarlo todo y cambiar de tema. Pero no lo hace; ha decidido contar su versión.

—Era un hombre de mi equipo, como veo que ya sabes. Quería saber cómo actuabas. Tu jefe te defendió demasiado rápido y yo no soy de fiarme de nadie. Llevo muchos años entre tiburones financieros que no saben de fidelidades.

Siento que algo se me revuelve por dentro. No solo por lo que hizo, sino por cómo lo dice. Como si no importara y mi confianza fuera una moneda de cambio sin valor.

—Podría haber acabado mal —digo, controlando la voz—. Si Lily no hubiera interrumpido, no sé si habría contenido el impulso de inmovilizarlo.

—Entonces habrías pasado la prueba antes de lo previsto.

—¿Esto es un examen, señor Kellmann?

Me mira fijamente a los ojos, sin sonreír y sin rastro de burla.

—Todo el mundo que entra en mi vida lo pasa.

Nos quedamos frente a frente, con el aire cargado de esa electricidad que no es nueva, pero que se ha vuelto insoportable. No hay un centímetro de su cuerpo que se mueva y, sin embargo, todo en él vibra con algo primitivo. Es irritante, porque una parte de mí—pequeña e indeseada—responde a esa vibración. Una parte que no debería existir en alguien como yo.

—Espero que Lily no sea parte de ese filtro —espeto, dándole la vuelta a su juego.

Es nombrarla a ella y sus facciones se tensan. Sí, ha sido un golpe certero y me alegro de haberlo lanzado.

—Ella no se toca —responde con una firmeza que casi me hace retroceder.

—Lo sé, admito que lo he dicho para provocar. Por ella estoy aquí. Pero si vuelve a ponerme a prueba a mis espaldas, seré yo quien les deje sin escolta. Esta relación debe basarse en la confianza.

Me giro hacia la puerta sin esperar su permiso. Pero justo antes de marcharme, me detengo y hablo sin mirarlo.

—Por cierto, le doy la enhorabuena. Ha conseguido lo que quería y ahora ya sabe que reacciono rápido, evalúo bien... y, sobre todo, que no me dejo manipular.

Salgo cerrando la puerta con ademanes suaves muy diferentes a lo que siento por dentro. Estoy hirviendo, aunque por fuera, como siempre, sigo siendo un muro. Camino por el pasillo largo que conduce a mi habitación con pasos firmes, pero cada célula de mi cuerpo vibra de rabia contenida. No soporto que me controlen, que me pongan trampas y, mucho menos, que lo haya hecho con la excusa de proteger a su hija, cuando, en realidad, lo único que buscan es someterme a prueba, como si yo tuviera que demostrar algo más.

Lo peor es que sé que ha comprobado que me afecta. Por más que quiera mantener la distancia, Jason Kellmann consigue alterarme de una forma que me inquieta. No es solo su actitud autoritaria, ni su incapacidad de confiar en mí. Es su mirada. Esa

forma en la que me observa como si estuviera desnudando mis intenciones, buscando el fallo, la grieta por la que podría quebrarme. Me pregunto si haría lo mismo de ser un hombre.

Lo que me agobia más es que, al mismo tiempo, hay otra parte de esa mirada que no es profesional. Ese pequeño segundo que se alarga más de la cuenta cuando clava sus ojos en los míos y no evalúa, sino que pregunta. Lo siento como algo más físico y no me gusta. Lo peor no es que él lo haga, sino que yo lo percibo, o, más bien, es mi cuerpo el que lo nota con un cosquilleo por mi ingle que no debería estar ahí.

Me cobijo en la habitación que me han asignado y apoyo la frente contra la puerta. Cierro los ojos y respiro para obligarme a recordar quién soy y por qué estoy aquí. No soy esa clase de mujer que se deja arrastrar por impulsos absurdos y nunca he caído en las proposiciones de algunos de los clientes a los que les he dado protección. Esta vez no va a ser diferente. Ni siquiera me ha sugerido nada y yo ya estoy pensando en esto; eso sí que es un problema porque ya no se trata del cliente sino de mí. O de lo que él provoca en mí. Debo cortar con esto. Estoy aquí para proteger a Lily, aunque para ello tenga que soportar a su padre.

Capítulo 6

Jason

Cuando llego a casa, lo primero que noto es un silencio poco habitual, mayor aún que el que reina cuando Lily está en su habitación y el personal mantiene todo en orden con pasos sigilosos. Este es otro tipo de silencio, que hace que salten todas mis alarmas. Me quito la chaqueta, la dejo sobre el respaldo del sofá y subo las escaleras con calma, escuchando con atención a mi alrededor.

Encuentro a Lily en su cuarto, sentada en el suelo, rodeada de cojines de colores y con una sonrisa triste. A su lado, Hanna está arrodillada, con las manos en las piernas. Noto en su expresión que está algo incómoda, como si no supiera exactamente qué hacer.

—¿Qué ocurre? —pregunto, entrando sin tocar.

Lily levanta la mirada y sus ojitos brillan con decepción.

—Papi, no ha habido fiesta de pijamas —solloza abrazada a mis piernas.

—Así es —corrobora Hanna y entonces me doy cuenta de que se me había olvidado que hoy dormía en casa de su amiga—. La fiesta de pijamas se ha cancelado porque la madre de Emma se ha hecho daño en el pie y dice que no puede encargarse de todas las niñas.

—Vaya —murmuro, mientras me agacho junto a Lily—. Lo siento, cariño.

Ella asiente con un suspiro triste, y luego, como si fuera lo más lógico del mundo, gira la cabeza hacia Hanna.

—¿Podemos hacer la fiesta aquí?

Hanna parpadea, claramente pillada por sorpresa. Se le nota que no lo esperaba, y que, probablemente, tenía otros planes para esta noche. De hecho, debería haberse ido ya a su casa.

—Lily… yo…

—Por favor —insiste mi hija, dando saltitos con las manos juntas como si rezara—. Solo esta noche. Podemos ver una peli, poner

mantas en el suelo, hacer palomitas… Eso es lo que iba a hacer con Emma. ¿Podemos, *porfi,* podemos?

Veo cómo Hanna duda. Su instinto es decir que no. Lo noto en la rigidez de su mandíbula y en la forma en que baja la mirada durante una fracción de segundo. Pero también veo cómo cede. Quizá porque Lily le aprieta los dedos con esa fe absoluta que solo los niños pueden transmitir.

—Está bien —responde al fin—. Pero solo si tu papá te da permiso y tú eliges la peli.

—Por mí no hay problema —concedo.

Lily sonríe como si le hubieran regalado un unicornio. Da saltitos nerviosos, mirando alrededor, antes de ponerse a organizar su improvisada «zona de juegos». Hanna se incorpora y me mira de reojo.

—Papi, ve a ponerte el pijama, y tú, Hanna, si no tienes te presto uno, y y y…, ah, las palomitas.

Mi hija es de pronto un torbellino que lo arrasa todo. La idea de la fiesta me parece absurda, pero desde que su madre se fue, me comprometí conmigo mismo a que tuviera las mejores experiencias y si esto es lo que quiere, es lo que debo hacer. Me encojo de hombros ante la mirada inquisitiva de Hanna.

—Creo que podré sobrevivir a una película infantil, ¿y tú?

Cuando volvemos, Hanna con las palomitas y yo con el pijama puesto, Lily ha transformado su habitación en una pequeña fortaleza. Hay cojines por todas partes, mantas colgando de la cama como si fueran cortinas, y luces de colores parpadeando sobre el escritorio. Se ha vestido con un pijama de unicornios y le ha prestado a Hanna uno de repuesto, demasiado pequeño, claro, que no se ha puesto, pero que ha colgado del pomo «por si acaso».

Nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada contra la cama y Lily entre los dos, arropada hasta la barbilla. En la pantalla comienza una película de animación. No sé cuál es. No me interesa. Estoy más centrado en el ambiente, en lo cómodo que me resulta, para mi sorpresa, en el calor suave que desprende la manta y en el olor a palomitas recién hechas. También en la presencia de Hanna, que está demasiado cerca y se ha quitado esa rigidez de escolta que

suele tener en la cara y en el gesto corporal. Se ha quitado el uniforme de trabajo y se ha puesto un pantalón de chándal y una camiseta blanca que dibuja su contorno. Parece distinta, más... humana. Se ha soltado el pelo, que suele llevar recogido en una coleta y, por primera vez, noto que tiene hoyuelos cuando sonríe, como ahora, cuando Lily le hace una pregunta absurda sobre si ella también ha montado a caballo.

No participo en la conversación. Me limito a observarlas, con una extraña sensación de que estoy presenciando algo que no sucede todos los días. Hanna ríe. Lily se acurruca entre nosotros. Y durante unos segundos, todo parece sencillo, como si esto fuera normal. Pero no lo es. No puede serlo y es muy complicado hacérselo entender a mi hija.

En algún momento, la película se vuelve monótona y la cabeza de Lily resbala hasta mi brazo. La acomodo con cuidado, sin despertarla y, con la ayuda de Hanna, la levanto y la llevo hasta la cama. La arropamos sin decir nada. Hanna le aparta un mechón de la frente con una ternura que me descoloca. Luego se incorpora y empieza a recoger algunas cosas. Yo beso la Lily en la frente y le doy las buenas noches.

—No tienes que hacer eso —le señalo a Hanna el bol de las palomitas y los vasos que ha recogido.

—No se preocupe. ¿Puedo preguntarle algo?

—Tú dirás, y tutéame por favor.

—¿Me puedes contar algo de su madre? No quiero meter la pata cuando estoy con ella.

Me tenso solo con oír la pregunta, no porque no sepa qué decir, sino porque detesto que me saquen ese tema. Miro a Lily, dormida, con el ceño levemente fruncido incluso en sueños, y luego me giro hacia Hanna.

—No.

La palabra es seca, cortante. No lo hago con intención de herirla, sino porque no quiero abrir esa puerta. Al menos no esta noche.

Ella asiente, sin molestarse y sin cambiar el gesto. Lo acepta, como acepta muchas otras cosas. Sin intentar sacarme más. No esperaba esa reacción, pensé que insistiría, y me desconcierta.

—Buenas noches, señor Kellmann —dice, saliendo de la habitación con paso tranquilo.

Me quedo un segundo mirando la puerta cerrarse. Después vuelvo la vista hacia mi hija. La acaricio con suavidad en el brazo y le acomodo mejor la manta.

Pero me quedo pensativo e inmóvil, porque aún tengo el eco de la escena de esta noche metido bajo la piel, y me doy cuenta de que su risa aún me vibra en el pecho. No es bueno que esta mujer, a la que he querido poner a prueba desde el primer día, empiece a calarme más hondo de lo que hubiera podido imaginar.

Capítulo 7

Hanna

Cuando salgo por la puerta principal de la casa Kellmann, el aire frío de la noche me da en la cara como una bofetada de realidad. Estoy agotada, pero al menos Lily se ha ido a dormir con una sonrisa. Al final, la fiesta improvisada ha salido mejor de lo que esperaba. Un montón de cojines, una linterna, palomitas y un padre que, contra todo pronóstico, se ha quitado la corbata —bueno, en su caso la camisa desabrochada aún más— y se ha tirado al suelo con nosotras. Jason Kellmann en pijama. No era una imagen que esperaba retener, pero ahí está, clavada en mi memoria con una nitidez irritante.

Regreso rápidamente a mi piso para ponerme unos jeans ajustados, una camiseta negra y unos botines, y salgo a encontrarme con los chicos de la agencia. Nos vemos en un bar discreto en el West Village, que nos encanta por sus paredes de ladrillo visto y cerveza artesanal. Cuando llego, ya están allí. Ferguson no ha venido, pero están Marco, Will y Cat, la única que, como yo, sobrevive en un mundo lleno de testosterona sin dejar de llevar las uñas bien pintadas.

—¡Por fin llegas! Ya creíamos que no venías —grita Will, alzando su vaso.

Me abrazan, me palmean la espalda y, en cuestión de segundos, me siento una más. Contamos anécdotas de trabajo, compartimos los casos más absurdos y reímos hasta que me duele la mandíbula. Marco, que alguna vez intentó algo conmigo y aún cree que tiene una mínima posibilidad, me mira de reojo cuando cree que no me doy cuenta.

—¿Y tú qué? ¿Sigues con el cliente de la niña rica? —pregunta Cat mientras da un sorbo a su cerveza.

—Sigo —respondo sin más, sin querer dar detalles, que, además, no debo hacerlo, no solo porque he firmado un contrato de confidencialidad; sin él tampoco hablaría. No es profesional irse de la lengua, ni siquiera con los compañeros.

—¿Y qué tal el padre? —insiste Marco, con una ceja alzada.

—Exigente, frío y demasiado guapo para el trabajo que tiene.

No sé por qué he dicho eso último. Me arrepiento en cuanto sale de mi boca. Los tres me miran como si acabaran de cazarme en una mentira.

—¿Te gusta el jefe, Davis? —pregunta Will con tono burlón.

—No empieces —respondo y levanto las manos—. Es un cliente y yo no soy ciega. Hasta ahí llega mi interés. Fin.

Pero mientras me río con ellos y cambio de tema, no puedo dejar de pensar en esa habitación cubierta de cojines, en Lily apoyada en mí, mientras se le cerraban los ojos, y en la forma en la que Jason la arropó después, con una delicadeza que me desconcertó. No le pregunté por la madre de Lily solo por curiosidad. Quería entender ese muro de hielo que lleva encima como una segunda piel, porque no consta nada sobre ella: ni se ha divorciado, ni es viudo, que sepamos.

Vuelvo a casa tarde. En mi pequeño apartamento no hay risas ni cervezas, solo silencio. Cuando me separé de mi novio de toda la vida, barajé compartir piso, pero preferí vivir sola en un espacio minúsculo que tener que soportar ruidos ajenos. Mi trabajo requiere estar tan alerta que en casa solo deseo descansar y sentirme libre. Me tumbo en la cama después de darme una ducha, pero no consigo dormirme. Las imágenes de la noche se mezclan con otras más difusas. Me siento tonta por dejar que esto me afecte, porque no es nada. No puede ser nada.

Al amanecer, me ducho de nuevo, me visto y llego puntual a la casa Kellmann. La señora Parker me informa de que el señor ya se ha marchado al trabajo. Me invade una sensación contradictoria entre el alivio y la decepción. ¿Esperaba encontrarlo? Es un pensamiento tan absurdo que me rio de mí misma.

Lily está en el comedor, con una taza de cacao caliente entre las manos, y el pijama aún puesto. Lleva el pelo alborotado y los ojos medio cerrados.

—Hola —dice con voz queda—. Pensé que ibas a quedarte a dormir conmigo.

—Tenía que ir a casa —le respondo con suavidad, cuando me siento a su lado—. Pero te prometo que en otra ocasión me quedo. Haré guardia en tu fuerte si hace falta.

Ella asiente con un pequeño suspiro. No sé qué me duele más, si no haber estado esta mañana o ver esa sombra de decepción en su cara.

—¿Te divertiste anoche? —pregunto.

—Mucho. Papá también —añade con una sonrisa traviesa—. Aunque no se le da bien hacer palomitas.

No puedo evitar reír.

—Ya me di cuenta, ya.

Acaba su desayuno y sube a cambiarse. Me quedo en la cocina con una taza de café entre las manos, disfrutando de un momento de calma. Pero dura poco. Mi móvil vibra en el bolsillo. Es una notificación del sistema de seguridad que repasa las cámaras cada mañana, aunque no se haya detectado nada extraño durante la noche.

Alerta: actividad no autorizada detectada a las 03:27. Acceso registrado en zona interior.

Frunzo el ceño. Entro en la *app*, preocupada. El sistema no fue desactivado ni por mí ni por nadie con código autorizado. La entrada fue breve y no hay señales de fuerza, pues el sistema hubiera saltado. Parece que alguien ha utilizado una copia de la llave o, peor aún, un acceso remoto. No estoy familiarizada con estos sistemas tan modernos, pero algo es tremendamente extraño.

Abro la grabación asociada. Se ve una imagen borrosa, en blanco y negro. Parece una figura esbelta, que da pasos lentos y cruza uno de los pasillos del ala este. No se dirige a ninguna habitación en concreto. Solo pasa. El rostro no es reconocible, pero por la forma de moverse... ¿podría ser una mujer?

Miro hacia la escalera por la que ha subido Lily. La tensión se apodera de mi cuerpo. Me levanto despacio y camino hasta la entrada, con el móvil aún en la mano. Algo me dice que esta casa, tan perfecta por fuera, guarda más secretos de los que Jason está dispuesto a contarme y que, a partir de ahora, nada va a seguir siendo tan tranquilo como parecía.

Capítulo 8

Jason

Llevo toda la mañana encerrado en el despacho de la oficina, revisando contratos, presupuestos y avances técnicos de un proyecto de inversión que debería entusiasmarme, pero que ahora mismo me resulta completamente indiferente. He dormido poco y mal. No sé si por la fiesta improvisada en casa, por la presencia inquietante de Davis tan cerca, o por el modo en que Lily me miraba anoche, como si por fin viera en mí algo más que al padre que siempre llega tarde y que no sabe cómo conectar con ella.

El timbre del móvil interrumpe mi ensimismamiento. Es la línea directa de casa, la de seguridad.

—Kellmann.

—Señor, soy Miller, del equipo de seguridad doméstica. Hemos recibido una alerta de actividad no autorizada esta madrugada.

Me incorporo de inmediato.

—¿Qué tipo de actividad?

—Acceso al interior. A las 03:27, en el ala este. La entrada no forzó cerraduras, ni activó la alarma, lo cual es muy extraño. El sistema no fue desactivado, ni hay registro de código válido. Pero el movimiento fue captado por la cámara del pasillo.

—¿Una falsa alarma?

—No lo creemos, porque hemos revisado el vídeo y se ve con bastante nitidez que alguien entró, se movió por el pasillo y luego se fue. No intentó acceder a ninguna habitación ni parece que haya registrado ni sustraído nada.

Aprieto la mandíbula mientras me levanto. Camino hasta la ventana de mi despacho sin dejar de escuchar.

—¿Por qué no me han avisado antes? ¿Quién se ha dado cuenta si no saltó la alarma?

—La señorita Davis. Ella revisa las grabaciones cada mañana.

¿Cómo no iba a ser ella? Me sorprende que haga ese trabajo cada día sin que yo lo supiera ni se lo haya pedido y, a la vez, no es ninguna sorpresa que haya sido ella. La misma que detectó a mi hombre fuera del colegio y que sigue caminando por mi casa con los sentidos más despiertos que los míos, por mucho que me moleste admitirlo.

—¿Dónde está ahora?

—Sigue en la vivienda, esperando instrucciones.

—Quiero una revisión completa del sistema, de todas las entradas y de todas las cámaras. Si hay una fisura, quiero saber dónde. Quiero un informe completo en mi correo antes de las cinco. ¡Ah! Dígale a la señorita Davis que no se separe ni un milímetro de mi hija.

—Entendido, señor.

Cuelgo y me quedo mirando mi reflejo en el cristal. No me gusta esto. Que alguien haya entrado sin ser detectado es más que preocupante. Pero lo que me jode de verdad es que no haya sido yo quien lo haya descubierto. Me esfuerzo tanto en mantener el control de todo, que ver cómo otra persona se me adelanta, aunque sea su trabajo, me irrita de un modo que ni siquiera logro explicar. Me inquieta saber que mi niña ha estado en peligro y que de alguna manera ha estado expuesta a quien sea. Sacudo la cabeza y me doy cuenta de que es extraño que no haya robado ni registrado nada. ¿Qué querría?

Llamo a casa. Tarda dos tonos en contestar.

—¿Davis?

—¿Ha visto el vídeo?

—Sí. Gracias por avisar.

—No habría tenido que hacerlo si el sistema funcionara como debe. Alguien ha entrado y no lo ha hecho por error. Caminaba como quien ya ha estado aquí antes. Con seguridad, como si conociera la casa lo suficiente como para moverse a oscuras.

Sus palabras son precisas y muy directas. No hay dramatismo en ellas ni compasión, solo hechos. Pero esa frase se me queda clavada: «como quien ya ha estado aquí antes».

—¿Y Lily?

—Ahora en el colegio. Creo que no se enteró de nada. Le he preguntado qué ha soñado, por si me daba alguna pista, pero dice que no se acuerda. Menos mal que el sistema registra todos los movimientos, y que lo reviso cada mañana.

Cierro los ojos un segundo. No me gusta esta sensación de estar un paso por detrás. No acabo de asimilar que existe la posibilidad de que alguien se pasee por mi casa en mitad de la noche sin que yo lo sepa.

—Voy para allá. Ve a recogerla y nos vemos en casa en un rato.

—De acuerdo.

Colgamos sin despedirnos. No lo necesitamos. Entiende cómo funciono mejor que gente que trabaja conmigo desde hace años. Hasta en eso es intuitiva.

Media hora después estoy en casa. Davis me espera en la biblioteca, sentada delante del monitor donde se puede ver la grabación. La repite en bucle, mientras toma notas en una pequeña libreta.

La figura es delgada. Tiene un andar ágil, seguro, y lo curioso es que no se detiene ante ninguna puerta. Solo camina. Da la sensación de que solo quiere comprobar algo o conocer el entorno. ¿Tal vez espiarnos? Todo me resulta inverosímil.

—¿Lo has reconocido? —pregunto.

—No. No lleva nada identificable. La calidad de la imagen no ayuda, pero me arriesgaría a decir que es una mujer. Por la complexión, los movimientos.

Asiento con la mandíbula apretada.

—¿Qué busca alguien que se pasea por un pasillo a esa hora sin llevarse nada?

Ella no responde de inmediato. Reproduce el vídeo una vez más. Yo me acerco y, sin darnos cuenta, terminamos casi hombro con hombro frente a la pantalla. Hay algo en su concentración, en su calma calculada, que me fascina. No se inmuta. No se distrae, y, sin embargo, estoy seguro de que ella también es consciente de la cercanía de nuestros cuerpos.

—No lo sé —dice finalmente—. Pero lo averiguaremos. ¿Alguna idea, señor Kellmann?

Me giro hacia ella. Está muy cerca. Más de lo que sería prudente. Por un segundo se me pasa por la cabeza una idea que no tiene nada que ver con amenazas ni con seguridad. Pienso en lo que sentiría si llevara los labios al hueco de su cuello, justo donde late su pulso.

Me aparto un paso antes de que la idea se vuelva acción, y me sorprendo por tener esas ideas en un momento tan tenso, o tal vez por eso.

—Quiero saber quién tiene copia de las llaves de esta casa. Desde los arquitectos hasta el servicio. Nadie se libra de que comprobemos dónde estuvo anoche.

—Ya estoy en ello —responde sin girarse y sé que es verdad. Davis está resultando ser tan eficiente como prometía su jefe, ahora debe demostrar que es capaz de ayudarnos.

—¿Lily?

—Está en su cuarto con la señora Parker. Con su permiso, le hemos dicho que podía ver dibujos si antes hacía los deberes.

—Gracias. Voy a verla.

Salgo de la sala con el pecho tenso. No sé si la amenaza está fuera o dentro de esta casa. Pero empiezo a sospechar que lo que me inquieta más… se pasea por el pasillo con botas negras y una mirada que no baja la guardia jamás.

Capítulo 9

Hanna

No me sorprende que Jason Kellmann me pida quedarme a dormir en la casa esta noche. Desde que vio las imágenes del pasillo y comprobó que alguien se coló sin dejar rastro, su actitud ha cambiado. Ya no discute ni me cuestiona. Solo asiente con la cara tensa y da órdenes, como si lo único que le importara fuera que su hija no vuelva a estar expuesta.

—Quiero que duermas en casa, cerca de Lily, por lo menos hasta que revisemos todo el sistema; aviso a Ferguson —me dijo sin preámbulos en la biblioteca—. El equipo de seguridad vendrá mañana a primera hora para cambiar los accesos y analizar la red. No podemos permitir otra grieta en el sistema.

He aceptado sin protestar. No porque lo ordene, sino porque sé que es lo correcto. Esta noche no dormiría tranquila de todos modos. Salgo a recoger la bolsa, que siempre llevo preparada con una muda de mi coche, y a la vuelta me encuentro con Lily esperándome en la puerta. La niña está entusiasmada. Cuando le digo que me quedaré a dormir, aplaude con una sonrisa que pocas veces le he visto en estos días.

—¿En serio vas a dormir aquí? —pregunta como si fuera Navidad.

—Solo por esta noche —le digo, intentando que no se ilusione demasiado.

—¡Bieeen, porque ayer no acabamos la fiesta de pijamas! Te fuiste antes.

Me río mientras tira de mí para llevarme a su habitación. Lily corre a enseñarme su colección de cuentos, peluches y linternas. El ambiente se relaja, la amenaza de anoche parece lejana. Cuando la

señora Parker nos avisa de que la cena está lista, bajamos juntas al comedor.

La mesa está servida con una precisión impecable. La señora Parker ha preparado sopa casera, pasta al horno y una tarta de manzana. Jason ya está sentado cuando llegamos. Viste ropa cómoda, con un pantalón de algodón y una camiseta gris de manga corta, que deja a la vista sus brazos musculados. No debería impresionarme, pues en el gimnasio de la agencia veo brazos así y más trabajados aún, sin embargo, lo hace. En su gesto veo que está más relajado de lo habitual, o lo aparenta. Quizá es que esta vez no hay un traje que sirva de armadura.

—Buenas noches —saluda, dirigiéndose a las dos.

—¡Hola, papá! ¿A que es genial que Hanna se quede a dormir conmigo?

—Sí, sé que esta mañana te ha puesto triste que ayer se tuviera que ir, después de tu fiesta de pijamas, cariño —responde, con un destello leve de sonrisa que casi pasa desapercibido.

Durante la cena, Lily no para de hablar. Sobre el colegio, su amiga Emma, los caballos de la clase de equitación y una historia que ha inventado sobre una detective que vive en un castillo. La escucho con atención, animándola con preguntas, y noto que Jason lo hace también, aunque en silencio. Sus ojos están puestos en ella. No como un hombre ausente, sino como alguien que quiere comprender cómo funciona la mente de su hija, pero no sabe por dónde empezar.

Cuando la cena termina y Lily pide permiso para subir, él asiente.

—Ve preparando las cosas. Yo iré a darte las buenas noches.

—Vale, pero, papi, ¿Hanna puede dormir conmigo?

Jason me mira y yo sonrío levantando los hombros. Él inclina la cabeza para dar su consentimiento y creo que ambos pensamos que así es mejor; si alguien entrara en la habitación de Lily se encontraría conmigo.

La niña sube corriendo a su cuarto y yo me levanto para recoger mi plato. Jason me frena con un gesto.

—Davis… —Me detengo. Él baja la voz—. Creo que es mejor que me tutees, si quieres.

Alzo una ceja.

—¿Perdona?

—Por Lily. Le hace ilusión pensar que somos amigos. No quiero que tengas que llamarme señor Kellmann cada vez que hablamos.

Lo pienso un segundo. No es una petición descabellada.

—Vale, Jason. —Pronunciar su nombre en voz alta tiene un eco extraño en mi boca. Él asiente, satisfecho, y se dirige hacia las escaleras.

La señora Parker me ha preparado una pequeña cama en la habitación de mi protegida, un catre bajo con ropa de cama nueva. No es la opción más cómoda del mundo, pero tampoco es la peor situación en la que he dormido.

Más tarde, cuando Lily ya está en pijama, escucho como su padre le cuenta un cuento, le deja elegir las voces de los personajes, y durante un rato, simplemente son dos personas compartiendo una historia. La calidez que siento en el pecho, yo que nunca he querido tener hijos, me sorprende hasta a mí.

No quiero romper ese momento íntimo entre padre e hija y no entro hasta que ella pregunta por mí, extrañada por mi tardanza. Disimulo como si saliera del baño antes de entrar. La niña está metida en su cama, rodeada de cojines y peluches, con una expresión de entusiasmo que me desarma.

La habitación de Lily es un rincón de dulzura. Cortinas blancas, cojines suaves, estanterías llenas de libros ilustrados y juguetes ordenados con precisión. Una parte de mí siente que estoy fuera de lugar aquí, como si mi cuerpo, acostumbrado a la tensión y al control, no supiera cómo moverse en medio de tanta ternura. Jason la cubre con la manta, le besa en la frente y se queda mirándola con una expresión que no le había visto nunca. No es preocupación. Es una ternura silenciosa que casi me parte el alma.

—Gracias por quedarte con ella —me dice, en voz baja, sin mirarme.

—No hay de qué.

Me acurruco en la cama supletoria y ella saca la mano para que se la coja.

—¿Tú tienes padres? —Su pregunta me sorprende y me inquieta, porque no tengo ni idea de cómo tratar a una niña de su edad.

—Claro, como todo el mundo.

—Ya, pero mi mamá no está aquí. ¿Tú la conoces?

—No, cariño. No la conozco.

—Es que ella se fue hace mucho, pero me prometió que volvería.

Me tenso al escuchar sus palabras. No he conseguido averiguar qué hay de cierto en lo que se cuenta de que la mujer de Jason se fue con una ONG a centroamérica, abandonando a su familia, ni por qué tomó esa decisión. Es un tema que salió en prensa y pronto se silenció.

—Si te ha dicho que volverá, lo hará. ¿Y te escribe? ¿Te llama?

—A veces. Dice papá que está ayudando a niños pobres y que no puede volver todavía. Pero es buena. Yo lo sé. ¿Verdad que es buena? Esos niños no tienen mamá y yo les presto a la mía. Tampoco tienen juguetes ni zapatos. Está muy lejos. Pero cuando acabe, volverá conmigo.

—¿Y tu papá? ¿Cuándo dice que volverá? ¿Te lo ha dicho?

Lily guarda silencio unos segundos.

—No sé. Creo que no le gusta hablar de eso. A veces, cuando le pregunto, cambia de tema.

—Entiendo.

Pero no es cierto, porque no lo puedo comprender. Las piezas no encajan. La versión de la niña es dulce, idealizada. ¿Pero es real? ¿Qué madre deja a su hija durante años para ayudar a otros niños y apenas mantiene el contacto? Me lo anoto mentalmente. Necesito hablar con Jason. Saber exactamente qué pasó, sin que crea que quiero meterme en su vida. Debe entender que necesito tener el mapa completo de lo que rodea a Lily si quiere que la protegerla bien.

En silencio, le acaricio la mano, que no me ha soltado en todo el tiempo. La calidez de su voz, la fe ciega en su madre y su inocencia me desgarran por dentro. A los pocos minutos su agarre se afloja y escucho la respiración pausada y tranquila que provoca el sueño. Me incorporo para arroparla. Todavía es temprano para mí, no estoy acostumbrada a acostarme a estas horas; de hecho, ni recuerdo la

última vez que me he ido a dormir tan pronto. Me levanto y bajo a la cocina a por algo de agua y coger mi dispositivo de lectura de mi mochila.

Cuando paso por el salón veo a Jason sentado con un vaso de whisky. Al escuchar ruido, se gira y sus ojos se relajan al ver que soy yo.

—¿Una copa, Davis?

—No bebo cuando trabajo, Kellmann.

—Ya, entiendo. Entonces, Hanna, tu turno ha terminado. ¿Te tomas una copa conmigo?

—De acuerdo. —Me muerdo el carrillo por dentro para que no vea la sonrisa que me provocan sus palabras.

Entro y me siento en el sillón de al lado. Jason me acerca un vaso bajo con un dedo de líquido ámbar que acaba de servir. Me lo levo a los labios y el pequeño sorbo me recorre la garganta dejando un rastro ardiente por ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Él asiente.

—¿Qué pasó con la madre de Lily? No me lo tomes como un cotilleo. Me ha hablado de ella y creo que debo saber los detalles para no herirla o meter la pata.

La pregunta queda flotando en el aire. Su mandíbula se tensa, como si se preparara para una pelea.

—No esta noche —responde, y no añade nada más.

El silencio me agobia un poco. De reojo veo sus piernas cruzadas, largas y fuertes. No quiero girarme y perder la vista en ese cuerpo que imagino bajo la camiseta ceñida, porque la mujer salvaje que llevo dentro querría saltar sobre él y no es lo que toca. Así que, bebo de un trago lo que queda en el vaso y me despido de él. Ya hablaremos mañana, si él quiere.

Cuando llego a la habitación, cierro la puerta suavemente. Me tumbo en la cama improvisada, pero no consigo dormir. Su respuesta ha sido una negativa, sí. Pero la sensación que he tenido es que su cuerpo era una promesa velada. Me giro en la cama y me rodeo la cintura en un gesto que hago cada noche, porque toda mi independencia y mi imagen de mujer fuerte, se desmorona al

meterme en la cama y echar de menos un abrazo, un regazo en el que dormir y sentirme segura.

—No, Hanna, él es terreno prohibido —me riño y decido que, si mañana no debo quedarme con Lily, iré al bar con los chicos. Quizá encuentre a alguien con quien pasar la noche.

Capítulo 10

Jason

Cuando Hanna se levanta y se despide con su habitual gesto sereno, que parece controlarlo todo, no intento detenerla. Ni siquiera sé si quiero hacerlo. Me limito a observar cómo desaparece por el pasillo, dejando tras de sí el eco suave de sus pasos y el rastro de su perfume, que no sé describir pero que ya podría identificar entre mil.

Me sirvo otro whisky. Esta vez no mido la cantidad. No tengo por costumbre beber en exceso, pero esta noche, con todo lo que se ha removido, necesito el calor punzante que baja por mi garganta para mantenerme anclado. Me hundo en el sillón, con el vaso entre las manos, y dejo que mis pensamientos se acomoden en el silencio. No quiero pensar en ella. Pero me resulta inevitable no hacerlo después de que Hanna me preguntara por Lisbeth, la madre de mi hija. La mujer a la que amé con una intensidad que me dejó vacío cuando se fue. Porque se fue de verdad, del todo. No como esas separaciones de parejas que dejan espacio para una reconciliación. Ella se fue con otro, aunque mi hija eso no lo sabe. Se largó con alguien que la escuchaba más que yo, supongo. Un enfermero con el que compartía proyectos en una ONG de cooperación internacional. Me lo confesó sin lágrimas. Me lo dijo como quien se quita un abrigo que ya no le queda bien de talla: «Ya no soy esta mujer, ya no quiero esta vida. Además, creo que no puedo ser madre a medias y allí no me la puedo llevar. Estará mejor contigo».

Podría haberlo entendido todo, menos eso.

Abandonó a Lily. A una niña de apenas tres años, que aún dormía con un peluche apretado contra el pecho y pedía cuentos antes de dormir. Me dijo que no quería condenarla a crecer entre padres que ya no se amaban. Qué ironía. Lo que hizo fue condenarla

a crecer con un padre que tuvo que aprender a fingir que no estaba roto por dentro.

No se fue para hacer el bien, ni para cambiar el mundo, como hizo creer a Lily. Se fue porque se enamoró y estaba harta de esta vida anodina, según ella, que no le aportaba nada. Después de la conversación que tuvimos que, más bien, fue un monólogo, me prometió que se despediría de nosotros y ni siquiera eso cumplió. Solo me dejó una carta, unas instrucciones para el cuidado de nuestra hija y la promesa de que escribiría. Lo hizo, sí, pero cada vez menos. Postales desde países que Lily no sabe ni ubicar en el mapa, dibujos de niños en albergues, frases llenas de palabras bonitas, que sonaban huecas para nosotros, aunque se las adornara a Lily. Nunca llamó y nunca nos hizo una visita.

Pero lo peor de todo es que mi hija aún cree que su madre es una heroína.

Siento que algo se quiebra dentro de mí. Una presión en el pecho por todo lo que no he permitido salir hasta ahora. Me descubro con las lágrimas ardiéndome en los ojos, y me permito derramar una. Solo una. Por el vacío que me dejó. Por el hueco que tengo que llenar cada día con sonrisas falsas, respuestas medidas y rutinas que no se pueden romper.

Me levanto, dejo el vaso sobre la mesa sin terminarlo y apago la luz. Subo a mi habitación y me encierro en ella. No abro el portátil, ni miro el móvil, ni repaso las noticias financieras del día siguiente, como hago otras noches. Me desvisto con movimientos lentos, casi mecánicos, y me tumbo en la cama con la vista al techo. La sábana me recibe tan fría como está ahora mi corazón. El único pensamiento que me martillea, mientras me obligo a cerrar los ojos, es que si algo le pasara a Lily, no lo soportaría.

Cuando me levanto a la mañana siguiente, el sol entra a raudales por la ventana. No es demasiado temprano, pero no he dormido más de tres horas y no voy a sentir culpa por levantarme más tarde de lo habitual. Me ducho en silencio, me visto sin encender ni la música ni la radio con las noticias del día; es como si nada me importara. Al

bajar, encuentro a la señora Parker recogiendo el desayuno. Me informa de que Davis ya ha salido para acompañar a Lily al colegio. Cojo la taza caliente que me tiende y pierdo mis pensamientos en el fondo oscuro del café.

No entiendo por qué me decepciona un poco no verlas aquí. A mi hija, porque le he vuelto a fallar y parece fácil sustituirme; a Hanna, no sé por qué, pero también me hubiera gustado ver sus ojos de color miel saludarme sonrientes, aunque su gesto tenga la seriedad de la escolta. Una seriedad que abandona cuando está con mi hija.

—¿Ha dicho si vuelve a casa después? —pregunto, como si no me importara.

—No. Pero imagino que sí, señor. Todos los días ha regresado después de dejar a Lily.

Asiento y me retiro al despacho que tengo en casa. Aviso de que no acudiré a la oficina, ya que la empresa de seguridad está de camino para reforzar la instalación. Hoy cambiarán contraseñas, revisarán los accesos, escanearán cualquier vulnerabilidad en el sistema. Nadie volverá a entrar en esta casa sin que lo sepamos. No pienso cometer el mismo error dos veces.

Me recuesto sobre el respaldo de la butaca y, mientras el café que me he llevado se enfría en mi mano, descubro que no es el miedo lo que me ha mantenido despierto esta noche. Es algo más turbio e íntimo. Una inquietud que no sé si nace de la amenaza que acecha a mi hija o del modo en que Hanna Davis ha llegado a esta casa, con la precisión letal de una profesional y, al mismo tiempo, con un magnetismo que me intriga y me atrae de una manera que no debe ocurrir.

Capítulo 11

Hanna

Me despierta una sensación extraña. No es un ruido, ni un sobresalto físico. Es algo más sutil y primitivo. Una alerta que se activa en mi cabeza, como si algo invisible se moviera a mi alrededor. Abro los ojos y me incorporo en la cama supletoria de la habitación de Lily, que duerme profundamente, ajena a todo. Pero yo lo siento. Una presencia. Como si alguien nos estuviera mirando desde la puerta.

No dudo. Me levanto en silencio, descalza, y cruzo la habitación sin encender ninguna luz. Mis ojos se han adaptado a la penumbra. En el escritorio hay unas tijeras que Lily usó ayer para hacer manualidades. Las tomo sin hacer ruido. No es lo ideal, pero en este momento, es lo que tengo.

La puerta está entornada. Miro hacia el pasillo antes de abrirla del todo con cuidado, solo lo justo para salir, y me desplazo por el pasillo con pasos suaves, al no ver a nadie. La casa está en silencio absoluto, pero yo siento que algo está fuera de lugar. Lo noto en el aire. Hay una vibración, una energía tensa, como si alguien contuviera la respiración justo al otro lado de una pared.

Bajo las escaleras con el cuerpo pegado a la barandilla. Al llegar al vestíbulo, percibo un leve movimiento. No lo escucho. Lo *siento*. Giro lentamente la cabeza hacia la cocina. Veo una sombra en el pasillo que le da acceso, y me acerco con sigilo. Con la espalda apoyada en la pared, miro dentro y veo una figura delgada, de movimientos precisos, que está a punto de abrir una pequeña puerta en el lateral que no conocía. Un acceso al sótano, quizá.

No le doy tiempo a salir. El corazón me golpea con fuerza entre las costillas, pero mi cuerpo se mueve solo, impulsado por años de entrenamiento. La figura se gira al oír mi presencia y se queda un

momento quieta por la sorpresa. Ya no tiene escapatoria. Corro hacia ella en silencio, como una sombra, y sale disparada por el pasillo, intentando alcanzar esa puerta trasera por la que entró.

La sigo con zancadas rápidas y calculadas. El suelo cruje levemente bajo nuestros pies descalzos, pero no me importa el ruido. Solo tengo un objetivo: atraparla. Gira hacia el distribuidor que lleva a la cocina, derrapando contra la pared con el hombro. Es ágil, delgada y rápida, pero yo soy más fuerte y estoy más cerca de lo que cree.

—¡Eh! —grito para desestabilizarla, y consigo que cometa un error: gira la cabeza para mirarme y tropieza con el marco de la puerta de la cocina.

Aprovecho el momento. Me lanzo sobre ella, la derribo con un golpe seco y lo inmovilizo en el suelo, boca abajo, con una rodilla en su espalda y el brazo derecho torcido hacia arriba. Quien sea se revuelve, patalea con fuerza y suelta una maldición entre dientes, pero no consigue zafarse. La voz no parece de mujer, aunque el cuerpo me lo haya parecido.

Empujo su cuerpo contra la encimera de mármol, controlando la fuerza para no romperle la clavícula, pero dejando claro que no me va a ganar. Mi antebrazo presiona su espalda con firmeza, anclándolo en su sitio. La tijera que llevaba al principio ha quedado fuera de mi alcance, en algún punto del pasillo, pero no la necesito. Tengo el control.

—Ni se te ocurra moverte —gruño con voz baja y firme, pegada a su oído.

Él, porque ya creo que es hombre, jadea, atrapado, aún intentando encontrar una forma de zafarse. Pero no puede. Me aseguro de que sus piernas no hagan palanca, y sus brazos estén bloqueados. Ahora que lo tengo atrapado, percibo mejor su respiración y la tensión de sus músculos. Es un chico joven.

—¡Jason! —grito entonces, con la garganta ardiendo de adrenalina—. ¡En la cocina!

El chico forcejea una vez más, pero esta vez con menos convicción. Sabe que no va a escapar.

—Quieto —le advierto—. No te conviene probar suerte conmigo.

Él resopla. Me odia, lo noto en la forma en que me lanza una mirada asesina de reojo. Pero no dice nada. Solo espera. Como si estuviera resignado a lo inevitable.

Suenan pasos apresurados en el piso de arriba. Luego por las escaleras. Jason aparece en el umbral, sin camiseta, con los ojos inyectados en alarma y los puños cerrados. Tarda una fracción de segundo en entender lo que ve.

—¿Qué demonios…? —da un paso hacia nosotros.

—Entró por la puerta lateral. Lo tengo inmovilizado —explico sin soltar al chico.

—¿Está armado?

—No lo creo. No ha intentado usar nada. Pero revisaremos cuando lo registre. ¿Tienes cuerdas?

Jason saca unas cuerdas de un trastero y me las da. Luego, se acerca y juntos le quitamos la capucha. El rostro que aparece está pálido por el susto, pero no es el de un criminal endurecido. Es joven, con las mejillas hundidas, el pelo húmedo por el sudor y unos ojos que se mueven de un lado a otro como los de un animal acorralado. Entre los dos lo sentamos en una de las sillas de la cocina y lo atamos a ella.

—¿Quién eres? —pregunta Jason con voz grave.

El chico no contesta, solo aprieta los labios con fuerza. Jason saca su móvil, llama a la policía y después a Ferguson. No aparta los ojos del chico en ningún momento. La tensión en su cuerpo es visible, como si cada músculo estuviera a punto de romperse. Mientras tanto, yo me mantengo firme, sin soltarlo.

Aunque la amenaza está controlada y el chico reducido, mi cuerpo sigue en tensión. La espalda me arde y los músculos me tiemblan levemente por la descarga de adrenalina que aún me recorre entera. No es miedo lo que me late bajo la piel, ni siquiera rabia. Es una certeza inquietante, una punzada en lo más profundo que me dice que lo ocurrido esta noche no ha sido un susto aislado. Esto no ha terminado. Al contrario, tengo la sensación de que esto… solo acaba de empezar.

La policía llega en menos de diez minutos. Jason ha llamado a la señora Parker y le ha pedido que se quede con Lily en su cuarto, por

si se despierta. Ferguson irrumpe justo después, aún con la chaqueta mal colocada y el móvil en la mano. La casa se llena de ruido, de pasos, de preguntas, de protocolos.

El chico sigue sin hablar. No lleva documentación, no hay armas, no se ha llevado nada y no intenta justificarse. Solo repite que no sabe por qué está ahí. Que no ha hecho nada. Que no ha tocado a nadie. La policía se lo lleva esposado mientras nosotros nos quedamos en el vestíbulo, exhaustos, sin saber exactamente a qué clase de amenaza nos estamos enfrentando.

—Descansad —nos dice Ferguson antes de marcharse—. Mañana lo analizamos todo con calma. Pero, por ahora, lo habéis hecho bien. Dos de mis hombres se van a quedar fuera rondando la vivienda, si le parece bien, señor Kellmann.

Cuando la puerta se cierra tras él, Jason y yo nos quedamos solos. Todo el aire de la casa parece haberse comprimido. No hay más sonidos que los crujidos del parqué bajo nuestros pasos y el murmullo apagado de la noche. Me doy cuenta de que él se ha quedado un poco en *shock*, está nervioso y sé que no va a poder dormir.

—Voy a prepararte una tila —le digo, sin preguntarle si quiere. Sé que lo necesita, y yo también.

Me adelanto a la cocina y pongo agua a calentar, aún temblando por dentro. Cuando regreso al salón con las dos tazas, él está sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Su expresión es de piedra. Pero algo en sus ojos me avisa de que esa coraza está a punto de resquebrajarse.

Le tiendo la taza sin decir nada y se la queda mirando unos segundos, como si el gesto lo abrumara más que todo lo demás. Toma un sorbo y entonces baja la vista. El silencio se hace más espeso entre nosotros. No hay luz más que la que viene del pasillo, y eso le da a la escena un aire íntimo que no sé cómo manejar.

—Gracias —murmura con voz grave—. Por todo.

Entonces pasa algo para lo que no estoy preparada. Deja la taza sobre la mesa con gesto torpe y, como si se le rompiera una represa por dentro, se cubre la cara con las manos. No dice nada, ni solloza.

Pero el temblor en sus hombros lo delata. Es el llanto de quien ha aguantado demasiado tiempo.

No lo pienso. Me acerco y me siento a su lado. Apoyo una mano en su espalda, luego la otra, y lo abrazo.

Él se queda rígido al principio. Pero después se deja caer contra mí, como si no pudiera más, como si necesitara ese contacto físico para no desmoronarse por completo. No hay palabras, solo calor. Su cuerpo fuerte y agotado se apoya en el mío, mi respiración se acompasa a la suya, mis dedos le acarician suavemente la nuca, en un gesto que no pensaba que me saldría tan natural, mientras llora en silencio.

Pero lo que noto no es solo compasión, y me hace sentir inquieta. Una corriente sutil que me recorre desde el pecho hasta el abdomen. No es deseo en bruto, o no lo creo. Es la semilla de algo más oscuro y peligroso. La certeza de que, si me permito cruzar esa línea, no habrá vuelta atrás.

Él lo nota también. Lo sé porque sus manos, que hasta ahora colgaban a los lados del sofá, se apoyan en mis costados y me retienen un segundo que, por breve que haya sido, me quema la piel. Se separa enseguida, con la frente aún cerca de la mía. Tiene los ojos rojos por las lágrimas que ha aguantado desde hace mucho tiempo, porque estoy segura de que esto no es solo por lo que acaba de pasar. Necesito saber su historia, por qué guarda ese sufrimiento. Si es por proteger a su hija, se equivoca, pero, ¿quién soy yo para decir nada? Cumplo con mi trabajo y pensar eso me recuerda que no debería estar abrazada a mi cliente ni un segundo más, así que, me separo del todo.

—Lo siento —dice en un susurro—. No quería…

—No tienes que disculparte —le corto, con voz suave, casi sin reconocerme.

Asiente y se pone en pie. Su sombra se recorta alta en el umbral del salón. Antes de irse, se gira una última vez hacia mí.

—Ve con Lily y cerraros por dentro, por favor.

—Lo haré —respondo.

Me quedo un momento más allí, con la taza todavía caliente entre las manos y el corazón latiendo en un ritmo que no me

pertenece. Porque sé que lo que ha pasado esta noche… va más allá de la intrusión. La imagen de Jason solo con el pantalón del pijama, sus músculos marcados al ayudarme con el chico, la vulnerabilidad que ha mostrado después sin disimular conmigo… Todo me hace arder por dentro. Aprovecho que la señora Parker está en la cama de Lily durmiendo para darme una ducha, que rebaje ese ardor antes de intentar coger el sueño, aunque sé que va a ser imposible.

Capítulo 12

Jason

No he dormido. Ni un solo minuto desde que me acosté. Después de que Hanna se fuera con Lily a dormir, regresé al salón y me quedé, con un vaso vacío entre las manos y el pecho oprimido por una sensación que no sé si se llama miedo o culpa. He dirigido empresas multimillonarias, he negociado con tiburones de Wall Street, he llegado a acuerdos bajo presión y me he enfrentado a consejos de administración que han querido despedazar mi carrera, y nunca me he sentido tan mal como ahora. Ni cuando Lisbeth se fue.

Nada me ha paralizado tanto como ver a ese chico en mi cocina, dentro de mi casa y tan cerca de mi hija. Y lo peor es que ni siquiera intentaba robar. No llevaba encima ninguna bolsa con objetos sustraídos y ni siquiera iba armado. Está claro que no quería dinero, sino otra cosa, pero aún no sé el qué.

En cuanto amanece, me ducho en silencio, con el agua cayendo sobre mi cuerpo como una descarga que no consigue borrarme de la piel lo que pasó anoche. Cuando bajo a la cocina, Hanna ya está allí. No lleva su ropa habitual de trabajo, sino unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca que roza su cuerpo con delicadeza, y me permite deleitarme con sus curvas. Aparentemente está tranquila, pero sus ojos tienen ese brillo que solo he visto en quienes han pasado la noche despiertos con el cuerpo alerta.

—¿Listo? —me pregunta al verme.

Afirmo con la cabeza.

—Un café y nos vamos.

En el coche, de camino a comisaría, la atmósfera que nos rodea es tensa, como una capa áspera que se puede cortar. No hablamos y

ninguno busca llenar el tiempo con palabras vacías que no aportan nada. Es un tipo de silencio que se instala cuando dos personas han compartido algo que no se puede explicar. La tensión de una amenaza real y la sensación de que el miedo ya ha pasado, pero que el peligro sigue ahí, acechando.

Cuando llegamos, un policía nos conduce directamente a una sala secundaria. Reconozco al inspector que lleva el caso. Callahan es un hombre canoso, con gesto grave y voz cansada. Nos ofrece café. No lo acepto. Quiero terminar con esto cuanto antes.

—Lo hemos interrogado durante horas —nos dice—. No lleva identificación, y se niega a darnos su nombre. Pero sabemos que no se trata de un ladrón común. Todo estaba intacto, también lo de valor. Tampoco miró documentos, ni accedió a ordenadores. Caminaba como si supiera adónde iba. No sé, nos da la sensación de que quería comprobar algo.

—¿Y qué cree que quería? —La espalda se me tensa como un arco cuando hago la pregunta.

—No lo sabemos. Pero queda claro que no actuaba por propia iniciativa. Lo único que hemos conseguido sacarle es que lo enviaron. Sabía cómo evitar las cámaras principales y conocía esa entrada camuflada, además de la distribución de la casa.

—¿Y aun así oculta para quién trabaja?

—Nada. Pero se le ha escapado un «nunca me perdonará», así que, sea quien sea, lo tiene dominado. Creemos que es alguien con poder, con recursos y una motivación muy personal.

Me cruzo de brazos, clavando la mirada en la pared. Hanna, a mi lado, permanece con la espalda recta, los ojos fijos en el inspector. Ni pestañea.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Lo trasladaremos a otra comisaría. Existe el riesgo de que intenten sacarlo de aquí. Necesitamos tiempo. Pero lo importante es que no bajen la guardia.

Asiento con la mandíbula apretada. Miro a Hanna y la veo igual de seria. Sabe lo que esto significa y lo que puede implicar.

Salimos de la comisaría sin decirnos nada. Al cruzar la puerta, siento por primera vez en años una debilidad física, como si el peso

de las últimas veinticuatro horas se me hubiera incrustado en los huesos. En la calle, el viento me corta la piel, pero me despeja como un jarro de agua fría.

—Gracias por lo de anoche —le digo, alzando apenas la voz por encima del murmullo de la calle—. No sé qué habría pasado si hubieras dormido en tu casa.

Hanna me mira de soslayo, con un gesto que ya reconozco como suyo, tan comedido, como si no necesitara reconocimiento alguno.

—No hay por qué darlas. Estoy aquí para eso.

—Lo sé. Pero… gracias igualmente.

Ella asiente una vez, sin bajar la mirada.

—Aunque es mi trabajo, Jason, hay algo más. Cuando alguien entra en una casa con una niña dormida dentro, no hay margen para la duda. Ni protocolos ni contratos.

Trago saliva, incapaz de apartar los ojos de ella.

—Me tranquiliza saber que estás con nosotros, con Lily.

Hanna no sonríe, pero su expresión se suaviza.

—Si esto va a ir a más —dice en voz baja—, necesito conocer todos los pasos, cada amenaza que hayas recibido o cualquier cosa que te resulte sospechosa.

Sus palabras me inquietan, porque son tan sencillas como certeras. Me cuesta respirar durante un segundo. Es demasiado. Le pido que me acompañe a una cafetería cercana. No quiero volver aún a casa. Me siento como si algo pudiera explotar si no lo hablo ya. Mientras esperamos el café, le envío un mensaje a Ferguson. Cinco minutos después, está con nosotros.

—¿Qué habéis averiguado? —pregunta al sentarse.

—Lo que imaginábamos —respondo con voz grave—. No actuó solo. Y sabéis que el objetivo no era el robo. Buscaba algo concreto... o alguien.

Ferguson asiente y lanza una mirada fugaz a Hanna, como si ya se lo esperara.

—Necesito saber quién está detrás. Quiero que pongas a tus mejores hombres a investigar esto. No solo en mi entorno empresaria, sino también todo lo que tenga que ver con nosotros. Necesito saber si hay evidencias de que nos estuvieran vigilando, si

alguien ha comprado planos de la casa, si ese chico tenía vínculos con algún competidor, algún socio, algún enemigo... Lo que sea.

—Eso ya está en marcha. La policía está en ello.

—Lo sé, pero creo que iréis más rápido vosotros.

—De acuerdo. Pero, Jason, esto no es solo una cuestión de dinero. Si este chico buscaba a alguien dentro de la casa, la intención puede ser mucho más personal.

—¿Crees que iban a por Lily? —pregunto, con la sensación de que la sangre se me hiela.

—No lo sé. Pero no lo descarto.

Miro a Hanna, que tiene la mandíbula tensa. Está tan preocupada como yo, pero no lo demuestra.

—Hanna, ¿te importa instalarte en su casa? —le pide Ferguson—. Necesito ojos dentro. Alguien que observe lo que nosotros no vemos.

Ella asiente sin dudar.

—Por supuesto. Ya tengo algunas pistas. Solo necesito acceso a la red privada de seguridad de la casa.

—Lo tendrás.

Nos quedamos unos segundos más hablando de los detalles. Somos tres personas completamente distintas, unidas por un objetivo común: proteger lo que más importa, que es mi hija. Y yo, que nunca he compartido el control con nadie, me descubro confiando en ellos más de lo que jamás hubiera pensado.

Pero, por una vez, no quiero hacerlo todo solo.

Cuando Hanna y yo volvemos a casa, la tensión ya no está solo en el ambiente. Está bajo la piel, en nuestros gestos y en lo que callamos. Me doy cuenta de que algo ha cambiado desde anoche. Y no solo por el chico que entró en mi casa, aunque eso es lo más importante. También por la mujer que lo atrapó y de la que dudé cuando me la mandó la agencia de seguridad, por lo que empiezo a sentirme demasiado atraído.

Capítulo 13

Hanna

El silencio de la casa es engañoso. Desde que el chico fue detenido y trasladado, la calma ha regresado solo en apariencia. Jason y yo hemos redoblado precauciones. Ferguson nos ha proporcionado más apoyo externo, y yo no me he separado de Lily ni un solo minuto cuando estamos en casa. Aun así, no dejo de sentir que alguien nos observa desde un rincón que todavía no hemos encontrado.

Camino por el pasillo, revisando las cámaras desde la *tablet* cuando escucho una voz bajita detrás de la puerta entreabierta del cuarto de juegos. Me acerco sin hacer ruido, por puro instinto, no por pensar que haya nada raro. Solo me resulta extraño que Lily hable sola, murmurando algo con una entonación lenta, casi mecánica, como los niños cuando aprenden a leer en la escuela.

—... te... e-cho... de... meeee-nos...

Me quedo congelada.

Empujo con suavidad la puerta y me asomo. Lily está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y un folio en las manos. Un papel blanco doblado por la mitad, que sujeta con ambas manitas como si fuera un tesoro. Está tan concentrada que no me oye entrar. Vocaliza palabra por palabra, siguiendo con el dedo cada línea.

—...vol-ve-ré... a... por... ti...

Mi pulso se acelera.

—Lily —digo despacio.

Ella levanta la cabeza de golpe. Sus ojos se agrandan y aprieta el papel contra el pecho.

—¡No! ¡No puedes verla! —grita, y corre a esconderse detrás del sofá pequeño.

Entro del todo y me agacho, manteniendo la voz baja y calmada.

—¿Quién te ha dado esa carta?

Ella no contesta. Está temblando y sus dedos aprietan tanto el papel, que temo que lo rompa.

—Lily, escúchame. No haces nada malo, cariño. No te pido que me la enseñes, solo necesito saber dónde la encontraste. ¿La tenías desde hace mucho?

—No... Estaba debajo de mi mochila —murmura señalando el rincón donde deja las cosas del colegio—. Esta mañana, cuando he venido, la he visto. Ponía mi nombre en colores rosas —sonríe con inocencia.

Mi estómago se contrae.

—¿Y sabes quién la dejó ahí?

Ella niega con la cabeza. Luego, en voz aún más bajita, como si estuviera desobedeciendo una orden, dice:

—Pero pone que no se la enseñe a nadie.

Me acerco y le tiendo la mano.

—No tienes que enseñármela, pero puedes leerla en voz alta, ¿qué te parece?

Ella duda, pero al final asiente con un suspiro resignado. Pone la carta delante de sus ojos sin pensar en que desde esa distancia la veo perfectamente, y se pone a leer.

Veo que está escrita en mayúsculas grandes, con un rotulador azul, para que sea más fácil de leer, probablemente, por una niña de su edad. Tiene dibujos en los márgenes: corazones, estrellas, flores mal trazadas. Todo está pensado para una niña. Intuyo que está hecha por alguien que la conoce bien y sabe lo que le gusta.

"MI NIÑA BONITA,
SÉ QUE ME ECHAS DE MENOS.
YO TAMBIÉN TE PIENSO TODOS LOS DÍAS.
NO QUIERO QUE NADIE MÁS LEA ESTO.
GUÁRDALO EN SECRETO.
TE PROMETO QUE PRONTO VOLVERÉ A POR TI.
TE QUIERO CON TODO MI CORAZÓN.
MAMÁ"

Las últimas letras están torcidas. Como si las hubiera escrito con prisa, o con lágrimas en los ojos.

Mi piel se eriza.

—¿No sabes quién la ha traído? —repito con calma, sabiendo que Lily no miente.

—No sé. Estaba dormida. Pero mamá se acuerda de dónde vivimos... ¿verdad? ¿La habrá traído ella? ¿Por qué no me ha despertado?

Trago saliva.

—Vamos a enseñársela a papá, ¿vale? Él necesita saberlo.

—¡Pero pone que no se la diga a nadie! —grita y esconde el papel detrás de la espalda.

—Lo sé. Pero si mamá quiere verte, querrá que estés bien. Y para eso necesitamos hablar con papá. Seguro que mamá le ha enviado otra a él, porque quiere ver a papá.

Lily asiente más convencida al sopesar esa idea que le parece lógica. Me da la mano y salimos del cuarto. No la suelto en ningún momento. Cuando llegamos al despacho, Jason está con mi jefe y dos de sus hombres revisando planos de la casa en la pantalla. Al vernos, se incorpora enseguida.

—¿Ha pasado algo?

—Papi, papi, ¿has recibido una carta como la mía?

Jason me mira sorprendido y le guiño un ojo, afirmando con la cabeza para que me siga el juego.

—Sí, cariño.

Antes de que meta la pata, salto yo.

—Lo ves, Lily. Tu mamá también quiere venir a verlo. Seguro que os dice las mismas cosas.

—¿Sí? —contesta ella con ilusión y la pena por mentirle me invade.

Lily se acerca a su padre y le tiende la carta sin hablar. Veo cómo sus ojos se endurecen mientras la lee.

—¿Dónde estaba esto?

—Debajo de la mochila de Lily, en el cuarto de juegos.

—Mierda —susurra. Mira al equipo de seguridad—. Nadie toca nada más. Revisad los dormitorios, buscad huellas, restos, lo que

sea. Quiero saber quién ha estado en esa habitación.

Ferguson se pone en marcha de inmediato. Yo abrazo a Lily con más fuerza, que se ha asustado ante la respuesta enérgica de su padre.

Para mí está claro. El intruso no venía a robar. Venía a dejar un mensaje y, si esa carta es de verdad... la amenaza no viene del exterior. Viene del pasado.

Capítulo 14

Jason

Siento cómo me tiembla el pulso mientras sostengo la carta entre los dedos. La tinta azul, las letras mayúsculas, los dibujos torpes de corazones y estrellas. Todo demasiado infantil, más propio de una niña de tres años que de seis, y con el estilo de Lisbeth.

No es solo el contenido lo que me sacude por dentro, es el hecho de que alguien haya conseguido entrar otra vez para dejar esto en el cuarto de juegos de mi hija. Lo hizo con cuidado, sin romper nada, ni dejar señales. Solo una carta con un mensaje y una promesa.

Mi mandíbula cruje cuando levanto la vista hacia Ferguson.

—Quiero un análisis completo del papel, la tinta, cualquier rastro, y que el equipo revise todas las cámaras. Esta carta no se coló por arte de magia.

—Ya estamos en ello —responde, con el rostro tenso—. Pero te adelanto que si alguien pudo dejarla sin ser captado por las cámaras… lo tenía bien planeado.

—Demasiado bien —añado con voz grave.

Hanna se ha llevado a Lily fuera del despacho, a la sala de estar, para mantenerla alejada mientras trabajamos. Le ha puesto dibujos y le ha preparado un batido. Me gustaría que estuviera con nosotros, pero es más necesaria con Lily; la calma como solo ella puede hacerlo, sin perder la vigilancia ni un segundo. Desde la noche del asalto no ha bajado la guardia ni un milímetro.

Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en la silla y me paso las manos por la cara.

—¿Y si fue el chico? —pregunto en voz alta—. ¿Y si entró solo para dejar esto?

Ferguson asiente con la cabeza, con gesto pensativo.

—Tiene sentido. No buscaba objetos ni dinero. Solo se movió por un ala concreta de la casa y, justo después, aparece esta carta, escrita para una niña, con su nombre en colores. No parece casualidad.

—¿Y qué clase de madre manda una nota a su hija después de años sin verla, arriesgándose a que lo descubramos todo? —escupo con rabia, como si la pregunta fuera un veneno que necesitara expulsar.

Ferguson guarda silencio. Sabe que no hay respuesta fácil.

—He de suponer que Lisbeth conocía esa entrada camuflada, ¿cierto? Por dónde creemos que entró el chico.

—Sí, de hecho, ella pidió que se construyera cuando empezó a quedar con el tío con el que se largó, para que yo no me enterara. La descubrí cuando ya se había ido.

—¿Y nunca se te ocurrió cerrarla?

—Sí, pero no llegué a hacerlo —contesto abatido, con el corazón agarrotado al recordar el momento en el que Lisbeth se fue, cuando conocí su engaño, y el dolor de no haber actuado mejor para proteger a mi hija.

—¿Se te ocurre qué puede querer ahora?

—No lo sé y lo tenemos que averiguar antes de que pase algo peor.

Hanna se incorpora a nosotros mientras la señora Parker se ocupa de Lily.

—He revisado las grabaciones de anoche. A las 03:42 hay una interferencia breve. Apenas un segundo en la cámara del pasillo de la planta baja. Nada en el resto —informa Ferguson con rostro serio, mientras se aparta del monitor.

Asiento, con la mandíbula tensa.

No hay necesidad de teorías. El chico entró en mi casa esa noche con un objetivo muy concreto. No tocó nada de valor, ni revisó cajones ni robó. Lo único que hizo fue dejar una carta dirigida a mi hija de seis años con la firma de su madre.

—¿La policía ha dicho algo más? —pregunto, sin apartar la vista de la imagen congelada en la pantalla.

—Sí. No hay huellas claras en el papel, solo fragmentos parciales. El chico sigue sin declarar. Dice que no sabe nada, que no ha hecho daño a nadie. Y, sin una denuncia por robo, solo pueden retenerlo por allanamiento unas horas más.

Siento cómo la sangre me arde bajo la piel. Todo esto nos lleva a un solo punto: Lisbeth trama algo y temo que quiera llevarse a Lily después de haberla abandonado.

—¿Crees que fue ella? —pregunta Hanna, desde el marco de la puerta, que acaba de llegar.

Me giro hacia ella. Su voz ha sido baja, pero firme. Mantiene la postura alerta, como siempre, y la mirada fija en mí.

—Sí —respondo al fin, tras un segundo de silencio—. Estoy convencido de ello.

Hanna asiente sin pestañear.

—Lo extraño es que no venga ella, ¿no? O que os llame por teléfono, no sé, alguna señal de vida más normal, ¿por qué no vino?

—Exacto —respondo, y en mi voz se cuela la rabia contenida—. O no puede, o no quiere o no la dejan. Puede ser cualquier cosa inexplicable para nosotros. Nunca ha hecho nada normal —murmuro para mí, porque Lisbeth y yo conectamos enseguida, pero ella no se sentía bien en este mundo de lujo y confort.

Nos quedamos en silencio. La idea de que el tipo que entró no viniera solo por esa nota, sino que quisiera dejarnos claro que saben cómo entrar, que pueden acercarse a Lily sin que nadie se dé cuenta, me provoca un escalofrío por todo el cuerpo. Pero no digo nada.

—La policía va a buscarla —añade Ferguson, intentando mantenernos en el terreno práctico—. Tienen su expediente, sus últimos movimientos conocidos, y ya están tras ella, aunque si se fue a centro América será complicado. Además, me han dicho que sin pistas nuevas, esto va a ser lento. Además, no pueden retener al chico mucho más sin denuncia por robo. Ya están preparando su puesta en libertad.

Hanna baja los brazos, que hasta ahora mantenía cruzados con tensión, y camina hasta la ventana del despacho. El sol empieza a

colarse entre las cortinas, pero no aligera el peso de lo que sentimos.

—Van a soltarlo —dice sin girarse—. Y él sabe más de lo que está diciendo.

—Sí. Pero sin pruebas y sin denuncias, la policía no puede hacer nada —respondo, sintiendo el sabor amargo de esa verdad en la boca.

—Tenemos que proteger a Lily —añade Hanna.

—Lo sé.

Camino hacia ella. La luz que entra por la ventana dibuja el contorno de su cara. Por un segundo, no veo a la escolta. Veo a la mujer que ha estado al lado de mi hija todos estos días, la que se despierta al menor ruido, la que ha dormido en el suelo para estar cerca y la que atrapó al intruso con sus propias manos.

—Gracias —le digo, sin buscar más palabras—. Por todo.

Ella gira despacio la cabeza hacia mí. No sonríe, pero su mirada se suaviza.

—No tienes que darme las gracias. Estoy aquí por Lily, y porque esto... ya es personal.

Lo dice sin titubear, sin miedo a lo que sus palabras significan. De pronto, la tensión que me recorre el cuerpo no tiene que ver con la amenaza. Es otra. Más íntima y peligrosa.

—Voy a la comisaría ahora. Quiero hablar directamente con el inspector. A ver si puedo conseguir que no lo suelten todavía y, si lo hacen, que al menos lo vigilen —anuncia Ferguson.

—Voy contigo —dice Hanna, sin esperar respuesta— Luego recogeré algunas cosas de mi casa para instalarme aquí.

No sé por qué, pero esa última frase me ha provocado un cosquilleo sutil. Me sorprende lo rápido que he dejado de verla como una presencia temporal en esta casa, y lo inevitable que se está volviendo su sitio aquí.

Capítulo 15

Hanna

No debería estar dudando tanto. Abro el armario por cuarta vez y sigo sin decidir qué meter en la maleta. No necesito mucha ropa: un par de vaqueros, camisetas, deportivas, algo cómodo para dormir… Y, sin embargo, me descubro dudando sobre qué me queda mejor. Es absurdo. Me instalo en la casa de los Kellmann para trabajar, para proteger a una niña, no para gustarle al padre de mi protegida.

Suspiro con fastidio antes de meter lo que he seleccionado en la maleta y añado un vestido no sé ni por qué. Me visto con una camiseta blanca, lisa, y una chaqueta de punto gris que me cubre lo suficiente y entalla lo justo. Nada llamativo ni que me haga sentir expuesta. Me calzo rápido dispuesta a salir de mi piso sin mirar atrás, antes de que mi cerebro decida replanteárselo todo otra vez.

Cuando llego a la casa de los Kellmann, el ambiente es más tranquilo de lo que esperaba. La tensión sigue ahí, sí, pero algo ha cambiado. O quizá es que me he acostumbrado a leer los silencios de esta familia.

—¡Hanna! —La voz de Lily me alcanza desde el salón. Aparece en la puerta con una sonrisa que le ilumina toda la cara—. ¡No he ido al cole hoy!

—¿No? —le respondo, alzando una ceja con fingida sorpresa—. ¿Y eso?

—Papá ha dicho que hoy nos tocaba jugar juntos, tampoco ha ido a trabajar —dice muy seria, como si hubiera sido una decisión conjunta—. ¡Fiestaaa!

Asomo la cabeza al salón donde veo a Jason agachado en la alfombra con el pelo algo despeinado y una caja de Lego entre las piernas. Lily está construyendo una especie de castillo, con las

piezas que él le pasa con expresión paciente. La imagen me deja momentáneamente desarmada. No es el hombre frío y contenido al que estoy acostumbrada. Es solo un padre. Uno que, por una vez, ha decidido quedarse. Estar.

—Has llegado justo a tiempo —dice él, sin levantarse—. Nos faltan refuerzos para la torre sur.

Sonrío y dejo la bolsa sobre un sillón. Me quito la chaqueta antes de sentarme en el suelo con ellos, sin más formalidades. Durante un buen rato, solo se escuchan nuestras voces mezcladas con risas. Jason se las apaña para equivocarse en todas las piezas, lo que desata protestas divertidas de Lily. Yo me dejo llevar, como si no existiera el mundo fuera de estas paredes.

Después de cenar, Jason se encierra en su despacho a revisar unos documentos mientras que nosotras subimos a la habitación. Le leo uno de sus cuentos favoritos, hacemos un puzzle a medias y, cuando la señora Parker nos avisa de que es hora del baño, la acompaño al cuarto como si llevara toda la vida haciéndolo.

Ya entrada la noche, después de comprobar una vez más las cerraduras y revisar el perímetro desde la *tablet*, bajo a la cocina en busca de una infusión. No espero encontrar a nadie, pero Jason está en la penumbra del salón, sentado en el sofá con una copa entre los dedos.

—¿Quieres beber algo? —pregunta sin levantarse, como si me hubiera estado esperando.

—Solo si tienes vino; no me apetece otra cosa —respondo mientras me siento en el sillón de enfrente.

—Hecho.

Sirve dos copas con un tinto suave de California y me la tiende. Nuestros dedos se rozan al pasarme la bebida, un gesto mínimo que no debería significar nada, pero que me eriza la piel.

—Gracias por instalarte aquí —dice, tras un trago lento—. Lily está encantada.

—No es nada. No habría dormido tranquila en casa sabiendo lo que puede pasar.

Asiente, y durante un rato no hablamos más. Se hace ese tipo de silencio que no altera, que, de hecho, invita a quedarse.

—¿Hace mucho que no jugabas con ella? —pregunto mientras giro la copa entre los dedos. La luz del salón apenas ilumina el cristal, pero el reflejo rojo me mantiene ocupada.

Jason no responde de inmediato. Está recostado en el sofá, con la cabeza ladeada, observando un punto que no existe en el techo.

—No como esta tarde —dice por fin—. A veces pasamos ratos juntos, claro. Pero hoy… ha sido distinto.

—Se notaba. Estaba feliz.

—Sí —murmura, como si aún no supiera qué hacer con esa certeza—. Contigo cerca parece más… tranquila. Como si pudiera respirar.

Levanto la vista. Sus palabras me llegan más adentro de lo que esperaba, porque desde el principio he pensado en mi trabajo sin darme cuenta del contacto emocional que he creado con Lily. Creo que Jason lo dice de corazón, porque la ve bien, no pretende halagarme, ni busca conquistarme. Solo está diciendo lo que siente, y esa honestidad me descoloca. Salvo mi anterior protegida, Isabella, que nos hemos hecho amigas, nunca he tenido ningún roce emocional con las personas a las que escolto.

—Tú también estabas distinto —digo lo que pienso sin más—. Menos... rígido.

Él curva ligeramente los labios y me responde con una de esas sonrisas apenas dibujadas, que se forman más en los ojos que en los labios.

—Será el castillo de Lego —bromea.

Reímos. Solo un poco. Solo lo justo para que el silencio que sigue se vuelva más íntimo, sin la tensión que suele provocar entre desconocidos. Porque ya no lo somos.

—Gracias por hacerme compañía, lo necesitaba—dice en voz baja, después de beber el último sorbo.

—Gracias por el vino —respondo, y mi voz también suena diferente. Como si se hubiese vuelto más suave sin quererlo.

Nuestros ojos se cruzan un segundo largo e intenso. Y entonces entiendo que lo que está ocurriendo entre nosotros no necesita etiquetas ni explicaciones. Solo es algo que está ahí, flotando entre las palabras no dichas y los gestos pequeños. Como este, como el

hecho de que no quiera levantarme todavía o que él tampoco diga nada más.

Pero me levanto, porque no debería tensar una cuerda que solo puede romperse y porque Jason no es para mí. Cuando acabe este contrato, saldré a resarcirme con cualquier hombre que me dé sexo sin compromiso y seguiré trabajando sin pensar en nada más. Cuando acepté este trabajo, ya sabía que la vida familiar solo la encontraría en películas y novelas. Y así está bien.

—Voy a ver a Lily antes de dormir.

—Claro —responde, incorporándose ligeramente—. Buenas noches, Hanna.

—Buenas noches, Jason.

Me doy la vuelta y camino hacia las escaleras. Cuando subo el primer peldaño, sé que no necesito mirar atrás para saber que sigue ahí, mirándome. ¡Uf! Eso sí que me desarma por dentro. Me siento flotar hasta que por fin alcanzo la cama. Me acuesto, dejando que la sábana acaricie mi piel, y mis manos recorran los pliegues que desean los dedos y la lengua del hombre que me acaba de excitar sin proponérselo.

Capítulo 16

Jason

No puedo dormir. Otra noche más. Pero esta vez no es porque esté inquieto con la seguridad de la casa, que sé que está más protegida que nunca, sino porque no puedo apartar de mi mente el cuerpo de Hanna subiendo las escaleras. La forma en que sus caderas se mecían con naturalidad, sin saber que esa imagen se me grabaría en la médula. O puede que sí se diera cuenta. Quizá todo en ella es una prueba que no estoy seguro de querer superar.

He tenido muchas mujeres desde que se fue Lisbeth. Mi familia y amigos trataban de que me olvidara de ella presentándome a otras hasta que me harté y les pedí que me dejaran en paz, que la única que me interesaba era mi hija. Algunas de ellas eran muy bellas, inteligentes y espectaculares, con las que pasé noches de las que no guardo ningún recuerdo. Ninguna de ellas me provocó este tipo de deseo que siento al estar cerca de Hanna. No solo el físico, que sería fácil de satisfacer si solo se tratara de eso. Lo que me inquieta es que con Hanna siento que puedo bajar la guardia, a pesar de la coraza que suele llevar por su trabajo. Pero no puedo hacerlo. Ella es fruta prohibida para mí. Su trabajo es muy delicado y la cercanía que estamos obligados a tener no debe confundirme.

Me paso la mano por la nuca mientras me sirvo un café de madrugada, cuando la casa aún está en calma y ni la señora Parker se ha levantado todavía. El trago que bebo quema, como la punzada que llevo desde anoche atravesándome el pecho. Soplo, y espero a

que se enfríe con los nervios a flor de piel pensando en la reunión que tengo con Ferguson dentro de una hora.

Cuando llega a mi oficina en Manhattan, ya lo estoy esperando en el despacho con el desayuno que le he prometido dispuesto en la mesa de reuniones. Él tampoco tiene buena cara. Ambos sabemos que el día de hoy no nos va a dar tregua.

—¿Lo han soltado ya? —pregunto sin rodeos.

—Esta mañana. A las siete en punto. El juez de guardia confirmó la puesta en libertad con cargos. Allanamiento de morada y resistencia mínima a la autoridad. Pero nada más. Sin denuncia de robo, no hay motivo legal para retenerlo.

Aprieto la mandíbula. Me duele la impotencia. Ver cómo alguien puede entrar en tu casa, moverse como si fuera suya, dejar una carta a tu hija… y salir caminando de la comisaría sin más.

—¿Y la vigilancia?

—Ya está en marcha. Dos hombres le siguen a distancia. Si se pone en contacto con quien le contrató, lo sabremos. Tengo también un equipo revisando las cámaras de las calles cercanas a tu casa, cruzando matrículas y movimientos sospechosos.

Asiento, sin aflojar los puños.

—¿Y qué me dices de la carta? ¿Algún avance?

—No mucho. La tinta es común. El papel, de papelería barata. Las huellas son parciales. Nada concluyente. Pero lo que sí sabemos es que la letra es de mujer. Alguien zurdo. Una perito caligráfica está trabajando en un posible cotejo con la letra de Lisbeth, aunque no tenemos muestras actualizadas.

Me apoyo en el escritorio y dejo escapar el aire con lentitud.

—¿Crees que ella fue la autora?

—No lo sé. Supongo que si alguien se quiere hacer pasar por ella, habrá estudiado su trazo antes de escribir la carta. Además, creo que el chico actúa bajo coacción, aunque todavía no podemos asegurarlo. Un delincuente común, que actúa por dinero, canta enseguida. Él se ha mantenido callado como el que tiene miedo. Es como si lo tuviesen cogido por los huevos y no lo suelta.

—¿Y crees que se puede tratar de Lisbeth…?, ¿o está en manos de alguien que los obliga a los dos?

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora.

Lo pienso. Lo saboreo como se saborean las verdades amargas. Podría encajar. Ella tenía esa capacidad de meterse en líos disfrazados de causas nobles. Se fue, según dijo, para ayudar en una ONG. Pero nunca supe con quién ni para qué. Solo se largó y me dejó con Lily, con su ropa colgada en el armario y una nota absurda en la nevera que decía: *«No me odies. Te juro que es por una buena razón».*

Esa razón, hasta hoy, no ha aparecido.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de todo esto? —le pregunto a Ferguson.

—Que tu hija está en peligro. No inmediato, quizás, pero sí latente. Esto no ha acabado. El mensaje no era para ti. Era para Lily y eso me huele a secuestro emocional. O a una advertencia. Debemos extremar las precauciones porque, si mi experiencia sirve de algo, es posible que estén esperando a que os sintáis tranquilos para volver a por ella.

—¿Y Hanna?

—Si te parece bien, que siga en tu casa. Ella está bien y es una persona sólida, centrada y muy entregada a cada trabajo. No bajará la guardia ni un segundo, puedes estar seguro. —Me mira entonces, con un brillo distinto en los ojos—. Si es eso lo que te tiene intranquilo.

Lo fulmino con la mirada.

—Ocúpate de lo tuyo, Ferguson.

Pero sé que tiene razón. No solo me preocupa que esté en el centro de esto. Me inquieta lo que provoca en mí cada vez que la imagino moviéndose por la casa, me embelesa el modo en que ha conectado con Lily sin esfuerzo, y su voz, su temple y, como no, su cuerpo. Todo en ella me arrastra y cada día se me hace más difícil fingir que no pasa nada.

—Organiza una reunión con tu equipo esta tarde. Quiero actualizaciones de todo. Seguimientos, análisis, pistas posibles y los movimientos del chaval.

—Hecho. ¿Y tú?

—Yo... —dudo un segundo—. Sigo trabajando y luego me quedaré en casa con Lily. Hanna está allí con ella, así que el día será

más llevadero para mí.

Ferguson se marcha sin más. Al cerrar la puerta, me acerco a la ventana desde donde observo la magnitud de esta ciudad que parece no tener fin. En ese instante, entra un mensaje de la señora Parker que me envía un video de Hanna cruzando el jardín con Lily de la mano. Ambas se ríen de algo que no puedo escuchar. La niña salta entre las losas de piedra, y ella, sin soltarla, le sigue el ritmo. «Todo bien», me dice mi ama de llaves para tranquilizarme. Lleva en mi familia desde que yo era un niño y me conoce demasiado bien.

Acaricio con el pulgar la pantalla del móvil. Me siento al borde de algo que no controlo y eso, para mí, es lo más peligroso de todo.

Capítulo 17

Hanna

Han pasado varios días desde la última intrusión. Días que, en apariencia, han sido tranquilos. No ha habido movimientos extraños, ni nuevos mensajes, ni señales evidentes de peligro. Pero eso no significa que me haya relajado. Al contrario. La tensión en mi espalda se ha vuelto una constante que ya apenas noto. Como una vieja herida que no duele, pero nunca termina de sanar.

Me levanto temprano cada mañana, antes que nadie, y hago mi ronda por la casa con la *tablet* en la mano y los ojos bien abiertos. Reviso las cámaras, los accesos, los sensores. Todo sigue en orden y, aun así, no me fío. Porque sé cómo funciona esto. Cuando parece que no pasa nada, es cuando más cerca están.

Desde que me instalé aquí, mi rutina ha girado en torno a Lily. Me encargo de llevarla y recogerla del colegio en uno de los coches blindados de Jason, y nunca repito itinerario dos días seguidos. El conductor es uno de los hombres de Ferguson y compañero desde hace años, así que confío. Pero no dejo que la niña lo note. Le sonrío, la escucho y la animo. Le ayudo con los deberes por las tardes, y por las noches le leo cuentos antes de dormir. Me he convertido en su sombra, y no pienso dejar que le ocurra nada.

Cuando decidió que Lily no podía seguir encerrada en casa, Jason avisó al colegio de que solo él o yo estamos autorizados a recogerla. Nadie más y, aun así, me aseguro de que la profesora sepa quién soy cada vez que me ve.

Esta mañana, al llegar a clase, Lily salta del coche con su mochila de unicornios y su sonrisa inocente. Me despido con un gesto y un «nos vemos a la salida», y luego espero desde el coche hasta que la veo entrar en el edificio. Varios compañeros de la agencia se turnan para rondar el colegio durante el horario de clases.

Después vuelvo a casa, hago deporte para no abandonar mi entrenamiento, sigo con lo que me mande Ferguson sobre la investigación y leo en el jardín, hasta que tengo que ir a recoger a Lily. A veces como con la señora Parker y otras sola, pero no suelo salir. Prácticamente he abandonado mi vida y agradezco que Kellmann tenga un gimnasio en el sótano de la casa. Por las noches, Jason y yo apenas hablamos, pero los silencios se han vuelto normales en la rutina y no nos molestan. A veces compartimos una copa, otras simplemente nos damos las buenas noches después de cenar, pero siempre su mirada se queda conmigo incluso cuando me encierro en la habitación.

El martes por la tarde, Lily me entrega un sobre que le han dado en el colegio. Es una circular, de esas impresas en papel de color que tanto detesto. La leo de pie cuando llegamos, sin quitarme la chaqueta.

«*Estimadas familias:*

Con motivo del Día del Libro, celebraremos un Festival de Puertas Abiertas el próximo viernes. Padres, madres y tutores están invitados a compartir actividades con los niños, leer cuentos y disfrutar de una merienda común. Les esperamos de 15:00 a 17:00.

Confirmen asistencia,

La dirección».

Vaya, esto es algo con lo que no contábamos y Jason deberá tomar una decisión. El colegio será un hervidero de gente. Padres, abuelos, profesores, niños corriendo de un lado a otro y gente entrando y saliendo sin control. Es un paraíso para cualquiera que quiera moverse sin ser detectado.

Informo a Jason en cuanto llega a casa. Él me escucha con el ceño fruncido, los dedos entrelazados sobre el escritorio, y asiente.

—Lo hacen todos los años, ya no me acordaba. Iremos los dos al acto y le pediré a vuestra agencia de seguridad que organice un

perímetro de vigilancia en el exterior.

—Ya los he avisado. Tendremos agentes encubiertos dentro y fuera del recinto. No te preocupes, no me separaré de Lily en ningún momento.

—Perfecto. —Hace una pausa—. Gracias, Hanna.

Evito responder. No quiero acostumbrarme a ese tono de voz que me parece tan seductor y hace que se me tambaleen hasta las costillas.

El viernes llega con una de esas tardes tibias y claras que anuncian el final del invierno. Lily está emocionada. Lleva días hablando de que su padre va a ir a verla al cole y que le han asignado una lectura con otra niña de un fragmento de Harry Potter. Lleva días ensayando.

Me siento a su lado en el coche, mientras repasa las frases con su voz cantarina y aniñada que se me ha metido en el pecho como una aguja lenta.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto.

—¡No! —responde con ojos brillantes—. Estoy feliz porque vais a estar los dos.

Me trago el nudo que se me forma en la garganta y asiento con una sonrisa forzada.

Llegamos al colegio con tiempo. Ferguson ya tiene a su equipo desplegado. Detecto a tres de sus hombres en la puerta principal y otros dos entre la gente. Jason está impecable, con traje sin corbata y camisa azul claro. Es el equilibrio perfecto entre elegancia, cercanía y seducción. Algunos padres lo saludan, otros lo observan con discreción y muchas mujeres lo miran como si desearan comérselo. No me extraña nada. Él se limita a saludar a todos con gesto diplomático.

Dentro del gimnasio, han montado un pequeño escenario con alfombras de colores y cojines. Hay puestos con libros, una zona de cuentos y otra para la merienda. El caos es contenido, pero no lo suficiente para mi gusto que no conozco la zona y eso me enerva. Me mantengo cerca de Lily todo el tiempo y Jason también, como si

fuéramos familia. Nos turnamos para acompañarla en los juegos y leerle cuentos. Hasta ahora, todo está bien.

He aprovechado que Lily acaba de bajar del escenario, tras recitar su cuento, y está con Jason hablando con otros padres, para ir hasta la mesa de limonada, donde converso con una de las profesoras. Todo continúa según lo acordado y bajo control.

O eso parece cuando llega una hora que me costará olvidar: son las 16:27.

Giro la cabeza para localizarlos y no los veo. Camino deprisa hacia donde estaban, junto al escenario. No hay rastro de Jason ni de Lily. Empiezo a revisar la zona de juegos, luego corro hacia los lavabos. Nada.

—¡Lily! —llamo en voz baja, sin gritar aún, sin alarmar al equipo. El corazón me bombea como nunca y anudo los nervios en el estómago para que no me bloqueen.

Me cruzo con Jason, justo al doblar el pasillo, que sale de los lavabos de hombres, por supuesto sin ella.

—¿Dónde está Lily? —le pregunto.

Su expresión se descompone.

—Creí que estaba contigo —responde, sin aliento—. Le he dicho que se quedara a tu lado hasta que yo saliera.

No, no puede ser. Solo la hemos perdido de vista un segundo y ha desaparecido.

Capítulo 18

Jason

El mundo se me hunde bajo los pies. Corro por los pasillos del colegio con los latidos retumbándome en las sienes como un martillo. Mis pasos retumban como disparos de pánico. Cada puerta abierta, aula vacía, y esquina sin rastro de ella me acercan al borde del colapso.

—¡Lily! —grito su nombre con la garganta desgarrada, sin importarme a quién alarmo. El gimnasio, los baños, las salas laterales… nada. Nadie la ha visto. Nadie sabe nada de ella ni entiende qué ha pasado.

Mi hija ha desaparecido en medio de un colegio lleno de adultos, en medio de una fiesta con profesores, padres, niños, vigilantes... ¿Y ninguno ha visto nada?

—¡¿Cómo es posible que nadie la haya visto salir?! —vocifero a la directora, que me sigue por el patio con cara de espanto.

Hanna se mueve como un relámpago. Ha activado ya su canal directo con los compañeros de la agencia, dando coordenadas, abriendo perímetro y enviando la última foto de Lily que teníamos. Tiene la voz firme, precisa, pero su rostro está contraído por la tensión.

—Zona norte despejada. Ninguna cámara ha captado el movimiento de la niña en esa salida. Vamos a revisar las del perímetro exterior —informa uno de los agentes al otro lado del pinganillo.

No la encuentro. No la encuentro. Mi niña, lo único de valor que hay en mi vida y la he descuidado, no he sabido protegerla, igual que no supe conservar y comprender a Lisbeth. No, mi niña no, a ella no puedo perderla. El pánico que me recorre no es el de un hombre poderoso al que le han fallado las medidas de protección. Es el de un padre, solo un padre roto que ha perdido lo único que le importa.

Me obligo a respirar. Miro a Hanna. Ella me sostiene la mirada, firme y sin fisuras. Me aferro a eso. A ella, a la única persona que ahora siento como un pilar en mi caos.

Entonces vibra mi móvil.

Lo saco con las manos temblorosas. Es un mensaje que viene de un número oculto y que leo como si me clavaran un puñal en el pecho:

«Si quieres volver a ver a tu hija con vida, ocúpate de las deudas de tu mujer».

El mundo se detiene.

Me quedo inmóvil, como si el mensaje me hubiera paralizado los músculos. Vuelvo a leerlo. Una. Dos. Tres veces. No cambia. No es una amenaza vaga. Es un hecho. Un golpe directo a la tráquea.

—¡No! —susurro, y siento que el suelo se abre bajo los pies, hasta el punto de que debo apoyarme en una columna cercana para no caerme.

—¿Qué pasa? —Hanna me alcanza de un salto. Me arranca el móvil de las manos antes de que pueda articular palabra. Lee el mensaje con rapidez y su rostro se ensombrece.

—Ferguson. —No es una pregunta. Es el anuncio de lo que va a hacer. Ya ha sacado su teléfono y marca al instante.

—Necesito a todos tus hombres aquí —le dice, seca como una cuchilla—. Han enviado un mensaje. Confirmamos que es un secuestro.

Yo apenas puedo respirar. La palabra «secuestro» rebota en mi cabeza como una pelota de tenis incontrolada.

Me siento en el primer banco que encuentro, con las manos aferradas a las rodillas, la nuca caliente y la visión borrosa. Nunca me he sentido así de mal. Ni cuando me traicionaron mis socios, ni

cuando perdí millones en un cierre de inversión, ni siquiera cuando Lisbeth nos abandonó, quizá porque era algo que veía venir. Esta es otra liga. Ahora se trata de la vida de mi hija.

Ferguson llega en cinco minutos. Entra con dos agentes y una expresión en la cara que no le había visto jamás: la de un hombre al que acaban de quitarle a una hija, aunque no sea la suya.

Le enseño el móvil sin hablar. Él lee el mensaje y lanza un juramento seco.

—Tenemos que avisar a la policía. Ya. Hay que activar la alerta Amber de menores desaparecidos cuanto antes.

—¿Y si eso los asusta? —pregunto, al borde del abismo.

—Si tienen un plan, ya está en marcha, y si tienen intención de devolverla, la tendrán igual. Pero si no hacemos nada, la perdemos —responde, sin mirarme.

Hanna asiente. Acepto sus decisiones porque están más cuerdos que yo y saben lo que tienen entre manos.

Ferguson marca desde su terminal directo. La policía se persona en el colegio en menos de veinte minutos. Agentes uniformados, inspectores y un técnico de cibercrimen que se conecta al móvil para rastrear el origen del mensaje. Hanna coordina con los suyos, da datos, envía fotos y organiza equipos de búsqueda por zonas, repasa los accesos uno a uno.

—Ninguna de las cámaras ha registrado que Lily haya salido por las puertas del colegio —dice uno de los investigadores—. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—O tal vez la hayan escondido aquí dentro —responde Hanna—. O que la han sacado disfrazada y tapada con otra ropa. No parecen principiantes.

El agente asiente. La posibilidad les hiela a todos.

—Hay un margen de diez minutos entre el último momento en que alguien la vio y cuando tú volviste del baño —me recuerda Ferguson. Yo asiento con la mandíbula desencajada por los nervios.

—Sí. La dejé con una monitora, que estaba justo allí, recogiendo unos libros. Le dije que iba al baño y que regresaba enseguida. Lily no quiso venir conmigo y le pedí que se uniera a Hanna. Cuando salí, no estaba.

—¿Quién era esa monitora? —pregunta Hanna.

—No lo sé. Ya sabes que no vengo mucho por el colegio.

Hanna se gira hacia uno de sus hombres, que ha estado tomando nota. Le lanza una mirada afilada.

—Hay que comprobar la identificación de toda la gente que trabaja en el colegio y a todos los asistentes, a ver si alguna identidad es falsa, no sé, una monitora, una madre, una voluntaria. Tenemos que encontrarla.

—Voy a por la base de datos del colegio. Comprobaremos uno a uno las identificaciones de los asistentes registrados hoy —responde Ferguson.

La policía se dispersa por las instalaciones. Se recogen huellas, se revisan vídeos, se rastrean móviles y los agentes hablan con las personas que se han quedado dentro del colegio cuando se han cerrado las puertas. Confío en que no haya salido del recinto.

No sé cómo ayudar. Después de hablar con algunos padres, me desplomo en una silla infantil, y siento que se me rompe el pecho por dentro. Hanna se agacha frente a mí. Me toca el brazo, con esa firmeza tan suya, sin dramatismo, y un escalofrío me recorre la piel.

—La vamos a encontrar.

—¿Y si no…?

—La vamos a encontrar, Jason —me interrumpe, mirándome a los ojos—. No te atrevas a pensar otra cosa.

Veo sinceridad en sus ojos, honestidad y amor por mi hija. No tengo más opción que hacer caso sin cuestionar. En este momento, Hanna Davis es lo único que mantiene mi mundo en pie.

Capítulo 19

Hanna

Lo repaso todo una y otra vez: la escena, los movimientos, los tiempos… Han sido cinco minutos, como mucho. Es lo único que bastó para que Lily desapareciera.

Me culpo, aunque sé que no sirve de nada. Porque ni Jason ni yo la perdimos de vista por descuido, sino por un plan perfectamente ejecutado. Estoy segura de que esto no ha sido un error, sino una operación meditada, precisa y calculada. Y darme cuenta de ello, me quema por dentro.

La directora nos ha hecho subir a su despacho, para revisar con ella la lista de todo el personal que ha estado hoy en el colegio. Le pido que me muestre los registros del personal eventual, los nombres de los monitores de apoyo, incluso los voluntarios. Hay padres, madres y exalumnos que han venido a echar una mano. La lista es larga, y el caos del evento ha sido la mejor cortina de humo.

—¡Esa! —grita Jason de pronto, y señala la foto de una joven que aparece en la pantalla—. Creo que es la que estaba con Lily cuando he entrado al lavabo.

Señala la ficha de una monitora joven, con coleta baja y expresión amable.

—Sí —confirma la directora—. Se llama Jessica. Está con nosotros desde hace apenas un mes. Es auxiliar en actividades extracurriculares, sobre todo en arte y psicomotricidad y es cierto que ha hecho buenas migas con Lily estos días.

—¿Dónde está ahora? —pregunto, aunque ya sé la respuesta por la expresión que cruza el rostro de la mujer.

—No lo sabemos. Nadie la ha visto desde hace más de una hora y no responde al teléfono. He localizado a todo el personal como me ha pedido la policía menos a ella. No la encuentro.

La rabia me golpea en el pecho.

Llamamos de inmediato a Ferguson, que está supervisando con un policía la salida controlada de los asistentes. Nadie puede irse sin mostrar alguna identificación ni pasar por revisión visual. Comprobamos que no hay rastro de la tal Jessica. En las cámaras no se ve que abandonado el edificio, ni aparece en la lista de los que han identificado. Se ha esfumado. Como Lily.

—Los perros han llegado —anuncia un agente—. Deme algo de Lily, por favor, y enseguida los ponemos a recorrer el perímetro. —Saco de la mochila una chaqueta y se la doy al agente que se la lleva a la entrada donde están los dos perros policía.

Entonces el teléfono de Jason vuelve a vibrar. Lo saca despacio del bolsillo, como si supiera que lo que viene va a romper algo más que la calma. Es un mensaje de voz, de un número oculto. Pero la voz... la voz que se escucha cuando le da al *play* no necesita presentación.

—Es Lisbeth —me susurra al oído.

—*Jason… por favor… perdóname. No quería esto. No sabía que iban a llegar tan lejos. Me tienen encerrada. Me tienen controlada, ¿vale? No puedo moverme. Todo esto… es por una deuda de Conrad, su socio… yo solo… no sabía nada, lo juro*— su voz suena temblorosa, agitada y hundida—*. No sabía que harían esto con Lily. Te juro que no lo sabía. Por favor… haz lo que te pidan. Entrégales el dinero. Lo que sea. Devuélveles lo que Conrad les debe y ellos la liberarán. Que no la toquen… no dejes que la toquen, por favor… Es mi hija, Jason… nuestra hija…*

El mensaje termina con un sollozo ahogado mientras una voz de hombre dice «Cállate ya, golfa». El llanto agónico de Lisbeth es un sonido que no me voy a poder quitar de la cabeza en mucho tiempo.

La sala entera se queda en silencio. Jason aprieta el móvil entre las manos hasta que los nudillos se le ponen blancos. Tiene el rostro

contraído y la mirada perdida. Al segundo suena una nueva notificación, y todos nos miramos aguantando la respiración.

Es un nuevo mensaje, de texto esta vez.

«Cinco millones de dólares. Tienes tres días. Deja de buscarla o no volverás a verla. Recibirás instrucciones».

Jason se queda helado.

—No hay dinero en el mundo que valga más que mi hija —dice en voz baja, casi para sí—. Aunque me arruine, aunque tenga que vender hasta mi apellido... pagaré.

—No —susurro, acercándome a él con firmeza—. Todavía no.

Me mira, descompuesto, roto por dentro.

—Hanna…

—Vamos a encontrarla. Lo juro por lo más sagrado que tengo. Pero si pagas ahora… puede que nunca volvamos a verla. Además, tenemos que atraparlos.

Él cierra los ojos con fuerza y una lágrima resbala por su mejilla hasta colarse por el hueco de la camisa. Yo me mantengo a su lado, porque ahora no soy su escolta, soy su aliada y su sostén. Le abrazo para que descargue ese nudo que le aprieta el pecho y él llora en mi hombro. Noto la calidez de su cuerpo, la dureza de sus músculos y la vulnerabilidad de un padre al que le acaban de quitar la vida. Ahora soy su única certeza en medio de la tormenta y no pienso fallarle.

Capítulo 20

Jason

El abrazo de Hanna me ancla al suelo. No recuerdo la última vez que me permití llorar sobre el hombro de alguien, exceptuando hace pocos días, también con Hanna, en casa. Tal vez fue cuando enterré a mi padre, o cuando leí aquella nota absurda que Lisbeth dejó antes de marcharse. Pero esto es distinto. No es un duelo, ni un abandono. Es una herida abierta, caliente y palpitante. La angustia de saber que mi hija está en manos de alguien que puede hacerle daño en cualquier momento. Que puede no devolvérmela nunca.

El pecho me tiembla, aunque mis brazos se mantienen tensos como si estuvieran hechos de piedra. La única parte de mí que se mueve es la frente, que se apoya sin fuerzas en el hombro de Hanna. Su olor me rodea: limpio, cálido, ligeramente cítrico. Me aferro a él, como un náufrago al único madero que flota en medio del naufragio.

—La vamos a encontrar —susurra, con una convicción que traspasa mi piel, mientras acaricia mi pelo con una ternura que me conmueve.

Quiero creerla. Dios, quiero aferrarme a esas palabras como a un conjuro. Pero no puedo pronunciar nada. Solo asiento contra su cuello y cierro los ojos, intentando no rendirme.

Entonces, la voz de uno de sus compañeros nos alcanza desde la puerta del despacho.

—¡Davis! ¡Tienes que venir! Han encontrado algo.

El aire no me llega a los pulmones. Hanna se aparta de inmediato, firme, alerta, con ese cambio de registro que he empezado a reconocer como su instinto profesional. El dolor cede paso a la acción, a la mínima posibilidad de pista.

Me mira a los ojos de una forma que me atraviesa.

—¿Estás mejor? —Afirmo con la cabeza y entonces se levanta—. Pues, vamos.

Yo también me pongo en pie, aun sintiendo el temblor en las piernas.

Salimos del edificio a paso rápido, casi corriendo, y cruzamos el patio trasero que da acceso a los campos deportivos. El cielo se ha encapotado de repente, como si presintiera la gravedad de lo que está por suceder. El viento levanta las hojas de los árboles y me golpea la cara con la rudeza de quien te quiere mantener despierto.

En el jardín trasero, detrás del campo de fútbol que los niños usan durante el recreo, hay una zona poco transitada, donde la hierba crece más alta y el vallado es antiguo, algo torcido por los años. Allí, un grupo de agentes se ha reunido alrededor de un punto concreto, señalando una sección del vallado que parece haber sido forzada.

—Aquí —dice uno de ellos cuando nos acercamos—. Los perros han seguido el rastro desde el ala sur del colegio hasta aquí. El pastor alemán ha empezado a ladrar sin parar en esta zona y ha marcado este punto como entrada.

Veo el hueco entre los arbustos, un espacio estrecho entre el enrejado y la tierra húmeda. Está recién movida. Uno de los perros escarba con desesperación, y su guía lo detiene con un silbido agudo antes de introducirse con él, agachado, por el paso abierto.

Nos mantenemos en silencio mientras los segundos se estiran como si el tiempo estuviera en suspenso. El murmullo del viento entre los árboles y el jadeo del perro son lo único que se escucha.

De repente, llegan unos ladridos. Son fuertes, furiosos, y vienen acompañados de un gruñido ahogado y, segundos después, de un grito. Una voz aguda, chillona, que parece de hombre.

—¡Suelta eso, maldito animal! ¡Fuera! ¡FUERA!

Hanna ya no espera más. Ni siquiera me mira. Se lanza hacia la abertura con una rapidez que apenas puedo seguir con la vista. Dos compañeros la siguen, sin dudar. Uno de ellos me detiene cuando intento avanzar detrás.

—Señor Kellmann, mejor que espere. Puede haber alguien armado, no es seguro para usted.

—¡Es mi hija! —escupo, con la garganta abrasada por la furia.

—Y por eso mismo, tiene que quedarse —dice el agente con la voz firme, pero sin arrogancia. Ferguson me coge de los brazos para que no siga.

Me quedo inmóvil, con los puños apretados, los músculos tensos hasta el límite, viendo cómo la vegetación se traga a Hanna y a los suyos. Solo puedo oír los sonidos que llegan desde el otro lado: ladridos, ramas rotas, órdenes susurradas, el crujir de la tierra húmeda bajo las botas. Me siento como un león enjaulado, como si cada segundo que pasa sin saber qué ocurre fuera una tortura que me desgarra por dentro.

—¡Tenemos algo! —grita uno de los hombres desde dentro.

No sé qué significa eso. ¿Algo? ¿Qué clase de «algo»? ¿Es Lily? ¿Está bien?

Los minutos pasan arrastrándose hasta que el primer agente regresa por el hueco, con la cara manchada de barro y la radio en la mano.

—Han encontrado una especie de refugio —me dice—. Una caseta abandonada, a un lado del solar. Al parecer, han visto movimiento dentro. Están intentando acceder sin alertar.

Mi estómago se pliega sobre sí mismo.

—¿Y mi hija?

—No lo sabemos aún. Lo bueno es que no son nada profesionales. Estoy seguro de que esto será más fácil de lo que parece. A pesar de todo…

Dudo que el hecho de que no sean profesionales sea bueno, porque cualquier error será grave. Sacudo la cabeza para espantar las ideas pesimistas y me concentro en lo que sabemos.

Hanna no ha salido. Eso solo puede significar que está dentro y que no piensa volver sin ella. Y yo tampoco.

Me apoyo en un árbol para no venirme abajo. El corazón me golpea tan fuerte entre las costillas, que temo que se me escape por la garganta. Intento respirar, contar, rezar, aunque hace años que no lo hago. Solo una palabra resuena en mi cabeza con cada latido: *Lily*.

Nada más importa.

Otro mensaje llega a mi móvil y enseguida Ferguson se pone a mi lado para leerlo.

«*Te hemos pedido que no la busques. Te arrepentirás de esto. Ahora serán 10 millones si paras la persecución o no la volverás a ver*».

Capítulo 21

Hanna

No pienso. No analizo. Solo actúo. Cuando escucho los ladridos del perro y los gritos que vienen del otro lado de la verja, me agacho y me lanzo por la abertura sin mirar atrás. El barro me ensucia la chaqueta y me rasga la manga, pero no me importa. Mis compañeros me siguen de cerca, oigo sus pasos tras los míos, pero yo ya estoy al otro lado, en una zona densa de vegetación que parece olvidada por el colegio.

A unos veinte metros, entre maleza y árboles viejos, aparece la caseta. Es una estructura de madera podrida, mal cerrada con tablones cruzados que no han visto un martillo en décadas. A su lado, apenas visible entre las sombras, hay una furgoneta blanca, sin distintivos, mal aparcada junto a una pequeña pendiente cubierta de ramas. El perro no deja de ladrar y de tirar del agente hacia la parte trasera del vehículo.

—¡Por aquí! —grito, avanzando entre ramas que me arañan la cara.

Cuando alcanzo el lateral de la furgoneta, me detengo en seco.

Detrás, protegida solo por la vegetación, hay una figura femenina agachada. Reconozco la coleta alta y la camiseta blanca con el logo del colegio. Es Jessica, la monitora. Está inclinada sobre un bulto pequeño que yace en el suelo, envuelto en una manta rosa con estampado de unicornios. No necesito más. Mi corazón da un vuelco.

—¡LILY! —grito, rompiendo la cobertura, pistola en alto.

Jessica alza la vista. Sus ojos se agrandan de puro pánico. Tiene un frasco vacío en la mano y una jeringa tirada a un lado. Mi sangre se congela al entender que ha sedado a la niña.

—¡Quietos! ¡Policía! ¡Al suelo, ahora! —ordeno con voz cortante, sin bajar el arma ni un centímetro, y espero que el inspector Callahan me perdone por mentir.

Pero entonces, desde el otro lado de la caseta, aparece el chico. El mismo que entró en la casa días atrás. Reconozco su silueta al instante: delgado, nervioso y con la mirada esquiva. En cuanto me ve, duda apenas medio segundo y echa a correr campo a través, alejándose de la furgoneta. Jessica lo mira estupefacta, pero no duda y echa a correr detrás de él.

—¡Tú, con la niña! —grito a uno de mis hombres—. ¡Yo voy tras él!

A Jessica le dura poco la huida, porque otro de los agentes la atrapa antes de que dé tres pasos. Ella chilla, patalea, incluso me muerde, como un animal acorralado, pero no tiene escapatoria. Otros dos logran alcanzar al chico unos metros más adelante, cerca de un terraplén. Hay una breve lucha, un forcejeo, pero es evidente que no sabe pelear. En cuestión de segundos lo tienen reducido.

Yo vuelvo sobre mis pasos, jadeando, con la pistola todavía en alto. Cuando llego, Lily sigue en el suelo, inmóvil, pero uno de los agentes ya la ha liberado de las ataduras. Me arrodillo junto a ella con una punzada en el pecho que me hace temblar las manos, mientras mi compañero se hace cargo de Jessica.

—Lily… cariño, soy yo —susurro, apartándole un mechón de pelo pegado a la frente—. Ya estás a salvo, mi niña. Ya pasó.

Le paso los dedos por las mejillas, las sienes, el cuello, buscando cualquier señal de agresión. Su pulso es débil, pero respira, y eso es lo único que ahora importa. La noto caliente, no por fiebre, sino por el efecto del sedante. Me aprieto contra ella con cuidado, la envuelvo con mis brazos, y empiezo a hablarle al oído, acunándola, como si cada palabra pudiera sacarla del letargo.

—Tranquila, mi valiente. Estoy aquí. No te vas a ir a ningún sitio. Estás conmigo, ¿me oyes? Vas a despertarte, te lo prometo. Y

cuando lo hagas, tu papá estará contigo. Te va a abrazar tan fuerte que no te vas a poder mover.

Una lágrima se me escapa sin permiso. Me la limpio con el dorso de la mano, pero no dejo de susurrarle, de acariciarle los brazos, de buscar la menor señal de respuesta.

Entonces, un pequeño gemido escapa de su garganta.

—Lily… —susurro, inclinándome más, notando cómo la esperanza me llena de golpe el pecho.

Sus párpados tiemblan. Los abre un poco, como si le pesaran toneladas. Su mirada está borrosa, perdida. Pero me ve. Sé que me ve.

—¿Hanna…? —murmura, con voz pastosa.

—Sí, cielo, soy yo. Estás bien. Te tengo, ¿vale? No vas a volver a estar sola nunca más.

Ella intenta moverse, pero le cuesta. La abrazo con más fuerza, con la delicadeza de quien sostiene un milagro.

—Papá… —alcanza a decir.

—Está cerca. Vamos con él enseguida.

—¿Y mamá? —balbucea—. Jessica prometió que me llevaría con ella.

Sus palabras son como un gancho directo a mi estómago. Lily, agotada, vuelve a cerrar los ojos, con la respiración tranquila.

Mis compañeros ya han llamado a la ambulancia y a Ferguson. Jason debe de estar fuera de sí, esperando, desesperado. Pero yo no pienso soltar a esta niña hasta que la tenga su padre en brazos.

La miro y, por un instante, algo dentro de mí se rompe del todo. Porque no soy su madre, ni su familia, ni nada que pueda definirse con un término tan sencillo. Pero en este momento, lo soy todo para ella. Soy su escudo, su refugio, y haré lo que haga falta para que nunca más vuelva a pasar por esto.

—Te tengo, Lily. Y no te pienso soltar.

Capítulo 22

Jason

Cuando por fin volvemos a casa con Lily, después de que la hayan reconocido en el hospital, tengo la sensación de regresar de una guerra. No recuerdo bien el trayecto en coche, ni siquiera si hablo con Hanna o si alguien me dirige la palabra. Solo sé que llevo a mi hija en brazos, que respira, que abre los ojos de vez en cuando con somnolencia y murmura palabras inconexas. Eso es suficiente. Eso lo es todo.

La señora Parker nos espera en la puerta con los ojos enrojecidos. Ni siquiera intenta disimular el temblor de su voz cuando nos recibe. Enseguida se ofrece a bañar a Lily y lo organiza todo como si llevara preparándose para este momento desde hacía años. Yo me quedo abajo, en la cocina, intentando encontrar una forma de descomprimir lo que siento sin venirme abajo.

Hanna sube con ellas. No entra al baño, pero se queda cerca, muy cerca, junto a la puerta entreabierta, cantando en voz baja canciones infantiles que apenas recuerdo, pero que a Lily parecen tranquilizarle. Su voz flota como un murmullo cálido, una promesa de seguridad. Cada vez que la escucho reírse en voz bajita, noto cómo mi garganta se cierra.

Necesito hacer algo. Así que cocino la cena que nos ha pedido Lily: dice que le apetece pizza. No es gran cosa, así que me pongo a ello con base ya preparada y los ingredientes que tengo en la despensa. Extiendo la masa, corto tomates, queso, aceitunas negras. Me concentro en cada paso como si de ello dependiera el equilibrio del mundo. Pongo la mesa en la cocina, enciendo la luz cálida del techo, coloco las servilletas con un cuidado casi ridículo y,

por primera vez en días, siento que la casa recupera su forma. No la de una fortaleza blindada, sino la de un hogar.

Bajan pasadas las nueve. Lily lleva un pijama nuevo de algodón con dibujos de sirenas y el pelo húmedo recogido en una trenza floja. Tiene los párpados pesados y la piel aún pálida, pero sonríe. Una sonrisa débil, pero auténtica. Hanna camina a su lado, ligeramente inclinada, como si no pudiera permitir que se separen ni medio paso.

—Huele a pizza —dice Lily con una vocecita ronca.

—Hecha por papá, así que será la mejor del mundo —respondo, forzando una sonrisa mientras le acerco una silla.

Nos sentamos los cuatro en la mesa. Nadie dice gran cosa, pero el silencio ya no es angustioso. Es de esos silencios donde el amor y el miedo conviven, donde la presencia de los otros lo significa todo. Lily come poco, pero con ganas. Yo la observo todo el tiempo, sin poder evitarlo. Cada uno de sus gestos, las pocas palabras que conseguimos sacarle y sus bostezos, son un regalo. Tampoco me canso de mirar a Hanna. Su rostro, más relajado que durante toda la jornada, irradia esa mezcla imposible de fortaleza y dulzura que solo veo en ella.

Después subimos al cuarto. La señora Parker se retira sin hacer ruido, comprendiendo que necesitamos estar a solas. Hanna y yo nos tumbamos con Lily a cada lado de ella, sobre la cama. No hay ningún gesto extraño ni nada que hayamos hablado antes. Lo hacemos como si fuera lo más natural del mundo. Yo a un lado, Hanna al otro, y Lily entre nosotros, con las mejillas apoyadas en mi pecho y una mano buscando a ciegas la de Hanna.

—¿Estás bien, mi niña? —susurra Hanna mientras le acaricia el cabello.

—Sí… —responde con los ojos entrecerrados—. Solo estoy un poco triste.

—¿Por qué? —pregunto con un nudo renovado en la garganta.

—Porque Jessica me dijo que iba a llevarme con mamá… —su voz baja hasta convertirse en un murmullo apenas audible—. Dijo que conoce a mamá, porque ella también ayudaba a niños y que estaba en un sitio especial. Me pidió que no se lo contara a nadie,

porque si no… los niños se pondrían tristes. Pero… no me gustó el sitio al que me llevó. Estaba oscuro y olía mal.

Cierro los ojos con fuerza. Siento cómo la rabia vuelve a latirme en las sienes y cómo la impotencia me atraviesa el pecho como un cuchillo oxidado. Pero no digo nada. Solo la abrazo con más fuerza. Hanna le sostiene la mano con un gesto firme, y la niña la mira con ternura.

—Ahora estás a salvo —le dice Hanna—. Pero recuerda una cosa: no vas a volver a irte con nadie sin que papá y yo lo sepamos antes, ¿vale?

—Vale —dice Lily, y al minuto está dormida.

Durante un rato no nos movemos. Solo nos quedamos ahí, escuchando la respiración acompasada de la niña, respirando con ella, como si su aliento nos devolviera a la vida. No sé cuánto tiempo pasa. Minutos, tal vez una hora. Es entonces cuando noto que nuestras manos siguen enlazadas, sin ninguna intención. Solo… enlazadas.

Me giro hacia Hanna. Está con los ojos cerrados, la respiración tranquila, pero sé que no duerme. Lo noto en la forma en que sus labios se entreabren cuando siente mi mirada. Estamos tan cerca que puedo contarle las pestañas, oler su piel y sentir el calor de su cuerpo como una corriente invisible.

Nuestros rostros se acercan sin que ninguno de los dos haga un gesto claro. Es algo instintivo. Una atracción que lleva días creciendo, latiendo bajo la superficie. Mis labios rozan los suyos con una suavidad que apenas se puede llamar beso, pero es suficiente para encender una chispa. Hanna no se aparta. No suspira. Solo se queda quieta, recibiéndome, hasta que el contacto es total y nos damos un beso breve, contenido y que siento como un alivio y una descarga de todo lo que no nos hemos permitido decir. Cuando nos separamos, la realidad vuelve de golpe. Ella baja la mirada. Yo me incorporo con cuidado, beso a Lily en la frente y me levanto de la cama.

—Es tarde —digo, intentando que mi voz no tiemble, arrinconando mi deseo de ella y apretándolo fuerte para que no

salga y me deje llevar. No debemos pasar ese límite que nos complicaría la vida—. Deberías descansar.

Ella asiente y se levanta detrás de mí. Salimos en silencio al pasillo, hasta que nos detenemos frente a su puerta.

—Buenas noches —murmuro.

—Buenas noches —responde.

Observo su mano en el pomo y los labios entreabiertos, como si quisiera decir algo más, pero no pudiera. Me giro y me obligo a caminar hasta mi habitación sin volver la vista atrás.

Pero mientras me desabrocho la camisa en la penumbra, con el sonido lejano de la lluvia empezando a golpear los cristales, sé que algo ha cambiado. Que nada, desde este día, volverá a ser igual para ninguno de los tres.

Capítulo 23

Hanna

Me voy a dormir con el sabor de sus labios en los míos…, y no pego ojo. Me tumbo boca arriba en la cama, con la mirada fija en el techo, apenas iluminado por la luz tenue de la luna que entra desde el jardín. La lluvia no ha cesado y su repiqueteo suave contra los cristales acompaña el vaivén lento de mis pensamientos. No soy una mujer impresionable. Estoy entrenada para enfrentar situaciones críticas, para controlar el miedo y para proteger. Sin embargo, esta noche me resulta imposible cerrar los ojos sin ver los de Jason, húmedos y vulnerables, después de besarme.

Recuerdo el calor de su cuerpo, su olor a piel limpia y a cansancio, el temblor contenido en sus labios y su respiración entrecortada cuando nuestras bocas se encontraron en medio del silencio de la habitación. Pero sobre todo recuerdo su mirada. Esa que no se protege, que no juzga ni se esconde. Jason tiene algo en los ojos que me rompe: la verdad.

Sé lo que parece por fuera. Un empresario frío, reservado y excesivamente contenido. Un hombre que podría parecer distante incluso con su propia hija. Pero eso solo es fachada. Lo que descubrí anoche, lo que ya había empezado a intuir desde el primer día, es al verdadero Jason: un padre que se deshace por dentro, un hombre que ama con una intensidad que no muestra y alguien que ha tenido que endurecerse, porque ha perdido más de lo que cualquiera imagina y, ahora, que ha estado a punto de perderlo todo, se derrumba sin ruido.

Ese hombre… no es para mí.

No porque no lo desee. Dios sabe que lo deseo más de lo que debería. Es precisamente por eso, porque lo deseo con la parte de mí que no puedo permitirme activar. Debo alejarme para no dejar que ese impulso de ternura y deseo se convierta en algo más. Jason

pertenece a un mundo, donde no hay espacio para alguien como yo. No encajo. Jamás lo haría. Mi sitio está detrás de la puerta, con la pistola preparada, y no en una cama compartida con un millonario roto y su hija dulce como el caramelo.

Por eso, cuando el amanecer rompe entre las nubes cargadas y se cuela por las rendijas de la persiana, ya tengo la decisión tomada: hoy me voy. Ferguson ya me ha dicho que este servicio está a punto de cambiar y es mejor no alargarlo más. Otros se ocuparán de la vigilancia mientras yo me tomo unos días de descanso para olvidar a los Kellmann. Nunca un cliente se ha colado de esta manera en mi corazón.

Me levanto, me ducho con agua casi fría para borrar de la piel todo lo que no debería sentir, y bajo a la cocina. Son las siete de la mañana. Lily duerme. La señora Parker no ha salido aún de la casita del servicio interno que se ocupa de la mansión. Solo Jason está allí, de pie junto a la cafetera, con una taza entre las manos y el pelo aún desordenado.

Nuestras miradas se encuentran. No hace falta decir nada. Él sabe que no he dormido y yo sé que él tampoco.

—Buenos días —murmura, con una voz grave que aún arrastra el cansancio.

—Buenos días.

Me acerco a la encimera y me sirvo un café. No comentamos lo de anoche, ni hacemos ninguna referencia, ni siquiera en los gestos. Solo respiramos un mismo silencio denso, lleno de todo lo que no podemos permitirnos. Tomamos el café, uno frente al otro, mientras la luz sube poco a poco por las ventanas. Es sábado, pero no hay descanso para nosotros.

—A las nueve tenemos que estar en comisaría —me recuerda, cuando deja la taza sobre la encimera—. Ferguson nos espera. Han conseguido cerrar algunos datos.

—Lo sé. Me ha escrito antes —respondo.

Nos preparamos cada uno en su habitación, después de que él avise a la señora Parker de que vaya con Lily. Un agente del equipo de Ferguson llega puntual para quedarse en la casa haciendo rondas mientras estamos fuera. Lily sigue durmiendo. Antes de salir, me

asomo a su cuarto. Está enredada entre las sábanas, con la cara hundida en la almohada, apretando a su peluche con la intensidad de quien se sabe segura por fin. Le acaricio el pelo una sola vez antes de cerrar con cuidado la puerta.

En comisaría nos espera Ferguson, con el ceño fruncido y un montón de documentos en la mano, sentado junto al con el inspector Callahan.

—Hemos podido confirmar que Conrad, la pareja de Lisbeth, es en realidad un contrabandista con causas abiertas en Colombia y vínculos muy sólidos con uno de los cárteles más violentos —nos dice sin preámbulos, mientras despliega las pruebas sobre la mesa —. La ONG que creó con ella era una tapadera. La usaban para mover dinero, lavar capital y justificar actividades logísticas entre zonas rurales. Y las deudas… son reales. Millones.

—¿Y el secuestro? —pregunta Jason, con voz tensa.

—Lo organizaron él mismo y sus contactos, sin ninguna experiencia. Contrataron a la tal Jessica, cuyo verdadero nombre es Jacky Ramírez, ciudadana estadounidense con antecedentes por estafa y uso fraudulento de documentación, y al chico, Scott S., de 19 años, con problemas de drogas y antecedentes menores. Los reclutaron como señuelos. Jacky se infiltró como monitora y Scott era la vía de entrada a tu casa — nos cuenta el inspector—. Los dos dicen que solo sabían lo justo. Poco más que les pagaron y que cumplir órdenes era parte del trato para saldar sus deudas de droga. No han dicho nada más. Como les digo, unos aficionados.

—Esto no puede ser verdad. ¿Y qué pinta mi hija en todo esto?

—Lo más probable es que quisiera el dinero para pagar deudas al cartel. El caso ya está en manos del FBI y te darán noticias en cuanto resuelvan.

Miro a Ferguson con una mezcla de incredulidad y rabia.

—Tiene sentido. Lisbeth conoce la casa y sabe que podría pagar. Aun así, una idea me espanta —comento sin querer mirar a Jason—. ¿Qué clase de madre permite que su hija quede en medio de todo esto?

—Estamos tras ella. Como os digo, ya hay orden de búsqueda y captura. Si está en Colombia, no será fácil, pero no la vamos a dejar

escapar.

En el camino de vuelta a casa de los Kellmann cada uno está enredado en sus pensamientos y casi no hablamos. Jason no dice nada hasta que llegamos al garaje. Apaga el motor y se queda quieto, con las manos sobre el volante. Me mira un segundo y enseguida sacude la cabeza a un lado y otro como si quisiera sacar de su cabeza lo que sea que esté pensando.

Antes de que abra la puerta, levanto la mano para que no salga todavía.

—Jason, ya no hay razón para que siga durmiendo aquí —digo yo, adelantándome—. Me quedaré unas horas más, mientras se afianza la vigilancia, pero hoy… recojo mis cosas y vuelvo a mi casa. Mi servicio ha terminado.

Noto como una nube gris oscurece su mirada y siento que se quiebra por dentro como lo hago yo.

—No te vayas aún, por favor. Solo esta noche —responde, bajando la voz como si no pudiera decirlo más alto—. Hazlo por Lily. Solo una más.

No sé si detrás de esas palabras hay deseo o solo necesidad, si esconden el miedo a que ella despierte y yo no esté, a que vuelva a desaparecer algo de su vida y no haya nadie al otro lado de la puerta. O hay algo más, la costumbre de nuestra mutua compañía o el deseo que hace arder su mirada cuando se cruza con la mía.

Asiento en silencio, con una sonrisa que no me creo, porque dudo de que sea buena idea, aunque. en el fondo, sé que yo tampoco estoy preparada para irme.

Capítulo 24

Jason

El día avanza con una calma extraña, de esas que no terminan de asentarse del todo, porque hay algo en el ambiente que no encaja, como una melodía en la que una sola nota desafina. Lily está animada, más de lo que esperaba, quizá porque su cuerpo es pequeño y su alma, flexible. Se adapta con la rapidez que tienen los niños para sobrevivir y encontrar luz incluso entre los escombros.

Le hemos permitido invitar a una amiga del colegio a pasar la tarde. Hanna lo ha sugerido tras el almuerzo, diciendo que sería bueno que Lily volviera a tener un poco de normalidad. Acepto al instante. No puedo negarle nada a mi hija, y mucho menos después de todo lo que ha pasado.

Pasamos la tarde en el jardín. Hanna prepara una merienda en la terraza, yo saco los cojines grandes para que jueguen cómodas y pongo música suave desde el móvil. Las niñas ríen, pintan, inventan coreografías imposibles y, por un momento, el mundo se reduce a eso: dos niñas bailando al sol, sin temor, sin cargas y sin preocupaciones.

Ellas y, por supuesto, Hanna, que ha llegado como un rayo de sol a nuestras vidas.

La miro de reojo y me fijo en cada detalle. Se ha recogido el pelo en una coleta alta, que me regala la vista de su largo cuello, lleva vaqueros claros y una blusa blanca que se mueve con el viento. La veo sentada con las piernas cruzadas, vigilante y relajada al mismo tiempo, con una serenidad que me desconcierta, porque yo estoy en ebullición constante. Y no solo por lo que ha pasado. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una corriente subterránea que amenaza con desbordarse. No hablamos de lo que pasó anoche, ni de su marcha pospuesta, ni de un futuro que no nos pertenece. Pero

noto algo distinto entre nosotros y creo que ella también lo percibe; no puede ser inmune a la energía que se ha creado entre nosotros.

A última hora de la tarde, cuando las niñas ya han cenado, llega la madre de la amiga de Lily. Es de esas mujeres que se maquillan hasta para ir a recoger a su hija al cumpleaños de otro niño, con tacones que no son lo más adecuado para el césped y un perfume que permanece en el aire como una advertencia de sus intenciones. Me lanza una sonrisa amplia, que sostiene medio segundo más de lo adecuado, y me tiende la mano con gesto estudiado, rozando toda mi palma.

—Gracias por invitar a Emma. Me ha dicho que lo ha pasado genial… —su tono es tan dulce que roza lo empalagoso—. Y tú, Jason, te veo muy bien.

—Hago lo que puedo —respondo con una sonrisa educada, dando un paso atrás con naturalidad. Es obvio que no sabe nada de lo que ocurrió después del lío que se armó en el colegio, y su frase no tiene intención de animarme, sino de acercarse a mí como ya ha hecho otras veces. Desde que Lisbeth desapareció, no han sido pocas las que ha tratado de ocupar su lugar en mi cama.

Ella se ríe ante mi respuesta, se inclina para besar a su hija, dejando a mi vista su generoso escote, y me lanza una última mirada como si me hubiera dejado una tarjeta de visita invisible en el bolsillo del pantalón. Cuando por fin se va, suspiro y me paso la mano por la nuca, incómodo por lo difícil que me resultan estas escenitas que no busco.

—Puedes irte con ella si quieres —dice Hanna, que ha presenciado la escena desde la puerta de la cocina, con una sonrisa llena de ironía—. Yo me quedo con Lily. Seguro que está deseando darte las gracias de muchas maneras —añade con una caída de pestañas teatralizada, que me hace perder el equilibrio interno.

Me giro hacia ella y me cruzo de brazos, disfrutando más del tono sarcástico de su voz.

—No me hace falta —respondo con lentitud—. En casa tengo todo lo que deseo.

La expresión le cambia en un segundo. La veo parpadear, sorprendida por mi frase, y cómo el rubor le sube a las mejillas antes

de que consiga fingir que no le ha afectado. Esa respuesta física me provoca un cosquilleo en la base del estómago. Porque sé lo que he dicho y sé lo que ha entendido. Y no me arrepiento.

Cenamos tarde, cuando Lily ya duerme. La señora Parker se ha marchado al pueblo a pasar el fin de semana y la casa está en silencio. Hanna y yo nos quedamos en la cocina, con una copa de vino y dos platos de pasta que improviso sin grandes pretensiones. Ella me observa mientras cocino, recostada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada.

—No sabía que cocinabas tan bien —dice al probar el primer bocado.

—Solo cuando tengo invitadas que lo merecen, aunque, como ves, mi recetario es un tanto infantil —respondo, mirándola de reojo —. Suelo cocinar platos sencillos con Lily cuando la señora Parker libra.

Ella sonríe, sin bajar la mirada. Esa sonrisa no tiene defensa, ni trampa. Es tan sincera que me acelera el corazón y me seca la garganta.

Durante la cena hablamos poco, sobre todo le pregunto por anécdotas de su trabajo, tan poco usual entre mujeres.

—¿Cómo se te ocurrió hacerte escolta?

—Dicho así, parece que me haya levantado un día con la decisión tomada, pero nada más lejos de la realidad. La verdad es más cruda que eso.

—¿Me la cuentas? —quiero saberlo todo de ella, pero no la forzaré a que me cuente lo que no quiera.

—No es algo de lo que me guste hablar. Te lo resumo. A Ferguson lo conocí hace muchos años en el gimnasio. Un día le pregunté si podía ayudarme a proteger a mi hermana víctima de *bullying* en el colegio. Él entonces estaba empezando con la agencia de seguridad y me dijo que lo haría como entrenamiento, sin cobrar, puesto que sabía que no podía pagarle. Entonces, yo era estudiante de periodismo y trabajaba en la cafetería del campus. La historia fue que llegamos tarde. Mis padres vivían en Nueva Jersey y cuando llegamos a la puerta del instituto, vimos mucho revuelo. Mi hermana se había suicidado. Ferguson se quedó tan en *shock* como yo y fue

él quien me animó a formarme para proteger a las mujeres y niñas que le pidieran sus servicios. Muchas mujeres prefieren llevar a otra mujer, y otras veces necesitan de nosotras para vigilar en zonas donde no entran los hombres. Así que, soy periodista de formación, pero la vida me hizo escolta.

—Vaya, siento mucho lo de tu hermana. Esas cosas marcan. Ahora entiendo muchas cosas de ti.

—¿Cómo por ejemplo?

—La ternura con la que tratas a Lily, la incomprensión que te supone la actitud de su madre…, no sé.

—Recuerdo que dudaste de que fuera mujer cuando me presenté.

—Cierto. No me esperaba a alguien como tú…

—¿Cómo yo? —me presiona.

—Sí, tan… femenina y guapa.

Hanna suelta una carcajada.

—Vale, vale, sois todos iguales. Esperáis a un hombre o a una tía que parezca tío. Entiendo.

Noto como me sube los colores, porque tiene razón.

—Lo admito, me dejé llevar por los prejuicios. Solo puedo decirte que me alegro de que te quedaras con nosotros, de que hayas sido tan buena influencia para Lily y de que seas la mejor escolta que haya podido imaginar. Gracias por hacer tan bien tu trabajo.

Alzo mi copa de vino para brindar y ella la choca con una sonrisa traviesa.

Hanna sostiene la copa con delicadeza y se humedece los labios antes de cada trago, de una manera tan seductora que hace que me cueste apartar la vista. Yo no soy hombre de improvisar sentimientos, ni de lanzarme sin red, pero con ella… todo es distinto. Por una parte, todo parece muy natural, y eso me gusta, pero por otro…, es peligroso.

Brindamos de nuevo, casi sin querer, cuando nos damos cuenta de que hemos sobrevivido a la peor semana de nuestras vidas. Nuestras copas chocan con un sonido seco, y durante un instante, solo hay vino, miradas y una carga eléctrica que tiñe el aire de deseo contenido.

—Por la calma —digo yo.

—Y porque dure —añade ella.

Nuestros dedos se rozan al dejar las copas sobre la mesa y acaricio su índice con el mío. Ella no retira la mano. Nos une un contacto leve, un roce tonto que me hace preguntarme qué pasaría si me levantara ahora mismo y me inclinara sobre ella para atrapar su boca con la mía. Si la besara como sé que quiere que la bese y como sé que quiero besarla desde hace días, creo que ya no habría vuelta atrás, no podría parar.

Por eso no lo hago, aunque de nuestras miradas salga un brillo ardiente, aunque sienta que me come con los ojos, sé que no debemos cruzar esa línea.

La noche es larga y, aunque ella diga que mañana se va, sé que esta noche todavía es nuestra.

Capítulo 25

Hanna

El roce de sus dedos me recorre entera. No es una caricia deliberada ni una insinuación grosera, sino ese tipo de contacto que parece casual, pero que en realidad contiene toda la intención del mundo. Jason acaricia mi índice con el suyo como si fuera un gesto natural, inevitable. Y lo cierto es que lo es. Lo siento tan profundamente que me estremezco. El contacto es leve, apenas perceptible, pero se cuela bajo mi piel como una corriente lenta y cálida, y se extiende por mi brazo hasta instalarse en la boca del estómago, donde algo se enciende. El deseo se concentra en mi vientre, que siento cálido y líquido.

Me quedo inmóvil durante un instante. No quiero moverme, ni romper este momento que es tan frágil y lleno de posibilidades. Pero también sé que no podemos. No debemos. Porque una vez que crucemos esa línea, no habrá marcha atrás, y nuestras vidas no están diseñadas para eso. Ni las suyas, ni mucho menos la mía.

Retiro la mano con suavidad, no porque quiera rechazarlo, sino por necesidad. Suspiro bajito, lo justo para romper el embrujo, y me incorporo con calma.

—No deberíamos… —le digo sin mirarle de frente, porque si enlazamos las miradas será más difícil separarme de él. Me levanto y recojo los platos, ocupando mis manos con gestos mecánicos para enfriar los impulsos que me arden en la piel.

Camino hacia la cocina, concentrada en los sonidos del agua al correr, y el roce de la cerámica contra la encimera. Los latidos de mi corazón retumban demasiado alto entre mis costillas. Jason aparece a los pocos segundos, sin hablar, y me alcanza los cubiertos, la bandeja del pan, el resto del vino. Nos movemos juntos con una armonía inquietante, como si el deseo no acabara de disiparse,

como si se hubiera instalado entre nosotros con forma de aliento contenido.

Cuando volvemos al salón, la escena ya ha cambiado. Las luces son más cálidas, el reloj marca la medianoche y todo el entorno parece dormido, menos nosotros. Me acerco a la cristalera que da al jardín y me detengo ahí, apoyada con una mano en el marco, contemplando la noche. El jardín está sumido en sombras, pero la luna proyecta su reflejo sobre el césped mojado y sobre las hojas que tiemblan con la brisa. El aire es fresco, limpio y sereno, justo lo que necesito para ordenar lo que siento.

Jason se acerca en silencio, se sitúa a mi lado, sin decir palabra. Nuestros brazos se rozan y marcan una línea sutil que se convierte en el centro de todo. Su cercanía me embriaga, no solo por el calor que desprende su cuerpo, sino por todo lo que representa. Su presencia no me impone, tampoco me arrastra, ni me fuerza, solo está. Y eso hace que mis piernas flaqueen y mi corazón suspire de deseo.

Siento su respiración junto a la mía, rítmica y cada vez más agitada. Como si también le costara mantenerse quieto, porque sé que le está ocurriendo lo mismo que a mí.

Me giro para decirle que me voy a dormir, que es mejor que paremos aquí, que mañana será otro día y que aún no hemos superado del todo lo que pasó con Lily. Pero no llego a decirlo, porque cuando me vuelvo hacia él, Jason ya está demasiado cerca, mirándome con una intensidad que no necesita palabras. Y antes de que pueda pensar, antes de que pueda evitarlo o invocar a la cordura, me besa.

Su boca se posa sobre la mía con una delicadeza firme, como si llevase días deseando este momento y ahora lo confirmara con cada milímetro de contacto. Yo debería apartarme. Debería decir que no. Pero no lo hago. En lugar de eso, le correspondo. Abro los labios y lo recibo, le beso de vuelta con la misma hambre que él, con el mismo peso acumulado de tantas miradas contenidas, tantas noches velando por su hija y deseando algo que no podía tener.

El beso se vuelve más profundo. No hay prisa por devorarnos, ni la impulsividad que hemos detenido estos días atrás, pero tampoco

existe la duda de que ambos queremos lo mismo. Se aferra a mi cintura con las dos manos y me atrae hacia él, mi cuerpo encaja contra el suyo como si fuéramos piezas pensadas para estar juntas. Le rodeo el cuello con los brazos y siento cómo su piel arde bajo mis dedos, cómo su espalda se tensa al contacto y su deseo crece al mismo ritmo que el mío.

—No deberíamos… —susurro contra sus labios, aunque mi cuerpo dice todo lo contrario.

—Lo sé… —murmura él, antes de volver a besarme.

Ya no podemos parar, sabía que sería así y me maldigo por dentro. No podemos detenernos cuando nos hemos pasado días enteros construyendo esta tensión, sosteniéndola como quien camina sobre una cuerda floja. Nos une un deseo que no puedo frenar cuando me ha mostrado que detrás del traje impecable y del control absoluto hay un hombre roto, honesto, tierno y valiente.

Nos besamos con hambre, con una necesidad que va más allá del deseo físico. Es una forma de decirnos que seguimos vivos, que resistimos, que hemos encontrado un refugio en medio de todo el caos de los últimos días y que va más allá del consuelo. Es una necesidad primitiva de poseernos. Él me alza ligeramente y me lleva hasta el sofá, sin dejar de besarme, sin dejar de acariciar cada centímetro de mi piel que se le pone al alcance.

Me tumba con cuidado, como si tuviera miedo de romperme. Pero no estoy hecha de cristal. Estoy hecha de noches como esta, de heridas que cicatrizan con pasión, de amores que nunca se dicen en voz alta, pero que se graban en la piel como tatuajes invisibles.

Nos desnudamos con lentitud, con una especie de reverencia y ansia por descubrirnos tal y como somos, sin ropajes ni etiquetas. Él explora mi cuerpo como si fuera la primera vez que toca a alguien sin miedo, y yo le respondo con la misma entrega, recorriéndole con los labios, con las manos, con los gemidos que me arranca sin esfuerzo. No hay oscuridad en este deseo. Solo luz y el fuego que nos quema.

Jason pone una mano a cada lado de mi cuerpo y me mira a los ojos. Mi mirada reclama su lengua sobre mi piel y, como si me leyera, eso hace. Me besa debajo de la oreja y desde ahí recorre mi

cuerpo, saboreándolo despacio. Con cada centímetro que cubre con sus labios, siento que me humedezco más y mi cuerpo lo reclama con desesperación, lo que provoca que me arquee y jadee. Jason lo percibe y baja las manos hacia mis caderas, sin dejar de besarnos, y me aprieta con firmeza. Sin abandonar mi boca, me separa las piernas con la rodilla y aumenta mi deseo al rozar mi centro con su erección. Un gemido sale de mi boca y él sonríe, complacido. Separa sus labios de los míos para lamer mis pezones, que lo reciben duros, primero uno y luego otro, mientras dirige la mano a mi vértice. Recorre mis pliegues con lentitud, recreándose en ellos, y provocándome jadeos que reclaman más fricción. Subo las caderas buscando su mano. Jason roza mi clítoris con el pulgar e inicia un movimiento circular y desgarrador, a la vez que introduce dos dedos dentro de mí, buscando mi placer mientras me deshago como una madeja que se suelta en el aire. El orgasmo no se hace esperar. Era tanto lo que bullía dentro de mí que ha prendido la mecha demasiado pronto.

Vuelve a buscarme con la mirada y me besa de nuevo. Nuestras lenguas inician un baile sensual que me devuelve la excitación. Llevo las manos a sus nalgas y aprieto para sentir su dureza sobre el clítoris, él se mueve acariciándome con ella.

—Me gusta este recibimiento —me dice al notar mi humedad que le abre paso al goce que le espera.

Cuando por fin me penetra, y nuestros cuerpos se funden en uno, me doy cuenta de que esta noche no es solo una tregua. Es un salto al vacío del que, de momento, no me arrepiento. Mañana será otro día.

No quito las manos de sus glúteos para sentir en mis palmas como se contraen y se relajan con cada embestida. Su pecho sube y baja y nuestras caderas emiten un chasquido cada vez que se separan y se vuelven a juntar. Le miro a los ojos y solo veo su mirada ardiente, algo perdida, y le arranco un intento de sonrisa que se consume en un beso seguido de jadeos. Entonces se para, sin salir de mí, me coge de la cintura para girar sobre nosotros mismos y me quedo a horcajadas sobre él. Es mi momento amazona y lo cabalgo sin dejar de mirar sus ojos que brillan de placer. Subo y bajo

con fuerza y avidez a un ritmo que le provoca el clímax unos segundos después que a mí. El orgasmo es tan potente que ha gritado mi nombre y lo ha ahogado en un jadeo que me deja más que satisfecha. Me gusta provocar eso en un hombre que me atrae más que por un polvo. A los rollos de una noche no les digo como me llamo y echaba de menos escuchar mi nombre durante un orgasmo. Sonrió, feliz.

Me inclino sobre él y apoyo mi cabeza en su pecho sin que todavía haya salido de mí. El corazón le bombea fuerte y enérgico. Jason me acaricia la espalda y besa mi pelo.

—Quédate, Hanna —susurra sin dejar de tocarme—. Esto ha sido increíble.

Levanto la cabeza para besarle los labios.

—Solo esta noche, como te prometí.

La tristeza nubla sus ojos, o eso me lo parece a mí, y me deja con un nudo en el pecho que no sé cuanto tiempo me va a costar deshacer.

Capítulo 26

Jason

El domingo tiene un aire extraño, como de despedida anunciada. Hanna y yo no hablamos de lo que ocurrió anoche, ni de lo que arde por debajo de cada palabra que intercambiamos, pero lo noto en cada uno de sus gestos, en cómo evita rozarme y en cómo su mirada se escapa cuando nuestros ojos se encuentran. Ella ya ha tomado una decisión. Lo intuyo y, aunque no quiero aceptarlo, empiezo a prepararme para su marcha.

Cuando amaneció entre mis brazos, en la cama en la que no había estado ninguna mujer desde Lisbeth, me pareció vivir un sueño. Hanna remoloneó al darle un beso en el pelo. Me embelesé viendo su rostro tranquilo, sin la máscara de tensión y seriedad que muestra cuando trabaja. Es tan guapa que hasta me duele mirarla. Pero más duele aún saber que no es para mí. En cuanto abrió los ojos despacio y me vio, primero me regalo una sonrisa, pero enseguida su expresión fue de agobio. Se levantó apresurada y se perdió en la habitación que ha ocupado hasta hoy.

El día es aparentemente tranquilo, para quien no conoce ese tipo de silencio que solo se instala después de haber atravesado una tormenta. El sol entra tamizado por las cortinas del salón, y derrama su luz sobre la alfombra e invade el entorno de calma. Lily juega en el suelo con sus muñecas, inventando historias en voz baja, mientras Hanna y yo compartimos un café en la mesa de la cocina, sin prisas ni agendas, como si el tiempo se hubiera detenido por unas horas para darnos un respiro.

Hanna lleva el pelo suelto y una camiseta gris que le cae sobre un hombro. Está descalza, y la naturalidad con la que se mueve por mi cocina, como si fuera suya, me provoca un torbellino de sensaciones que no sé cómo parar. Pero no digo nada. No quiero romper esta especie de tregua que se ha instalado entre nosotros.

La observo mientras recoge los platos del desayuno, cuando ayuda a Lily a ordenar sus cosas y, después, cuando camina por el pasillo con paso firme y elegante. La escena parece armoniosa, pero no lo es, porque todo en mí sabe que su marcha es inminente.

Cuando el agente que sustituye al de la noche llega al puesto exterior y se confirma que el perímetro está asegurado, Hanna empieza a recoger sus cosas. Lo hace sin anunciar nada, sin romper la calma de la mañana, aunque por dentro yo viva una revolución.

Nos despedimos en el recibidor mientras ella revisa por última vez su mochila y comprueba que no olvida nada. Lily, ajena al trasfondo emocional que se respira en la casa, aparece con un libro en la mano, esperando que alguien se lo lea. Cuando Hanna le explica que tiene que marcharse, la niña parpadea, confundida, y enseguida sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Te vas? —pregunta en un hilo de voz.

—Solo por un tiempo, cielo. Volveré a verte muy pronto —responde Hanna, agachándose para quedar a su altura.

—Eso mismo dijo mi mamá —dice Lily, y la frase, tan sencilla y devastadora, se me clava como una espina en mitad del pecho.

Hanna la abraza con fuerza, acariciándole el pelo y murmurándole que es distinto, que ella sí cumplirá su palabra, porque vive cerca y no se va fuera del país. Pero Lily no dice nada más. Solo la mira como si ya supiera que los adultos no siempre cumplen las promesas.

Cuando la niña vuelve al salón, dejo que el silencio se acomode entre nosotros durante unos segundos más. Quiero decir algo, retenerla de alguna forma, pero me cuesta. Al final, me atrevo:

—¿Y si quisiera contratar tus servicios de forma indefinida?

Hanna se gira hacia mí con una sonrisa que no se refleja en la opacidad de su mirada.

—No creo que sea posible. Además, necesito vacaciones. Reales, sin amenazas, sin pistolas ni misiones encubiertas —responde mientras se cuelga la mochila al hombro.

—Podríamos tomarlas juntos.

—Tampoco creo que eso sea buena idea —dice sin brusquedad, pero con firmeza.

No insisto, porque sé que esta relación no es posible. Solo balbuceo un «lo entiendo», mirando al suelo para disimular la punzada de decepción que me atraviesa. Pero en mi interior, el deseo de no dejarla marchar sigue latiendo, agazapado y firme. La acompaño hasta la puerta sin añadir nada más. Afuera le espera el coche de la agencia, con su compañero ya al volante. Hanna se vuelve hacia mí para, supongo, despedirse y entonces, en el mismo instante en que le tiendo la mano, mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco con desgana, pero al ver el remitente, se me hiela la sangre.

El mensaje no tiene apenas preámbulo. Solo un párrafo cargado de palabras que se me clavan como estacas una a una:

«*He pensado mucho, Jason. Te pido perdón por todo lo que os he hecho. Estoy arrepentida. Quiero recuperar a nuestra hija y volver contigo, a casa, que volvamos a ser una familia. Podemos hacerlo. Podemos empezar de nuevo. Os quiero. Lis*»

Me quedo inmóvil y ladeo el móvil para que lo lea. La expresión me cambia sin que pueda evitarlo. Hanna lo nota de inmediato, me mira a los ojos con una pregunta en ellos que no respondo, y en ese segundo compartido hay más verdad de la que ninguno se atreve a decir. Me acerco, y ella también. Nos abrazamos con fuerza, sin que ninguno sepa si se trata de una despedida temporal o de un adiós definitivo.

Rozo su mejilla con los labios, en una caricia lenta y larga, más llena de lo que debería decirse con un beso así. Pero no hay palabras, solo una entrega contenida. Luego Hanna sube al coche y la puerta se cierra.

La veo alejarse con el corazón encogido, con la certeza de que algo muy importante acaba de irse con ella. Mientras el coche desaparece calle abajo, me quedo quieto, con el móvil en una mano y un huracán silencioso creciendo en el pecho. Porque Lisbeth ha escrito. Pero Hanna... Hanna se ha llevado algo que no sé si voy a poder recuperar.

Capítulo 27

Hanna

El coche avanza en silencio por las calles mojadas, mientras contengo el llanto a base de respiraciones largas y el gesto fijo en la ventanilla. No quiero hablar, ni que Smith se dé cuenta de cómo estoy. Tampoco quiero consuelo. Solo necesito llegar a casa antes de que la grieta, que se ha abierto en mi pecho, termine de resquebrajarme.

Smith, mi compañero, que lleva años en esto y conoce los silencios tanto como los protocolos, no insiste. Mantiene ambas manos en el volante y los ojos en la carretera, pero, cuando se detiene frente a mi portal, se gira apenas unos grados para mirarme con una expresión que mezcla comprensión y advertencia.

—Te he notado distinta —dice, con ese tono bajo que reserva para cuando no quiere imponer, solo sugerir—. Más… no sé, abatida. Sé que te has implicado más de la cuenta en este caso. No es lo habitual en ti.

No niego nada. No tiene sentido hacerlo, pero tampoco me expongo.

—Lily —respondo, simplemente—. Me ha conquistado. Supongo que es inevitable después de tantas horas juntas. Ya sabes, es la primera vez que duermo con mi cliente —bromeo—. Han sido muchas noches de miedos compartidos. No ha sido como otros casos, ¿sabes? Nunca había protegido a una niña así de dulce, lista… vulnerable de un modo que desarma.

Él asiente despacio, pero su expresión no se suaviza.

—Precisamente por eso debemos ser precavidos. No solo protegemos cuerpos, Hanna. Protegemos también nuestra mente. Si cruzamos esa línea emocional, empezamos a dejar huecos. Y si dejas huecos, alguien puede entrar por ellos.

—Tienes razón —respondo, porque sé que la tiene—. Pero a veces no se elige. A veces ocurre. Y ya está. Tendré que ocuparme de que no vuelva a pasar. Gracias.

Él me mira, con preocupación, y cambia de tema.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Me encojo de hombros sin mirarlo.

—No lo sé. Ya veremos. Tengo que hablar con el jefe, pero solo me apetece descansar.

Él no insiste. Me desea descanso y se marcha. Me quedo en la acera, viendo cómo el coche se aleja entre los edificios grises del barrio y, entonces, por primera vez en todo el día, me permito cerrar los ojos con fuerza. No lloro todavía, pero la tensión se acumula en mi pecho como una piedra sumergida que no termina de hundirse.

Cuando entro en casa, el contraste me golpea de inmediato. Está todo tal como lo dejé, pero me resulta ajeno. El aire en mi apartamento parece haberse estancado. La temperatura es baja y las cortinas están cerradas, como si la vivienda misma hubiera permanecido en pausa desde que me marché. Dejo la mochila en la entrada, me quito los zapatos sin pensar, y me dedico a recorrer el piso sin rumbo, encendiendo luces, abriendo ventanas, quitando el polvo de los marcos, regando las plantas que han empezado a inclinarse con melancolía.

Hago todo eso sin detenerme, como si el movimiento pudiera expulsar el torbellino que llevo dentro. Pero no funciona. Porque, por mucho que lo intente, no consigo dejar de pensar en él. En Lily. En esa casa donde, sin quererlo, empecé a sentirme parte de algo que nunca fue mío.

Además de todo eso, otro pensamiento me martillea incesante: ¿Y si vuelve Lisbeth? ¿Y si realmente está dispuesta a recuperar a su hija, a reconstruir una versión familiar con ese hombre que yo he empezado a desear de una forma que no me atrevo a nombrar? ¿Qué he sido yo en esta historia? ¿Un recurso útil? ¿La presencia temporal que lo sostuvo cuando todo parecía caerse a pedazos? Me niego a convertirme en eso. Me niego a haber servido solamente de consuelo… pero no estoy segura de que no lo haya sido.

Después de todo, Jason Kellmann no es un hombre fácil. Tampoco es un hombre libre. Y aunque haya instantes en los que supe que sentía algo por mí —porque nadie mira así a alguien que no le importa—, lo cierto es que su vida está llena de capas, de silencios y de ataduras. Y yo, por mucho que me duela, no pertenezco a ese mundo. Nunca he sido la mujer que se queda. Siempre he sido la que protege, la que llega, actúa y desaparece. Quizá eso no deba cambiar.

El móvil suena desde el pasillo. Veo que es Ferguson y lo cojo sin pensar.

—¿Todo bien? —pregunta él, con el tono directo que acostumbra, sin adornos.

—Sí. Ya estoy en casa.

—¿Seguro que estás bien? Te noto… no sé, baja de energía.

—Es normal. Han sido días intensos —respondo, conteniéndome —. Necesito parar un poco, si te parece bien. Voy a tomarme unos días libres. Quizá haga un viaje para cambiar de aires.

—Lo entiendo. Te los has ganado; no has tenido ni un día libre en semanas. Pero no cierres la puerta del todo. Me refiero a este caso.

—¿Qué caso? ¿La familia Kellmann?

—Sí. No todo está cerrado todavía, Hanna. Lo sabes. Lisbeth ha contactado en Kellmann, y él…

—Lo sé. Pero también sé cuidarme, jefe. Necesito tiempo para descansar. Nada más.

Nos despedimos sin promesas. Cuando cuelgo, me quedo mirando la pantalla oscura del móvil como si esperara un mensaje que no llega. Entonces, por fin, me permito soltar el aire que he contenido desde que salí de aquella casa. El pecho me duele, pero los ojos siguen secos. No voy a llorar.

Capítulo 28

Jason

Han pasado tres semanas desde que Hanna se marchó, y la casa vuelve a estar demasiado tranquila. Siento un vacío extraño, cargado de ausencias, y un silencio que se adhiere a las paredes como una niebla persistente. Se cuela por los rincones donde antes vivían las voces, las miradas compartidas y las risas que intercambiábamos con algo de sonrojo en las mejillas. Uno no sabe cuánto necesita esas pequeñas presencias hasta que dejan de estar. Entonces, todo se vacía.

Desde que cerró la puerta tras ella aquella mañana, no he vuelto a saber nada. El número de móvil que me dio estaba vinculado a su agencia, y lleva apagado desde el día siguiente. No tengo el personal, ni conozco otra manera de contactarla. Solo me queda esperar a que sea ella quien decida aparecer, si es que alguna vez lo hace. Y mientras tanto, la vida continúa, aunque se me atragante a cada paso.

Trabajo desde casa más que nunca, aunque a veces me encierro en la oficina solo para no escuchar el eco de mi propio agotamiento. La casa está protegida aún, con un agente vigilando las veinticuatro horas en el exterior, pero todo eso, ahora, parece irrelevante. La amenaza ya no está y el miedo se ha transformado en ausencia.

Lily pregunta por Hanna casi cada día. A veces lo hace sin rodeos —«¿Cuándo va a volver?»—, y otras lo insinúa en gestos que duelen más que las palabras: pone un plato extra en la mesa, pregunta si puede dejarle un dibujo en su cuarto, o se cuela en mi cama en mitad de la noche, porque dice que ha soñado que Hanna estaba aquí, pero que no podía encontrarla.

—¿No va a volver nunca? —me ha preguntado hace apenas dos noches, con la cabeza apoyada en mi hombro mientras yo le leía su cuento favorito por enésima vez.

No he sabido qué decir, porque no quiero mentirle, pero tampoco puedo prometerle algo que no sé si ocurrirá. Le he dicho que Hanna se ha ido unos días, que necesitaba descansar, y que seguro que piensa en ella tanto como nosotros. Pero ni yo me creo mis propias palabras, porque la verdad es que no lo sé. No tengo ni idea de si volverá y no sé si quiere hacerlo. Y eso me está volviendo loco.

Por las noches, cuando la casa duerme, es cuando más la echo de menos. No solo su cuerpo, también su voz grave pero suave, su andar silencioso, sus ojos capaces de desarmarme sin un solo gesto. Me falta cuando pienso en ella y la sangre se acumula en una erección que duele. Quiero olerla de nuevo, besarla y hacerla mía una y otra vez, y que aquella noche no sea la última.

He puesto en marcha el proceso legal contra Lisbeth. Por primera vez, sin titubeos, he formalizado la demanda de custodia completa y la petición de una orden de alejamiento de Lily. Durante años me aferré a la esperanza absurda de que tal vez volvería, de que encontraría una manera de explicar lo inexplicable. Nunca le conté lo del divorcio ni a Lily ni a nadie. No porque creyera que había una reconciliación posible, sino porque no quería romperle esa ilusión infantil de que sus padres, aunque distantes, aún estaban unidos por algo más que el recuerdo.

Pero ya no más.

Una tarde, mientras merendábamos en la cocina, le tomé las manos con suavidad y le expliqué que mamá y papá ya no estaban juntos, que lo habíamos decidido hacía tiempo, aunque no se lo hubiéramos contado hasta ahora. Que ella no tenía la culpa de nada y que, aunque mamá hubiera tomado decisiones equivocadas, la queríamos mucho y haríamos todo lo posible para que estuviera a salvo.

Lily no lloró. Solo bajó la mirada y dijo muy bajito:

—¿Entonces por eso se fue? —Las palabras me ardían en la garganta, sin llegar a responder nada que la pudiera consolar.

Hoy, por fin, he recibido una llamada del inspector Callahan.

—Ya la tenemos —dice, sin más rodeos—. Han detenido a Lisbeth en Colombia, junto a Conrad. Estaban escondidos en una propiedad rural cerca de Medellín, sin documentación en regla. Tenemos la confirmación del gobierno colombiano para la extradición. En unos días estarán aquí.

La noticia me deja helado. Todas las suposiciones se han convertido en realidad.

Me sorprendo no porque no lo esperara, pues sabía que tarde o temprano los atraparían. Sino porque la posibilidad de tener a Lisbeth de nuevo en este país, enfrentándose a cargos penales, supone también enfrentarme a todas las emociones no resueltas que ella me dejó tras su marcha. Pero lo que más me inquieta no es el juicio, ni la prensa, ni la presión mediática que sin duda vendrá después. Lo que me inquieta es Lily.

¿Qué pasará cuando sepa que su madre está cerca? ¿Querrá verla? ¿Podrá perdonarla?

Me paso la mano por la nuca y miro por la ventana. El jardín está cubierto de hojas secas, como si el otoño hubiera decidido adelantarse al verano este año, o soy yo el que lo siente así. Nada se mueve. Todo se ha detenido en una pausa que no sé cómo cerrar y, en medio de ese paisaje detenido, la ausencia de Hanna pesa más que nunca.

No sé si le habrán informado de que Lisbeth ha sido detenida, pero me gustaría decírselo, saber qué piensa y si sigue sintiéndose parte de esta historia, aunque solo sea un poco. Me gustaría, sobre todo, volver a escuchar su voz y sentir el roce de su piel sobre la mía. Pero el teléfono sigue en silencio. Y yo me siento completamente solo, por primera vez en mi vida.

Capítulo 29

Hanna

Carmel-by-the-Sea me acoge como se recibe a los heridos: sin preguntas ni juicios y con esa belleza serena que no necesita demostrar a nadie. Nada en este lugar me exige que sonría, que explique por qué camino sola, ni que disimule la forma en que me pierdo en mis propios pensamientos. Aquí todo respira calma. Desde las casas de tejados inclinados que parecen salidas de un cuento hasta las galerías de arte con cristales empañados por la brisa del mar. El viento huele a sal, a cipreses y a flores silvestres y, aunque debería reconfortarme, hay algo en esa perfección que me hace sentir todavía más desplazada.

Pasé una semana en mi piso organizando el viaje antes de venir. He alquilado para dos semanas una casa pequeña, blanca, con contraventanas color lavanda y un porche cubierto de buganvillas que se asoman con descaro por la balaustrada. Tiene suelos de madera clara, una chimenea que enciendo cada noche, aunque no haga frío, y estanterías llenas de libros que he sacado varias veces, solo por tener algo que ordenar. Paso los días saliendo a caminar sin rumbo, con el móvil apagado en el bolsillo y los auriculares colgando como si el simple gesto de no usarlos bastara para acallar el ruido del mundo.

Por la mañana me despierto temprano, abro las ventanas y dejo que el sonido del mar invada cada rincón. Camino hasta la playa descalza, con los pies enterrándose en la arena húmeda y el viento despeinándome sin compasión. Me siento frente a las olas durante horas, observando cómo rompen en la orilla con la constancia de quien no necesita aplauso ni descanso. Podría decir que estoy

encontrando paz, pero sería mentir. Lo que estoy haciendo es esconderme. De mí y de todo lo que he dejado atrás.

Pienso en Lily más de lo que me atrevo a confesar, incluso a mí misma. En cómo se le curvaban los labios cuando intentaba decir palabras nuevas, en su risa ágil y su manera de agarrarme la mano como si lo hubiera hecho toda la vida. Su voz me aparece en medio de cualquier calle tranquila, como un eco que no he logrado apagar. Me descubro buscando cosas que le habrían gustado: postales con unicornios, galletas de colores y libros con princesas valientes. Tuve que contenerme para no comprarle una cometa, como si de verdad fuera a volver a verla al día siguiente.

De Jason me cuesta más hablar, incluso en mis pensamientos. Es un nudo que no logro que se desate. Aparece de repente en mi memoria, como una ráfaga, cuando menos lo espero. Lo evoco en el café de la mañana y me veo en su cocina compartiendo el desayuno, y también cuando la luz de la tarde entra por la ventana, con la misma tonalidad que en el salón de su casa. Pero sobre todo, recuerdo su voz en la penumbra, la forma en que sus dedos me rozaban con más intención de la que decía, los silencios cargados de deseo, y también esa mirada suya que se permite debilidades solo cuando piensa que nadie lo observa, pero que yo, como buena escolta, lo veía hasta cuando él no se percataba.

He estado a punto de llamar a Lily muchas veces. He tenido el teléfono en la mano, el número marcado, y la respiración contenida. Pero algo me detiene siempre. El miedo, tal vez, a lo que pueda encontrar, a que Lisbeth haya vuelto o a escuchar su voz y que mis muros vuelvan a resquebrajarse. Sé que mi sitio no está con él y temo descubrir que lo que ocurrió entre nosotros fue solo el resultado de la tensión, del encierro y de una cercanía forzada por las circunstancias. Me digo que es mejor así. Que las cosas, a veces, tienen sentido solo mientras duran. Pero por las noches, cuando me acuesto y el silencio se instala con esa firmeza que solo conocen quienes han vivido demasiadas batallas, me cuesta más fingir. Echo de menos su voz, la forma de decir mi nombre, sobre todo cuando le atravesaba un orgasmo. Recuerdo su manera de mirar a Lily como si en ella estuviera todo lo que le quedaba de fe en el mundo, y mi

corazón da un salto. Añoro la casa, el jardín y la extraña paz que sentí al saberme útil para alguien que no esperaba que lo fuera. Echo de menos pertenecer a algún lugar.

Un día, mientras desayuno en el porche con un té entre las manos y las piernas cubiertas por una manta de lana, suena el móvil. Cuando veo el nombre de Ferguson sé que algo ha pasado porque habíamos pactado dos semanas de vacaciones.

—¿Dónde estás? —pregunta sin preámbulos, como siempre.

—En la costa —respondo sin rodeos y sin dar datos exactos de mi paradero, porque sé que él no llama por cortesía ni para ponerse sentimental.

—Han atrapado a Lisbeth —dice con voz seca, pero con una nota de alivio que no intenta ocultar—. A ella y a Conrad. Estaban en Colombia, escondidos en una finca al sur del Valle del Cauca. La policía local los entregó al FBI y ya está en curso la solicitud de extradición. Parece que no volverán a pisar la calle en mucho tiempo, aunque aún falte el juicio que determine el alcance de la pena.

Cierro los ojos y contengo la respiración. Siento cómo la noticia me recorre como una descarga eléctrica por el alivio de saberla detenida, y también porque la justicia por fin parece activarse. Pero sobre todo por lo que implica, desde que Lisbeth no volverá con Jason, hasta por el inevitable retorno de todo aquello que había empezado a enterrar.

—¿Y ahora qué? —murmuro, sin saber si pregunto por la parte legal o por mi propia vida.

—Eso lo decides tú. Pero pensé que debías saberlo.

Asiento, aunque él no puede verme. No digo nada más. Ferguson tampoco.

—¿Estás lista para volver? —pregunta, sin rodeos, sabiendo que esa palabra contiene más que una simple ubicación. Aunque no le he contado nada de lo que hubo entre Jason y yo, mi jefe me conoce desde hace años y me lee sin tener que decirle que lo que sospecha es cierto. Porque sé que se lo imagina, pero tiene el buen gusto de no preguntar.

Tardo en responder. Porque parte de mí ya ha emprendido el viaje de regreso, mientras otra se resiste con uñas y dientes a volver a un lugar, del que sabe que puede salir herida. No sé si soy capaz de enfrentarme a la posibilidad de ser solo un recuerdo para ellos, y me incomoda llegar a su casa como una visita, como alguien que estuvo y ya no está.

—Lo pensaré —respondo al fin.

—Comunícamelo cuanto antes. Es probable que tengas que testificar en el juicio, tenlo en cuenta.

Me despido sin asegurarle nada y cuelgo antes de que la voz me tiemble.

Nos hemos despedido como si nos hubiéramos visto el día anterior. Dejo el móvil a un lado y me quedo sentada en el porche, con la taza fría entre las manos, mirando el horizonte con los ojos entornados. A lo lejos, las olas rompen con un ritmo hipnótico que no entiende de ausencias ni de preguntas sin respuesta. Y aunque mi cuerpo sigue aquí, entre tejados de pizarra y farolas antiguas, sé que algo dentro de mí ya ha empezado a desandar el camino de vuelta.

Capítulo 30

Jason

Los días posteriores a la detención de Lisbeth se arrastran con una mezcla extraña de alivio y vértigo. Sé que está en Nueva York, bajo custodia, esperando el juicio que decidirá su futuro y, en parte, el nuestro. Mi abogado ha insistido en que debo prestar declaración cuanto antes, como denunciante directo, como testigo de los hechos. El procedimiento no me asusta, he enfrentado todo tipo de comparecencias en mi vida profesional, pero esta vez no es un informe ni una junta de accionistas: es mi hija, mi historia y una traición íntima que todavía me cuesta articular en voz alta.

Desde el secuestro, mi obsesión es volver a la normalidad. Las mañanas han vuelto a ser rutinarias. Me levanto antes de que suene el despertador, me ducho sin pensar demasiado, y bajo a preparar el desayuno antes de que Lily se despierte, para compartir más ratos con ella. Le gusta el pan con mantequilla de cacahuete y fruta cortada en formas, que no siempre me salen como a ella le gustaría. La señora Parker me ayuda a que todo fluya, pero noto que está más pendiente de mí que antes. Me observa como si supiera que algo se ha reactivado por dentro, aunque no lo diga.

Entre semana llevo a Lily al colegio yo mismo, aunque podría hacerlo cualquiera de los hombres de seguridad. Lo hago por mí y por nuestra relación, no por necesidad. La dejo en la puerta, me despido con un beso en la frente y me quedo unos segundos viendo cómo se mezcla con sus compañeros, como si eso me asegurara que nada volverá a fallar. Luego vuelvo a casa o voy a la oficina, según el día, pero nada llena del todo el espacio que dejó Hanna.

No hay señales de ella. El móvil que me dio era del servicio y lleva apagado desde que se fue. Y no tengo otra forma de contactarla, a menos que pida su dirección a Ferguson, cosa que no voy a hacer. No quiero parecer desesperado, aunque lo esté.

Los días pasan entre rutinas, reuniones con abogados, llamadas del inspector Callahan y papeles de custodia y demandas que debo firmar. Al menos, el proceso con Lisbeth se ha activado oficialmente. Ya está en Nueva York, detenida, y el juez ha dado fecha para que testifiquemos. Mi abogado me ha preparado para todo: preguntas duras, reacciones inesperadas, silencios incómodos. Pero lo único que me preocupa es Lily. Cómo afectará esto a su futuro. Cómo digerirá que su madre, con toda probabilidad, irá a la cárcel.

Esta noche he dormido poco. Otra vez. Me he despertado a las tres y media y he bajado a servirme un vaso de leche. Hace días que no tomo ni whisky ni vino. No me apetecen nada. He salido al jardín, en pijama, solo para notar el aire frío en la cara y recordar cómo Hanna cruzaba ese mismo espacio con Lily, sujetándola de la mano, con su andar firme y su atención siempre alerta. Me pregunto si la volveré a ver, si vendrá al juicio y si le habrán informado de que estamos a punto de enfrentar todo lo que ella ayudó a evitar. De nada sirve cuestionarlo, porque no conoco la respuesta.

Solo me queda esperar.

El día que debo ir a testificar, salgo temprano de casa. He dejado a Lily desayunando con la señora Parker y más tarde irá una niñera que hemos contratado para que no añore tanto a Hanna y se distraiga. Mi hija ha recuperado su humor habitual, aunque aún se le nubla la mirada cada vez que alguien menciona a su madre. No le he dicho que voy al tribunal. Me limité a decir que tenía una reunión importante en la ciudad y ella, como hace últimamente, asintió con esa madurez silenciosa que ha desarrollado demasiado rápido para mi gusto.

El edificio del tribunal me espera como un coloso de mármol y acero, indiferente a la vida de los que cruzan sus puertas. Mi abogado y yo subimos en el ascensor sin pronunciar palabra, con la carpeta de documentos en la mano y la mente llena de imágenes superpuestas: la carta, el secuestro, el rostro de Lily medio dormida, la voz de Lisbeth temblando al otro lado de ese maldito mensaje de voz.

Cuando llego a la planta donde nos esperan los agentes del caso, el inspector Callahan me saluda con un gesto sobrio. Me da un par

de indicaciones rápidas mientras repasa su reloj, como si el tiempo también le pesara más de lo habitual. Voy a sentarme a esperar cuando, de pronto, siento un movimiento a mi izquierda, una vibración sutil en el aire, que me hace girar la cabeza casi sin querer.

La sola visión de su figura recortada contra la claridad del pasillo me saca el aire del pecho. Está preciosa, con las mejillas coloreadas por el sol. Lleva un conjunto sobrio, como siempre, pantalón oscuro y camisa blanca de lino, pero hay algo en su porte, en la forma en que camina, que hace que todo el lugar parezca detenerse un segundo. Ella no me ha visto aún. Está hablando con Ferguson, que camina a su lado con expresión seria, pero cuando levanta la vista y nuestros ojos se encuentran, el tiempo deja de tener sentido.

Podría jurar que en ese instante el ruido del edificio se apaga, el murmullo de los pasillos se diluye y las voces, los pasos, los teléfonos… todo se desvanece. Solo quedamos ella y yo. Su mirada, profunda y grave, se hunde en la mía con una fuerza que derriba todas mis defensas interiores. No hay reproche, ni culpa, ni distancia. Solo hay una intensidad brutal que lo dice todo sin decir nada, y siento cómo me arde el pecho.

Solo siento su energía porque la deseo, porque la he echado de menos todas las noches, cada día y cada maldito segundo desde que se fue, y porque no hay silencio más devastador que el que deja alguien como ella cuando desaparece. Esa certeza me atraviesa, ya no puedo negar que ninguna otra persona ha sido capaz de sostenerme en el abismo como lo hizo Hanna.

Ella da un paso hacia mí, y yo, sin pensarlo, hago lo mismo. No hay palabras entre nosotros, la distancia que acortamos es densa, llena de todo lo que quedó pendiente y que ambos impedimos sin saber que no nos podríamos olvidar tan fácilmente. Cuando la tengo a apenas un palmo de distancia, respiro su perfume, ese aroma a limpio y a fuerza serena que tanto me ha faltado. Me gustaría decirle algo, cualquier cosa, pero las palabras se rompen antes de salir.

No sé quién de los dos se inclina primero, ni si fue un gesto o una rendición, pero nuestras frentes se rozan apenas, y con ese leve contacto se enciende una corriente que recorre todo mi cuerpo. No hay beso, no es el lugar ni el momento, ni siquiera sé a ciencia cierta

si es lo que ella desea o solo se acerca a mí para apoyarme. Sin embargo, el temblor de nuestros labios me sitúa al borde de algo que no podemos nombrar ahora. Sus ojos, tan cercanos y vivos, son un espejo en el que me reconozco. En este momento sé que nada ha cambiado las últimas semanas, que todo sigue ahí: el deseo, la ternura, la complicidad, la certeza de que ella es, ha sido y será, más que una escolta, más que un consuelo y más que un refugio.

—Hola —susurra ella, en un tono que es caricia y desafío al mismo tiempo.

—Hola —respondo, sin poder evitar sonreír como un tonto. Me da igual si la escena puede parecer ridícula desde fuera, porque lo que siento y lo que significa Hanna para mí es más importante que cualquier cosa. Aunque sé que debo recomponerme y seguir esperándola, hasta acabar con este trámite en el juzgado.

—¿Todo bien con Lily?

Asiento, incapaz de apartar la vista de su rostro.

—Sí. Pero te echa de menos. Los dos lo hacemos.

Ella respira hondo, como si no supiera qué hacer con esa verdad. Yo tampoco lo sé. Solo que la necesito aquí y que su apoyo me da más fuerza todavía.

Justo cuando voy a decir algo más, un agente nos interrumpe. Lisbeth ha llegado. La comparecencia está a punto de comenzar. Me aparto un paso y Hanna también, pero durante un segundo más, nuestras manos permanecen cerca, tan cerca que un leve movimiento bastaría para volver a entrelazarlas. Y aunque no lo hacemos, el gesto queda en el aire, suspendido, como una promesa del reencuentro que sin duda habrá.

Entro en la sala con el corazón latiendo con fuerza entre mis costillas. Voy a enfrentarme al pasado, sí, pero también a decidir el futuro. Ahora sé que, si tengo alguna oportunidad de reconstruir lo que se rompió, si puedo aspirar a una vida real, a una verdad sin trampas, esa posibilidad empieza —y termina— en ella, con Hanna Davis.

Capítulo 31

Hanna

La sala de vistas está más fría de lo que recordaba, y no me refiero solo a la temperatura, sino al ambiente. Cada vez que piso uno de estos pasillos, todo lo aprendido —las normas, la compostura, la distancia— parece pesar un poco más. La sesión no ha sido larga, pero sí intensa. La fiscalía ha recogido los testimonios clave: el mío, el de Jason, el de varios agentes implicados en la operación y los forenses que han evaluado a la niña tras su liberación.

Lisbeth ha permanecido en silencio durante casi toda la sesión, mirando hacia delante con los ojos perdidos, como si todo aquello no fuera con ella. No ha alzado la voz ni ha intentado justificarse. A ratos, incluso parecía ausente. No sé si esa frialdad es real o impostada, pero no ha movido un solo músculo al escuchar nuestras declaraciones. Ni cuando conté cómo encontramos a Lily, ni cuando Jason dijo en voz alta que no se fiaba de ella y que pedía una orden de alejamiento definitiva.

Ahora espero sola en el pasillo. Jason se ha quedado dentro con su abogado, firmando la documentación de cierre de la vista y preparando los últimos detalles de cara al proceso judicial que seguirá en unas semanas. Yo he salido antes, con la chaqueta cruzada sobre el brazo y el móvil en la mano, que miro una y otra vez, como si esperara una señal, una justificación o un gesto que me diga qué hacer ahora.

Podría marcharme. No tengo por qué quedarme aquí. Ya he hecho lo que debía, pero mis pies no se mueven. No sé si es el vínculo con Lily, la forma en que me abrazó la última vez, o algo más…, algo que tiene que ver con la manera en que Jason me miró cuando entré esta mañana por la puerta del juzgado. Como si no hubiera pasado un solo día desde que estuvimos juntos. Lo malo es que yo he sentido lo mismo; ha estado tan metido en mi cabeza y

bajo mi piel todos estos días, que casi es como si hubiera estado con él. Esa idea de que se ha venido conmigo de vacaciones, en sentido figurado, me hace sonreír y me preocupa, porque no es hombre para mí, y lo mejor es olvidarme. Veo la puerta al otro lado del pasillo y me digo que es el momento de alejarme para siempre y de cortar cualquier hilo que me una a él por más que desee todo lo contrario.

Me viene bien estar sola estos minutos, respirar y ordenar todo lo que la mañana ha removido en mí. Dejo de pasear y me siento en el banco largo del pasillo, con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre las rodillas. El frío del mármol se me cuela por los muslos, pero no me muevo. Los minutos caen uno tras otro como gotas espesas y lentas. A cada sonido de pasos, levanto la vista, convencida de que será Jason y, cuando no lo es, vuelvo a bajar la mirada, al mismo punto fijo del suelo.

No sé qué hago aquí. Podría haber salido del juzgado y seguir caminando hasta perder de vista este edificio y deshacer por completo el rastro de su mundo en el mío. Podría haberme ido, como tantas veces he hecho en mi vida: con paso firme, sin mirar atrás y sin abrir heridas, ni arriesgarme a que me las abran. Esa es la norma que me he impuesto desde que elegí este trabajo. Desde que entendí que los vínculos, cuando se crean en medio del caos, son peligrosos, frágiles e insostenibles.

Sin embargo, sigo aquí. Esperando. Dudando de mí y pensando en Lily, en sus abrazos de cuerpo entero, en su voz susurrando cuentos y en la forma en que me buscaba por las noches, incluso dormida. También pienso en Jason, en cómo me sostiene la mirada como si no temiera verme entera, en cómo me roza la espalda cuando paso cerca y ese gesto mínimo me eriza como si me hubiera rozado el alma. Pensando, también, en el riesgo que representa todo esto.

Porque una cosa es haber compartido una crisis, una amenaza como las que suelo vivir en mi trabajo. Ser testigo de una vida a punto de romperse es algo que ya se ha hecho habitual. Y otra muy distinta es lo que viene después: ¿qué lugar tengo yo en su vida ahora? ¿Qué lugar podría tener? Él es un hombre con una hija pequeña, con una empresa, que dirige el ritmo de su respiración, y

con una exmujer implicada en un caso internacional de secuestro y narcotráfico. ¿Y yo? Soy escolta. Una mujer de paso, de acción, que nunca se queda. Soy de las que se va cuando la tormenta termina, sin dejar huella, y por eso me gusta mi trabajo. Estoy faltando a mi promesa de no implicarme, de no mezclar trabajo y vida privada y de no crear lazos de afecto con mis clientes y, mucho menos, íntimos.

A pesar de todo eso, sigo sentada en este banco, tragándome mi propio discurso y esperando a un hombre que ha traspasado todas mis fronteras sin proponérselo. Me levanto, doy dos pasos y vuelvo a sentarme. Me digo que esto no es razonable, que debería marcharme, y que si no lo hago ahora, no podré hacerlo después. Porque si vuelvo a cruzar esa puerta con ellos, si entro de nuevo en esa casa donde todo me reconforta… ya no podré salir ilesa.

Cuando la puerta se abre y lo veo salir, se me tensan todos los músculos del cuerpo. Lleva la chaqueta colgada del brazo, la corbata aflojada y el gesto cansado, pero al verme, se detiene y en sus ojos veo una verdad simple, sólida, que me lanza como si supiera que llevo media mañana construyendo excusas para no quedarme. Cuando me mira, el ruido del pasillo desaparece y se funde con el interno. Todas mis razones para irme se han volatilizado, cuando me coge de la mano como si fuera un gesto cotidiano.

—¿Vamos a casa? —pregunta, sin rodeos.

Parpadeo como si necesitara despejar todas las nubes que me impiden ver la luz del sol.

—¿A casa?

—Lily tiene ganas de verte.

Mi estómago da un vuelco. Trago saliva con dificultad antes de contestar.

—¿Solo Lily?

Le dedico una sonrisa ladeada que él responde con una que le ilumina el rostro, y sé que ya he apostado todo a esta carta.

—Sabes que no.

No pregunto más. Camino a su lado sin pedir explicaciones, como si no hubieran pasado semanas desde la última vez, y las palabras

que no hemos dicho ya se hubieran entendido en el silencio que acabamos de compartir.

Cuando llegamos a la casa, la señora Parker nos abre la puerta con una mezcla de sorpresa y alegría. No pregunta nada, pero su gesto se suaviza al vernos juntos. Jason le agradece en voz baja su discreción y me deja pasar primero. Al entrar en el salón, el calor de los recuerdos me golpea. Veo los dibujos de Lily aún pegados al cristal de la terraza y me embriago del aroma suave de vainilla que siempre flota en el aire.

—¡Hanna! —oigo que grita con entusiasmo desde lo alto de las escaleras.

Lily baja corriendo, con los calcetines desparejados y una camiseta que le queda grande. Se lanza hacia mí como si el mundo dependiera de ese abrazo. La recojo en el aire sin pensar, sintiendo cómo su cuerpecito tiembla de pura emoción.

—Te he echado tanto de menos… —susurra contra mi cuello.

—Y yo a ti, mi valiente —respondo, sujetándola con más fuerza —. Muchísimo.

Permanecemos aferradas la una a la otra unos segundos más, entregándonos el cariño que nos ha faltado estos días, con Jason observando desde el marco de la puerta, sin interrumpir ni decir nada. Pero sé que lo siente y que le recorre lo mismo que a mí por dentro.

Lily me lleva de la mano por toda la casa, enseñándome los dibujos nuevos que ha hecho en mi ausencia, luego me trae el libro que ha leído tres veces con su padre, que la mira con cara de paciencia. Por último, me lleva a ver las semillas que plantó con la señora Parker y que ya empiezan a brotar en la jardinera del porche. Me habla sin parar, y yo solo la escucho, con el corazón lleno.

Cuando por fin se va a su cuarto a bañarse antes de cenar, Jason se acerca desde la cocina. Tiene las mangas remangadas y un paño colgado del hombro. Me mira con calma.

—He pensado que podríamos quedarnos a cenar en casa. Necesito una velada tranquila, ya que el día ha sido intenso. Puse

vino a enfriar cuando llegamos… por si acaso.

Me cuesta sonreír sin derretirme un poco más.

—¿Eso quiere decir que esperabas que me quedara?

—No. Pero lo deseaba.

Me guiña un ojo y sonríe complacido. Yo no digo nada. Me basta con ese gesto y deseo profundamente que pueda verlo cada día de mi vida.

Capítulo 32

Jason

Hay noches que no se olvidan, porque lo que sucede en ellas no pertenece al mundo cotidiano. Noches en las que no hacen falta promesas ni declaraciones, porque el cuerpo habla y el alma responde. Así fue la de ayer con Hanna en mi cama.

No sé cuánto tiempo pasó desde que cerramos la puerta hasta que la ropa dejó de existir entre nosotros. Lo que sí recuerdo con exactitud es la intensidad de cada caricia y el temblor que se apoderó de mis manos cuando recorrí su espalda desnuda. Cierro los ojos y revivo el modo en que sus ojos no bajaron la mirada ni una sola vez, como si ella también supiera que estábamos cruzando una línea invisible, pero irreversible.

Quise ir lento para memorizar cada centímetro de su cuerpo. Tendida sobre la cama, dibujé sus contornos con las manos. Sus pezones se pusieron duros cuando los rocé, y me los llevé a la boca para lamerlos y que mi lengua jugara con ellos. Eso la hizo estremecer de gozo. Hanna cerró las piernas alrededor de mi cintura y noté su sexo caliente, húmedo, sobre mi vientre. La promesa de un placer compartido cada vez era más real. Conforme la acariciaba con las manos y la lengua, notaba cómo ella iba a la deriva, sin haber tocado aún su centro demandante. Colé la mano entre nuestros cuerpos, sudorosos de deseo, y la llevé hacia su centro arrancándole un sonido gutural que fue música para mis oídos. Hanna se corrió con el movimiento ágil de mis dedos en su clítoris y, antes de que se derrumbara, me hundí en ella.

Nos amamos sin prisa. Con una ternura que desbordaba el deseo. Nos entregamos como quien encuentra tierra firme después de haber estado a la deriva. Porque lo que ocurrió entre nosotros esa noche no tuvo que ver solo con piel ni con necesidad. Fue una rendición pactada en silencio y envuelta en amor.

En el éxtasis grité su nombre y me reí. Una risa sonora, feliz y de satisfacción por tenerla entre mis brazos. La abracé con fuerza y le besé en el pelo.

—Eres un milagro, Hanna. Lo mejor que me ha pasado en años.

Ella no me respondió. Se limitó a gruñir de gusto y acomodarse en mi regazo, dejando besos suaves sobre mi pecho. La giré un poco para poder acceder a su cuello y deslizar la lengua por él, aspirando su aroma. Volví a meter su pezón rosado en mi boca y luego el otro, mientras ella se arqueaba de placer al sentir mi lengua sobre ese punto tan sensible de su cuerpo. Me tiró del pelo para mirarme a los ojos y solo vi deseo en ellos. Hanna palpó mi erección, deslizando la mano arriba y abajo, provocándome un placer que quería alargar al máximo, si las fuerzas no me abandonaban. Le aparté la mano y descendí besándola desde el cuello hasta el vértice de su cuerpo. Le separé las piernas y me perdí en sus pliegues. Besé, lamí y disfruté del dulzor de su clítoris, arrancándole jadeos celestiales. Hanna se dejó llevar por un orgasmo, que lo llenó de placer, agarrándose a las sábanas blancas y musitando un «Dios mío», que me hizo sonreír de satisfacción. Abrí sus piernas y, aprovechando la humedad que chorreaba por sus muslos, me volví a hundir en ella. Comencé a moverme despacio en su interior, que me volvía loco, mirándola a los ojos, y poco a poco me fui moviendo más rápido, Quería grabar en mi retina cada gesto de ella, sus gemidos y su placer. Cuando Hanna empezó a jadear y pedirme más, aceleré el ritmo. Ella explotó antes que yo, en un éxtasis profundo, y me derrumbé sobre su cuerpo, mientras ambos recuperamos el aliento. Me aferré a ella con la sensación de que era demasiado buena como para perderla.

Hanna es lo que quiero, la mujer que deseo y que amo. Ahora lo sé. La veo dormida, envuelta entre las sábanas y mi cuerpo, y no tengo duda de que esa es la imagen que quiero que me acompañe el resto de la vida. Me sorprende lo bien que encajamos, y agradezco el milagro silencioso de que, después de tanta oscuridad, alguien como ella elija quedarse. Porque eso es lo que espero.

Pero por la mañana, con la luz entrando por la ventana y el aroma del café flotando en la cocina, Hanna cambia de ritmo. No se aleja del todo, pero tampoco se entrega como la noche anterior. Está

más callada, como si las palabras se le hubieran quedado enredadas en la garganta.

—Ha sido demasiado —dice en voz baja, mientras gira la cucharilla en su taza—. Estos últimos meses… Todo ha sido muy intenso y rápido. Necesito tiempo para asentarlo todo. Quiero ir poco a poco.

La miro con ternura. No me sorprende lo que dice, porque sé quién es. Y la respeto. Pero también sé lo que quiero.

—Tómate el tiempo que necesites —le digo—. Solo te pido una cosa: no desaparezcas. No me dejes con la excusa de que Lily te quiere, o de que esto fue parte del trabajo. Porque no lo es. Y Lily no es el pretexto para que vengas. Ahora se trata de mí porque te quiero, Hanna. Te amo como nunca he amado a nadie.

Ella levanta los ojos con una mezcla de miedo y ternura que me deja sin aliento. Luego baja la taza a la mesa y se acerca a mí, despacio, como si cada paso fuera una elección consciente.

—Yo también te quiero —murmura—. Pero necesito ir despacio. No porque dude de lo que siento, sino porque por primera vez… quiero hacerlo bien y no precipitarme.

No digo nada. Me sostiene la mirada y, como si nuestras almas hubieran sellado un pacto sin palabras, se acerca y me besa. Un beso profundo, que ya es una respuesta, que no promete nada eterno, pero lo contiene todo.

La cojo de la cintura para sentarla a horcajadas sobre mí sin decir nada más. Esta vez no es deseo lo que guía nuestros cuerpos, sino la certeza de que hemos encontrado algo bueno y real. Levanto la camiseta que ha usado para dormir y ladeo su ropa interior para acariciarla en el punto del que parten los mejores placeres. Ella baja un poco mi pantalón de pijama para liberar mi erección, que hundo en ella. Nos amamos de nuevo, sin urgencia, con calma, con la piel despierta y los corazones abiertos.

De ahí, nos escondimos de los demás en la ducha, regalándonos momentos difíciles de olvidar, donde el mundo afuera deja de importar. Porque ya no tengo ninguna duda. Da igual de dónde vengamos o cuál sea nuestra vida anterior, porque lo importante es lo que estamos empezando a construir.

Epílogo

Un año después

El tiempo no borra lo vivido, pero sí aprende a acomodarlo. A veces incluso lo embellece, como hace el sol con las cicatrices de la madera. Ha pasado un año desde que Hanna cruzó por primera vez el umbral de mi casa, envuelta en esa mezcla de firmeza y reserva que entonces confundí con frialdad. Hoy vive conmigo, con nosotros. Ya no concibo este hogar sin su voz y sin los sonidos de su presencia. Sobre todo, ya no puedo prescindir de su manera de mirar a Lily como si el mundo entero cupiera en sus pupilas.

Estamos a punto de casarnos. Hoy es el ensayo general y, en el salón, bajo la luz que entra por los ventanales, Hanna le prueba los zapatos blancos a Lily, que será nuestra dama de honor. Le habla con ternura, le peina un rizo rebelde y le hace reír mientras ensayan cómo caminará mañana por el jardín, de la mano de su nueva *mamá*. Así la llama. Lo decidió un día sin más, como hacen los niños cuando encuentran la palabra justa para nombrar aquello que ya sienten.

Yo las observo desde la puerta, en silencio y con el corazón lleno. Me pellizco, una vez más, para asegurarme de que todo esto es real y existe. Esta es la vida que tengo, mejor que la que soñé.

Hanna no desapareció aquel domingo. Volvió muchas tardes, que luego se alargaron con la noche, poco a poco como ella me pidió, como adolescentes en su primera relación. Los dos necesitábamos esa transición para echarnos de menos cada día, para buscarnos y amarnos sin dar nada por sentado. En pocas palabras, para hacernos falta. Primero pasaba días sueltos en mi casa. Luego fueron semanas. Después, cuando se alagó a un mes entero durante el que no encontraba el momento de volver a su casa. Un día, sin

que nadie lo decidiera, dejó de tener sentido que siguiera pagando su piso. Desde entonces, sus cosas se mezclan con las mías, sus camisetas se cuelan en mis cajones, y la taza en la que toma el café cada mañana tiene un hueco reservado en la cocina, junto a la mía.

Lily está feliz. No solo por la boda, sino por la vida, por la nueva rutina y por esa paz que nunca antes habíamos tenido y que ahora nos cubre como una manta delicada en otoño.

Con respecto a Lisbeth, el juicio se celebró sin el alboroto que temía en los medios de comunicación. Testificamos los implicados, se presentaron las pruebas, se expusieron los hechos y todo según el curso judicial. Ella ha cooperado con la justicia. Admitió su implicación y su relación con Conrad, que ha sido castigado con la pena más dura por su vinculación con el narcotráfico. Lisbeth, en cambio, ha sido trasladada a una prisión federal de menor seguridad. Nos escribe a veces. Envía cartas para Lily que guardo en un cofre de madera, sin abrir, junto a recuerdos de su vida y de los pocos años que pasaron juntas. Las reservo para cuando mi hija sea lo bastante mayor como para decidir qué quiere hacer con esa parte de su historia.

Nunca he dicho a Hanna que aquel baúl fue idea suya. Que cuando me vio guardar cosas de Lisbeth en una caja cualquiera, sin orden ni cuidado, me sugirió que merecía algo más digno. «Es su madre», me dijo, «lo importante no es el pasado, sino cómo se lo cuentas y cómo lo va a asimilar ella». Pensé que tenía razón. Siempre la tiene.

Hanna no intenta ocupar su lugar. No lo ha necesitado porque se ha ganado el suyo propio con constancia, con amor, con su esencial manera de proteger sin invadir y quedarse sin prometer nada que no pueda cumplir.

En cuando a mí, yo la amo con la certeza tranquila de quien ha encontrado, al fin, su casa.

Mañana nos casamos. Será en el jardín, al atardecer, con luces entre los árboles y música suave. Lily llevará una corona de flores y una cesta con pétalos que irá soltando mientras camina delante de nosotros. La señora Parker, emocionada, no dejará de llorar, lo sé, lleva haciéndolo desde hace días. Ferguson vendrá, claro, y otros

compañeros, además de Isabelle y Jackson. Seguro que la amiga de Hanna y su anterior protegida, acabará derramando una lágrima. Y yo me tomaré unos segundos antes de decir «sí quiero» para mirar al cielo y agradecer lo que parecía imposible. Porque esta familia no nació de una historia fácil. Pero es nuestra y es perfecta.

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:



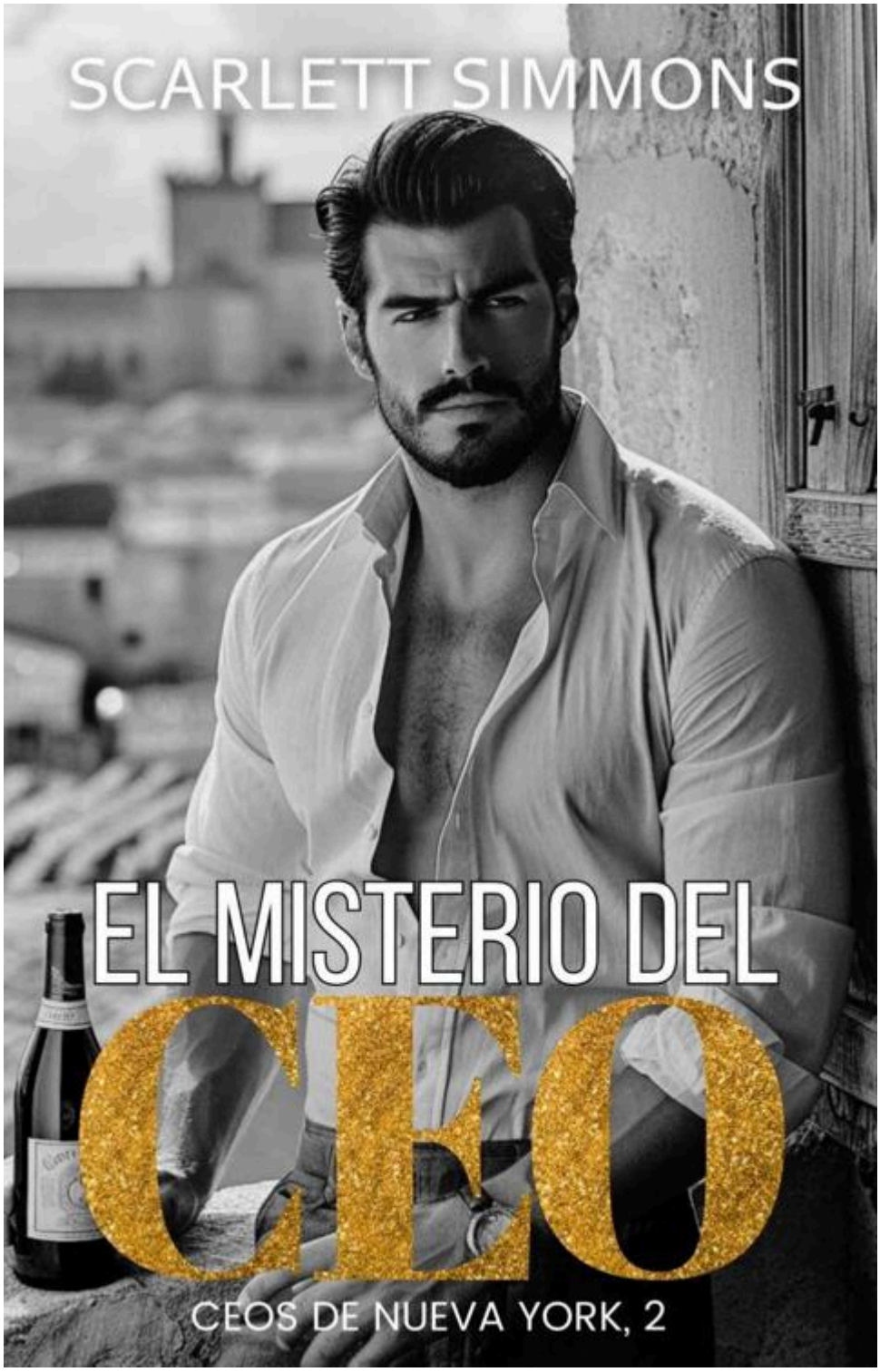
También puedes seguirme en Facebook





NO TE VAYAS TODAVÍA…

¿Conoces la serie CEOs de Nueva York?
Te dejo con la segunda (son independientes): El misterio del CEO



PRÓLOGO

Me llamo Nicolás de Beaumont y soy el único heredero de un viñedo en Francia, perteneciente a mi familia materna durante años. Tengo

el honor de decir que elaboramos uno de los mejores vinos del país. Pero las ventas se han estancado y busco la forma de relanzarlas para no tener que dejar de producir.
Pero eso es ahora, desde que vine a Francia hace un año para hacerme cargo de la herencia. En realidad, siempre he vivido en Nueva York, donde soy el CEO de la mayor distribuidora de vinos del país, negocio que creó mi padre, un inversionista de la Gran Manzana que hizo mucho dinero invirtiendo inteligentemente y con el patrimonio de mi madre.
Llegué al viñedo pensando que sería solo para un par de meses, sin embargo, una serie de problemas que me persiguen en Nueva York, me hicieron tomar la decisión de pasar más tiempo en Francia y gestionar mi empresa de Nueva York desde aquí.
Hasta que todo cambió.
A veces pequeñas decisiones condicionan toda una vida.
¿Quieres conocer mi historia?

Primera parte
Un castillo en Francia
Capítulo 1
La decisión que lo cambió todo
Nicolás

El sonido del cristal golpeando contra la madera resuena en el despacho mientras dejo la copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Miro el líquido rojo oscuro, casi negro, que se mueve en el interior de la copa, y siento una mezcla de frustración y rabia. Mi mejor vino, mi orgullo y legado, está perdiendo ventas de manera alarmante. No puedo entenderlo. La calidad sigue siendo excepcional, cada botella es un reflejo de generaciones de perfeccionamiento y dedicación. Pero los números no mienten y las cifras de ventas que tengo ante mí son desastrosas.

—Nicolás, tienes que hacer algo. No podemos seguir así —insiste François, mi agente de prensa y asistente personal, rompiendo el incómodo silencio en la habitación.

François es un hombre pequeño y delgado, con una energía nerviosa que me suele irritar. Pero es eficiente y, en su campo, uno de los mejores, además de llevar trabajando en el viñedo desde antes de que yo naciera; lo conoce mejor que nadie. Si alguien puede ayudarme a revertir esta situación, es él.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Magia? —respondo con sarcasmo, pasándome una mano por el cabello, y sintiendo el peso de la situación caer sobre mis hombros.

—No magia, pero casi —replica, esbozando una sonrisa astuta—. He pensado que podríamos publicar un reportaje. Algo que muestre la historia que hay detrás de los viñedos, la dedicación, la pasión... y a ti.

Frunzo el ceño, sintiendo una punzada de irritación. Siempre he evitado las cámaras y los medios. Prefiero el anonimato, dejar que el vino hable por sí solo, pero François sigue insistiendo.

—La gente quiere conocer al hombre que hay detrás del vino, Nicolás. Muchas decisiones de compra se toman gracias a una

conexión emocional. Y tú, aunque no lo creas, eres parte fundamental de esa conexión. Además —añade, haciendo una pausa estratégica—, eres bien parecido. Eso no puede hacer daño a las ventas. Ya veo el titular: «El heredero joven y guapo de Bodegas Beaumont», algo así.

Siento una punzada de disgusto. No me atrae nada la idea de exponerme. Mi vida privada es exactamente eso: privada. Y la idea de abrir las puertas de mi hogar y de mi vida a los medios me resulta insoportable, y más teniendo en cuenta mi pasado más reciente en Nueva York.

—No estoy interesado en ser el centro de atención, François. Hay otras formas de aumentar las ventas sin convertirme en una especie de celebridad —replico, tratando de mantener la calma.

François no se inmuta. Me mira con una mezcla de paciencia y tozudez, como si fuera el poseedor de la razón absoluta, que solo sirve para aumentar mi irritación.

—Nicolás, lo sé. Pero esta vez necesitamos algo diferente. El mercado ha cambiado. La gente quiere historias personales, quiere conectar con el productor. Necesitamos que vean el corazón y el alma que existe detrás de estos viñedos, y eso eres tú —argumenta con voz firme pero no autoritaria.

—Para eso os contrato a vosotros, para que deis la cara por mí —recalco irritado.

—Sabes que no es lo mismo. Además…, los rumores sobre ti y tu encierro crecen y pueden hacerse tan grandes y falsos que acaben dilapidando tu legado. Nuestra gente en Nueva York ya no se creen tus excusas para que sigas aquí.

Me levanto, afectado por esas palabras, y camino hacia la ventana, mirando los viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Cada hilera de vides es un recordatorio de mi responsabilidad, de las generaciones que han trabajado esta tierra antes que yo. François tiene razón en algo: ha cambiado el mercado, y tal vez yo debería cambiar también. Pero, ¿qué interés puedo tener yo para el consumidor de vino? En mi cabeza no cabe esa curiosidad por mi persona, no lo puedo entender. Lo único interesante de mi vida son mis vinos.

—Está bien —accedo finalmente, girándome para mirarlo—. Pero solo lo haré bajo mis condiciones.
François levanta una ceja, esperando.
—Solo un periodista, sin cámaras ni equipo de grabación. Solo fotos y nada más. Se alojará en el castillo una semana y yo me encargaré de mostrarle los viñedos y las bodegas. No quiero a un ejército de técnicos invadiendo mi espacio personal —específico, con voz firme y autoritaria.
François sonríe, claramente aliviado por mi concesión.
—De acuerdo, Nicolás. Solo un periodista. Me encargaré de que todo esté preparado según tus condiciones —acepta, levantándose de su asiento—. No te arrepentirás. Estoy seguro de que las ventas subirán cuando te conozcan.
No respondo, simplemente lo observo salir del despacho. El silencio que deja atrás es una especie de alivio, pero también una advertencia de los días incómodos que me esperan con alguien en mi entorno hurgando y entrando en mi privacidad.
Me dejo caer en el sillón y cierro los ojos por un momento, tratando de calmar mis pensamientos. Tengo una sensación de invasión que me incomoda y me cuesta asimilar, pero sé que es necesario. No puedo permitir que el legado de mi familia materna se desmoronare por mi obstinación.
Los días siguientes pasan con una mezcla de ansiedad y aceptación. François trabaja con rapidez, organizando todo para la llegada del periodista. Yo paso el tiempo en los viñedos, supervisando cada detalle, asegurándome de que todo esté perfecto. Cada mañana comienzo el día temprano, revisando las vides, hablando con los trabajadores, sumergiéndome en la rutina que siempre he encontrado reconfortante, desde que regresé a Francia.
Es la última noche antes de la llegada del periodista, y todavía estoy en mi despacho, exhausto y nervioso. He revisado cada detalle y me he asegurado de que los viñedos y las bodegas estén impecables y tal y como yo quiero que se muestren. Pero el esfuerzo me ha dejado agotado, tanto física como emocionalmente.
Miro alrededor de la habitación y siento la calidez en el pecho que me provoca ver las estanterías llenas de libros sobre viticultura y las

paredes adornadas con fotos de generaciones pasadas de los Beaumont. Todo en este despacho me recuerda el peso de mi legado, la responsabilidad que siento cada día sobre mis hombros. Y ahora, abrir mi vida a un extraño me parece una traición a esos principios que siempre he defendido y que me recuerdan a los malos tiempos vividos en Nueva York.

Me acerco a la ventana y dirijo la vista hacia la oscuridad. Todo alrededor del castillo está en silencio. Me siento atrapado entre la necesidad de proteger mi legado y la invasión de mi privacidad que supone abrir sus puertas.

—Nunca quise esto —murmuro para mí mismo, sintiendo una punzada de amargura.

Cierro los ojos y respiro profundamente intentado calmarme. Sé que debo mantener la compostura, mostrarme firme y decidido, aunque por dentro sienta cómo me vengo abajo.

La mañana siguiente, el castillo estará lleno de una energía diferente, la presencia de un extraño romperá la tranquilidad que he trabajado tan duro para mantener y solo deseo que sea alguien de trato fácil que no me discuta ni trate de remover donde no deseo que entre. Va a ser un mal trago para mí, pero sé que debo hacerlo, por el bien de los viñedos y por el legado de mi familia.

Con ese pensamiento, me alejo de la ventana y me dirijo a mi habitación, preparándome para la batalla que sé que se avecina. Me prometo a mí mismo que, pase lo que pase, protegeré lo que realmente importa: mi legado y mi privacidad. Aunque eso signifique hacer algo en contra de mis principios.

Capítulo 2
Mi destino
Valeria

El taxi avanza lentamente por el largo camino de grava que conduce al castillo de los Beaumont. A medida que nos acercamos, mi corazón late con fuerza, y no puedo evitar sentir una mezcla de nerviosismo y emoción. El majestuoso castillo se alza ante mí, rodeado de viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. El sol comienza a ponerse, bañando todo en una cálida luz resplandeciente que realza la belleza del lugar.

Miro por la ventana, tratando de absorber cada detalle: las imponentes torres, las antiguas paredes de piedra, y los cuidados jardines que rodean la entrada. Todo esto parece sacado de un cuento de hadas, pero sé que detrás de esa fachada se encuentra un hombre huraño y solitario, según me han advertido. Y esa es la parte amarga del cuento. Frunzo el ceño al pensarlo.

Yo no quiero estar aquí. Aunque el trabajo es atractivo, hubiera preferido el reportaje sobre el portero de la selección de fútbol que asignaron a mi compañero David. Recuerdo cuando me llamó mi editor, Johan, unas semanas antes. Estaba sentada frente a él, cada vez más inquieta, mientras me explicaba el encargo.

—Valeria, tengo una tarea para ti. Necesitamos un reportaje sobre los viñedos de los Beaumont. Han accedido a abrir las puertas de su castillo para una entrevista y nos han dado la exclusiva —me informó, mirándome con expectación—. ¡Es un bombazo!

—¿Los Beaumont? ¿El famoso Nicolás de Beaumont? —pregunté, sorprendida.

—Sí, precisamente. Sabemos que es un hombre reservado y difícil, pero esa es precisamente la razón por la que este reportaje será tan valioso. Nunca ha salido en los medios y vive envuelto en un halo de misterio que atraerá lectores curiosos. Nos han pedido que mostremos el lado humano que hay detrás del vino. Será una gran

oportunidad para ti —me explicó Johan desde la comodidad de su sillón de jefe.
Sentí una punzada de duda. La idea de pasar una semana entera en el castillo con un hombre conocido por su carácter difícil no era precisamente mi mejor plan para los siguientes días.
—No sé, Johan. ¿Una semana entera? ¿Encerrada en un castillo solitario con un ogro?
Usé la palabra con toda intención, sin disimular mi reticencia y poniendo un gesto inocente, como si mi jefe me estuviera llevando a los infiernos. Pero no coló.
—Valeria, sé que no será fácil, pero confío en que puedes hacerlo. Eres nuestra mejor periodista. Además, piensa en lo que este reportaje podría significar para tu carrera —dijo, con una sonrisa alentadora—. No quieren cámaras ni equipo técnico. Solo lo harán si enviamos a una sola persona y creo que tú eres la que más capacidad tiene para hurgar en otros asuntos sin que se enteren.
—Pero, yo…
—Nada de peros. Recuerda que tu contrato termina en dos meses y que me debes unos días. ¿Recuerdas aquél reportaje en Ibiza que se alargó…?
Me ruboricé al recordarlo y, aunque parecía que me hacía chantaje, finalmente acepté. En el fondo sabía que era una oportunidad única que me daría visibilidad, aunque mis ganas de hacerlo brillaran por su ausencia. Todo el mundo quería conocer al que llamaban el príncipe oscuro, un tipo que había heredado una fortuna en Francia pero que trataba de manejarla desde Nueva York. ¿Sabría algo de vinos? Vaya semana me espera. Aún no ha empezado y ya deseo que haya terminado. Resoplo al pensar en todo ello de nuevo.
Vuelvo al presente cuando el coche se detiene frente a la entrada del castillo. François de Valois, el representante del señor de Beaumont, con el que ya he hablado un par de veces por videoconferencia, está allí para recibirme. Su energía nerviosa es palpable, pero su sonrisa parece sincera. Nos caímos bien y ya nos tuteamos.
—Bienvenida, Valeria. Es un placer tenerla aquí. Nicolás te está esperando para cenar, pero primero te llevaremos a tu habitación

para que puedas descansar y prepararte —anuncia tras saludarme, mientras me ayuda a bajar del coche.
—Gracias, François. Estoy emocionada por esta oportunidad —miento, tratando de sonar más segura de lo que me siento.
Entramos al castillo, y me siento abrumada enseguida por la grandiosidad del lugar. Los techos altos, las antiguas pinturas que adornan las paredes, y el mobiliario elegante me hacen sentir como si hubiera retrocedido en el tiempo. Camino detrás de François y de Marianne, la ama de llaves, tratando de absorber cada detalle, mientras me conducen a mi habitación.
Finalmente, llegamos a una puerta de madera maciza. Marianne la abre y me invita a pasar mientras que François, con su educación exquisita, se queda fuera y se despide. La habitación es espaciosa y acogedora, con una gran cama con dosel y ventanales que ofrecen una vista impresionante de los viñedos.
—Espero que encuentre todo a su gusto. Si necesita algo, no dude en pedirlo. La cena será en una hora —anuncia Marianne, antes de dejarme sola.
Me siento en la cama, sintiendo el suave terciopelo bajo mis dedos. Miro alrededor de la habitación, maravillándome de la atención al detalle y la elegancia que desprende. Sin embargo, no puedo evitar sentir una ligera opresión en el pecho al ver la fastuosa habitación como una cárcel de lujo. Sé que los próximos días van a ser un reto, y que tengo que estar a la altura de las expectativas.
Abro mi maleta y empiezo a sacar mis cosas, tratando de calmar los nervios. Mientras coloco la ropa en el armario, no puedo dejar de pensar en el señor de Beaumont. ¿Qué apariencia tendrá? ¿Será tan difícil como dicen? En Wikipedia leí que rondaba los treinta y cinco años, aunque no es seguro, y que heredó los viñedos y las bodegas de sus padres y de sus tíos, que no tuvieron hijos. Unió ambas empresas logrando una finca enorme, dos de las mejores bodegas del país y muchos millones para disfrutar de todo ello. Tiene dos hermanas que solo figuran como socias y viven con sus familias alejadas del entramado empresarial de los Beaumont.
A pesar de su fama, sé que es crucial ganarme su confianza para conseguir una entrevista sincera y que sea relevante.

Una hora después de mi llegada, tras haberme refrescado y cambiado de ropa, me dirijo al comedor, siguiendo las indicaciones de Marianne. Siento un nudo en el estómago con cada paso que doy por los pasillos del castillo, solitarios y fríos. Las paredes de piedra y los tapices antiguos parecen susurrar historias de siglos pasados.

Al llegar al comedor, veo que François me espera en la entrada. Me sonríe y me indica que tome asiento en la mesa, elegantemente puesta con candelabros de plata y una vajilla que parece sacada de un museo.

—Nicolás se unirá a nosotros en unos momentos, cuando finalice una llamada. Mientras tanto, siéntete como en casa —me dice, con su habitual nerviosismo.

Me siento y miro alrededor, tratando de calmarme. El comedor es impresionante, con un techo alto adornado con vigas de madera y una chimenea que da un cálido resplandor a la habitación. Las sombras danzan en las paredes, creando un ambiente íntimo y acogedor.

Mis pensamientos vuelven al señor de Beaumont. No puedo evitar sentir una mezcla de curiosidad y aprehensión. Sé que ganarme su confianza va a ser todo un desafío, pero a la vez siento una chispa de emoción ante la perspectiva de descubrir quién es realmente este hombre tan enigmático y el poder jactarme de ser la primera en conocerlo.

Mientras esperamos, recuerdo las palabras de Johan. Este reportaje no solo es una oportunidad profesional, sino también una forma de mostrar el lado humano detrás de una figura tan reservada. Sé que, si logro hacerlo bien, podré abrir puertas para mi carrera y, tal vez, incluso para el propio Nicolás de Beaumont.

La puerta del comedor se abre por fin, y me giro expectante, pero solo es uno de los sirvientes trayendo una botella de vino blanco y unos aperitivos. Me sirve una copa, de la que bebo un sorbo, disfrutando del sabor rico y complejo del vino. Es evidente que, a pesar de los problemas de ventas, la calidad del vino de los Beaumont sigue siendo excepcional.

El tiempo parece pasar con lentitud hasta que, por fin, escucho pasos acercándose. Mi corazón comienza a latir más rápido,

sabiendo que en cualquier momento conoceré al hombre que se esconde detrás de tanto misterio.
La puerta se abre nuevamente, y esta vez, entra Nicolás de Beaumont. Siento una mezcla de alivio y nerviosismo al tenerlo frente a mí. Es alto y tiene una presencia imponente, con el rostro marcado por la seriedad y una mirada que parece ver más allá de la superficie.
Se acerca a la mesa, y me levanto para saludarlo. Nos miramos a los ojos por un momento, y siento una chispa de algo indefinido, algo que me hace sentir una conexión instantánea envuelta en un halo de miedo ante su inexpresividad forzada.
—Valeria, bienvenida. Espero que tu viaje haya sido agradable —saluda con una voz profunda y controlada.
—Gracias, señor de Beaumont. El viaje fue perfecto. Es un honor estar aquí —respondo, tratando de mantener la compostura.
—Llámeme Nicolás, por favor, dado que vamos a tener que convivir estos días.
Nos sentamos y la cena comienza. Mientras hablamos de lo que esperan del reportaje y me cuentan detalles de la bodega, disfrutamos de una comida con productos del propio huerto del castillo. Mi curiosidad sobre el hombre que tengo frente a mí va creciendo y de pronto siento una emoción renovada ante la perspectiva de descubrir quién es realmente y qué esconde.
Sigue leyendo:



Hasta la próxima novela.
S.S.

Books By This Author

Serie CEOS de Nueva York

4 CEOs con distintas historias y personalidades, todas vibrantes y apasioandas: La desconfianza del CEO, el misterio del CEO, la ambición del CEO y la arrogancia del CEO. ¿Las has leído? Es tu momento